NEIGE SINNO

Triste tigre

Versión de la autora





Panorama de narrativas

Índice

Aquella sensación era muy peculiar: una tensión oprimente y horrible, como si estuviera sentado frente al pequeño espectro de alguien a quien acabara de matar.

VLADIMIR NABOKOV, *Lolita*

I. RETRATOS

Retrato de mi violador

Porque a mí también, en el fondo, me parece más interesante lo que sucede en la cabeza del verdugo. Entender a las víctimas es fácil, todos podemos ponernos en su lugar. Incluso alguien que no ha vivido algo así –una amnesia traumática, la parálisis psíquica, el silencio de las víctimas– puede imaginar lo que es, o cree que lo puede imaginar.

Entender al victimario es otra cosa. Estar en un cuarto a solas con un niño, una niña de siete años, tener una erección ante la idea de lo que le vas a hacer. Pronunciar las palabras que hagan que ese niño se te acerque, meter el pene erecto en la boca de ese niño, hacer que abra la boca bien grande. Eso sí que es fascinante. Va más allá de la comprensión. Por no hablar de lo que sigue al terminar: vestirte, regresar con la familia como si no hubiera pasado nada. Y, después de que esa primera vez se haya vuelto irremediable, cuando ya no se puede dar marcha atrás, repetirla, una y otra vez, durante años. No hablar de ello con nadie. Confiar en que no van a denunciarte, a pesar de la progresión en los abusos. Saber que no van a denunciarte. Y cuando un día, finalmente, te denuncian, tener la osadía de mentir, o el valor de decir la verdad, confesarlo todo de plano. Considerarte injustamente castigado cuando te condenan a varios años de cárcel. Proclamar tu derecho al perdón. Decir que eres un hombre, no un monstruo. Y, después de la cárcel, salir libre y rehacer tu vida.

Incluso yo, que he vivido eso muy de cerca, lo más cerca que se puede vivir, y que he pasado años interrogándome sobre ello, sigo sin entenderlo.

El retrato

Si se tuviera que destacar una sola cosa de él sería su energía. Es alguien con mucha vida. Se mueve, está activo. Ya de pequeño era así. Sus hermanos también. Tres niños, de edades muy cercanas, eso generaba mucho desorden en aquel pequeño departamento de la

periferia de París. El padre intentaba concentrarse para pintar. Gritaba que no podía trabajar con semejante alboroto. La madre intentaba callar a los pequeños, los llevaba a otro cuarto o los sacaba al parque, lloviera o hiciera sol, para que se desahogaran. El padre no lograba vivir de la pintura, su principal vocación, y, además de las clases particulares de dibujo, había montado una pequeña empresa que vendía chimeneas de diseño. Eran los años setenta y ochenta. Las chimeneas en cuestión hoy nos parecerían completamente ridículas o chistosas, según la perspectiva; en todo caso, a nadie se le ocurriría ya poner en su casa una de esas extrañas cápsulas de formas psicodélicas con caja de vidrio empotrada. En aquel entonces, sin embargo, creo que el negocio iba bastante bien. Sus abuelos por ambos lados eran obreros, gente del norte, de Boulogne-sur-Mer, tierra llana y melancólica, donde la familia tenía un departamento al que iban en vacaciones. La madre creo que hacía de secretaria y asistente para lo de las chimeneas, y era también ama de casa, un poco a la sombra del padre. Nada especial, ni ricos ni pobres, una familia parisina de clase media baja. Ninguno de los hijos estudió más allá del bachillerato. Uno se hizo comerciante, el otro entró en el ejército, y mi padrastro, que era el menor de los tres, se fue de casa para hacer el servicio militar en los Alpes y no volvió más a París. Los padres los criaron a la antigua, con una severidad excesiva, y a veces con golpes de cinturón o de zapato. Él estaba orgulloso de su educación con mano dura y de su paso por los scouts, así como de todo lo que tenía que ver con la formación que le dieron. Aquello había contribuido a consolidar su fuerza y su deseo de vivir, de conocer, de conquistar.

Me cuesta imaginarlo en los suburbios de París. Siempre lo vi en la montaña, con ropa deportiva o de trabajo. No obstante, sí estuvo allí, en un entorno de edificios y cemento, con ropita limpia de niño de ciudad, niño bonito de madre religiosa que va a un colegio católico, la camisa planchada, los zapatos lustrados, bien peinadito. Hasta los dieciocho años. Después se fue a las montañas del sur de Francia, descubrió el alpinismo, el parapente, una vida más libre, más salvaje, sin camisas, sin esperar nunca el metro ni tener que arreglarse el cabello, sin misa los domingos, una vida de aire fresco y luz.

En 1983, cuando conoce a mi madre, tiene veinticuatro años. Se encuentran en un curso para ser guía de senderismo. Él es alto, deportista, simpático. En el grupo le gusta tomar el control de la situación, dirigir las operaciones cuando se presenta alguna urgencia, cuando se afronta un momento difícil, un acantilado peligroso, si se produce algún accidente. Es carismático, tiene muchos amigos. Tiene éxito con las chicas.

A mi madre le gusta. Le recuerda al novio que perdió hace unos meses. Murió en una avalancha. Esa muerte repentina la había dejado destrozada. Pensaba que nunca se iba a reponer. Pero tal vez lo haya

hecho, al fin. Pasa mucho tiempo con su nuevo amigo. Le gusta su carácter dispuesto, decidido, optimista. Es un descanso, en comparación con Sammy, el padre de sus hijas, que es más bien raro, retraído, soñador. Él encuentra pronto la manera de seducirla. La lleva por senderos empinados hasta las cimas de las montañas, donde se sienten transportados por la belleza. Caminan en silencio, el uno delante y el otro detrás, bajo los cielos cambiantes de los veranos en los Alpes, cielos con nubes que se mueven como decorados de teatro, que parecen deslizarse mágicamente hacia el oeste para dejar lugar a otros cielos ocultos bajo los primeros. Al descender se dan la mano. Él ya está saliendo con alguien; ella es cuatro años mayor que él y tiene dos hijas. Niñas que llevan nombres de cuentos de los Grimm, Neige y Rose, Nieve y Rosa, una de seis y otra de cuatro años. En ese momento están con su padre, con el que no puede dejarlas demasiado tiempo, pues la necesitan y ella las extraña. A mi madre le sorprende que él vaya más allá de la seducción, de esos primeros días de enamoramiento apasionado, que le proponga seguir adelante, traerse a sus hijas, intentar algo juntos. Está sorprendida pero feliz, cree que tiene suerte.

Le gusta su cuerpo atlético, la energía que desprende. Sí: la energía, la fuerza, ya hablé de eso. Es buen esquiador, escala paredes rocosas, le gusta el trabajo duro, ir hasta el límite de sus fuerzas, superarse. Antes de apuntarse al curso para ser guía, formó parte del batallón de Cazadores Alpinos, el grupo militar de élite que rescata a los que se pierden a grandes alturas. Lo hicieron correr por la carretera de Traverses bajo la nieve al anochecer, subir a los refugios de alta montaña con ochenta kilos de piedras en la mochila, cavar zanjas en el paso de Échelle con una palita de aluminio hasta que le salieron ampollas en las manos congeladas, cosas así. Le encantó. Mi madre es pacifista, le cuesta entender que a él le guste ese mundo de disciplina y demostraciones de virilidad. Sobre todo después de Sammy, que se hizo pasar por enfermo mental para que lo inhabilitaran porque aborrecía las armas, el uniforme, la crueldad. Pero él le habla de las excursiones con sus amigos, de la camaradería en los momentos difíciles, de las lecciones aprendidas al desafiar los elementos. Antes se sentía atrapado en un suburbio gris, pero el amor al deporte lo llevó a descubrir algo más. Ahora sabe que nunca volverá a la ciudad; ha encontrado su camino en la naturaleza, y en el amor. Con ella.

La montaña, el servicio militar, los suburbios, de eso también he hablado ya.

A ella le gustan el perfil anguloso de su rostro, su mirada negra, sus ojos almendrados que recuerdan a un antepasado asiático lejano, un antepasado un poco perdido en ese semblante más bien nórdico, de francés del norte, del Pas-de-Calais, de donde son oriundos sus padres, piel blanca, nariz recta, barbilla tímida.

Él sueña con una familia numerosa. Con mi madre pronto tiene dos

hijos más, un niño y una niña. Cuando se lo preguntan, responde que le gustaría tener ocho. La gente no dice nada, pero se siente incómoda, porque piensa que cuatro son ya demasiados para ellos.

Conserva de su infancia el gusto por la mantequilla, los productos lácteos. Su madre cocinaba un pastel con crema de natillas y café que intentamos reproducir en vano Navidad tras Navidad: nunca salía igual de rico. A veces incluso salía asqueroso, con pequeñas bolitas de grasa que no querían derretirse y flotaban en la crema, centenares de granos grasosos e insípidos mezclados con partículas de azúcar que crujían bajo los dientes. Algunas veces, el sabor y la textura se aproximaban mucho al original y, entonces, nuestras miradas, fijas en su rostro para descifrar el veredicto, nos transmitían una alegría contagiosa que es más o menos la máxima felicidad familiar que pudimos alcanzar.

Se quema fácilmente con el sol, y el polen de la primavera le produce una alergia violenta. Estornuda como un condenado.

Le gustan los juegos de mesa, pero es demasiado irascible. Las partidas de Monopoly en familia o los juegos de estrategia más sofisticados con sus amigos a veces terminan bruscamente con un ataque de ira. Abandona en pleno juego, dando un puñetazo en la mesa que hace bailar todas las piezas, los hotelitos de plástico rojo, las casitas verdes, los fajos de billetes falsos, y se va, indignado, dando portazos.

También jugando al tenis lo vi tirar la raqueta al suelo varias veces. Las raquetas son caras, y realmente no tenemos dinero para gastar en algo así. Pero no puede controlarse. Lanza a gritos todo tipo de insultos, a su oponente, a sí mismo, a la pelota culpable del error. Rojo y sudoroso, con los ojos brillantes de rabia, patalea y tira la raqueta, que sale volando y se estrella contra la alambrada que bordea el terreno.

Bueno, ya, voy a parar. Lo intenté. Quería hacer el retrato desde mi perspectiva actual, de mujer que ahora es madre, tratando de ver lo que mi madre percibió en la época en que lo conoció, lo que los demás adultos percibían, lo que se aprecia en general cuando vemos un cuerpo, un rostro, cuando leemos un perfil con ojos adultos, acostumbrados a la lectura, a las descripciones de personajes en las novelas, los reportajes, ojos acostumbrados a mirar e interpretar imágenes. No puedo. He escrito numerosos cuentos, varias novelas, debería ser capaz de hacer un retrato sencillo. Pero esto no es lo mismo. Lo que pasa es que intento apegarme a cierta verdad objetiva que se me escapa a pesar de las fotos, a pesar de los recuerdos. Y luego, obviamente, es imposible porque se trata de él.

El retrato, pues

Es alto y fuerte. Brutal incluso. Su voz pasa fácilmente de la suavidad a la violencia. Cuando algo empieza a enfadarlo, grita. Grita fuerte. Da órdenes. Le parece del todo aberrante la forma en que nos criaron a mi hermana y a mí, con una permisividad excesiva. Un caos. Nos convirtieron en dos pequeñas salvajes. Un verdadero desastre.

Sus manos son grandes, de un color que pasa rápidamente al rosa-rojo, como su cara en cuanto se expone al sol o a la ira. Sus manos son fuertes. Agarran, acarician, pero con cierta rudeza, una caricia que se apropia, que se abre camino. Como su voz, que intenta ser dulce, pero esforzándose demasiado, y que se vuelve aguda al final de las frases, como para preguntar si tiene la aprobación del interlocutor, como para confirmar que el interlocutor está de acuerdo, que lo escucha, que consiente. Salvo que el tono no cambia si esa confirmación no se da. Si uno se queda en silencio o si dice que no, la voz sigue igual. En realidad, esa pequeña nota de interrogación es parte del monólogo, que parece haber ensayado muchas veces.

Su cuerpo es grande. Sus pies, feos, como todos los pies, pero los suyos son todavía más feos porque son peludos y rosas, y están magullados. Resulta extraño que tenga pelos en los pies porque es casi lampiño en el resto del cuerpo, en el torso, en los brazos. Su piel es más que nada fea, de diferentes tonos de crema, blanco, rojo y café. La piel de su sexo, siempre tensa por el efecto de la erección, es de un rosa violáceo que toma un tono durazno cuando te alejas del glande, y se vuelve beige y arrugada en los testículos como si fuera piel muerta, un pedazo de cadáver que cuelga debajo del enorme pene erecto y duro como un hueso.

Nunca lo vi con un libro en las manos, pero le gustaban los cómics, en especial los que contaban historias del lejano Oeste. Tenía una colección casi completa de una serie cuyo protagonista se llamaba Blueberry. A menudo se quedaba en el baño leyéndolos. Iba a escribir que se encerraba en el baño a leer, pero no sería cierto. Cuando por fin tuvimos baño, nunca hubo pestillo. En los dormitorios tampoco. Él no quería que nadie tuviera intimidad. Ahora me parece un poco extraño, pues le habría venido bien poder cerrar cuando estaba a solas conmigo en una habitación.

Le gustaba el cantante Johnny Hallyday, así que nosotras también nos vimos obligadas a escucharlo en todo momento. Su voz acompañaba las largas jornadas en las que trabajábamos reformando la casa, las horas de viaje familiar en coche, las veladas con amigos. Cuanto más escuchábamos las mismas canciones, más hipócritas me parecían las letras. Todo ese teatro del valiente con corazón, del duro que en el fondo es tierno, del macho que sufre, esa sinfonía de autocompasión me repugnaba.

Mi padrastro seguramente se percibía a sí mismo como un cowboy

solitario. Decía que tenía un agudo sentido de la injusticia. Solía contar dos o tres anécdotas sobre malos tratos de los que había sido testigo en la escuela y que lo habían indignado. Cuando nos sorprendía a mi hermana y a mí haciendo alguna travesura, nos castigaba con severidad, insistiendo en el hecho de que el castigo era justo, proporcionado y merecido. Nos obligaba a llevar carretillas de piedras de un extremo a otro del jardín, cavar hoyos, recoger leña.

Tenía una alta exigencia ética con la que no podíamos transigir. En varias ocasiones, durante mi infancia, lo vi reaccionar heroicamente para ayudar a los demás. En las montañas, en accidentes, en algún incendio. Condujo una ambulancia durante varios años. Estuvo a cargo de un equipo de albañiles en obras de construcción peligrosas y se responsabilizaba de la seguridad de sus compañeros. En esos momentos se transformaba, todo en él estaba al servicio de su objetivo. Sus músculos y su mente se tensaban, parecía brillar desde dentro y querías seguir sus instrucciones, confiabas en su criterio, en su instinto. Era el guía que nos pondría a resguardo, el que estaba dispuesto a sacrificarse por el bien común, el que no dudaba ni un segundo, el que desafiaba los peligros, el fuego, la nieve. La valentía misma.

Durante mucho tiempo lo percibí como un demiurgo, un ser más grande que la vida. Una criatura mitológica, un Sísifo, un Prometeo torturado por sus demonios. Más tarde, echando la vista atrás, pensé que tal vez solo era un pobre tipo que tenía el don de manipular a los demás y que se aprovechó de la vulnerabilidad de alguien aún más débil que él. En el mundo cerrado de la familia, era todopoderoso. Lo más probable es que fuera ambas cosas, un titán y un desgraciado. ¿Acaso no es mejor ser víctima del primero que del segundo?

Trabajábamos mucho juntos. Sobre todo en la renovación de la casa, que desde el inicio emprendimos en familia: él, mi madre, mi hermana y yo. Éramos pequeñas, nos daban tareas a nuestra medida: transportar piedras en carretillas, llevar herramientas a los adultos, lijar paredes, limpiar, barrer. Igual que ellos, nos pasábamos todos los fines de semana en la obra, con ropa de trabajo salpicada de cemento. Compartíamos la carga pesada y la satisfacción del trabajo físico, el hambre deliciosamente saciada a la hora del sándwich bien ganado, la meditación silenciosa en el momento de concentrarse en un gesto preciso. Todo ello mientras escuchábamos la radio y los casetes de Johnny. Todavía hoy, cuando oigo alguna de sus canciones (que en Francia siguen teniendo mucho éxito), me resulta difícil no sentir la herida que se abre bajo el filo de esos cuchillos, como si la letra tuviera un doble sentido, un sentido oculto, siempre el mismo, que solo yo puedo percibir.

Canciones sobre tipos que son violentos porque sufren, que no disponen de las palabras para decir lo que quisieran decir. Canciones de

amor pasional, canciones para convencer a las mujeres de que se dejen, de que se atrevan a dejar de ser gatas y se vuelvan perras, de que olviden su falso pudor y escuchen la llamada del lobo, canciones que prometen «la miel en la mano que te toca, la sal en el beso de mi boca», canciones que repiten «cuánto te quiero, cuánto te quiero, cuánto te quiero».

Decía que me quería. Decía que me hacía aquello para expresar su amor. Decía que su mayor deseo era que yo lo quisiera también. Decía que, si se había acercado a mí de esa manera, tocándome, acariciándome, era porque necesitaba una relación más estrecha conmigo, porque yo me negaba a mostrarme cariñosa, porque no le decía nunca «Te quiero». Después me castigaba por mi rechazo imponiéndome actos sexuales. Me prometía que, mientras yo me callara lo nuestro, él no tocaría a los otros niños. Más tarde dijo también que, si yo aceptaba decirle que lo quería, actuar como si lo quisiera, cambiaría su comportamiento. No pude. Era demasiado tarde, ya era imposible. Habría preferido morir que pronunciar esas palabras. Puso como condición para que aquello terminara que yo fuera amable con él o, por lo menos, que lo fuera delante de la gente. Dije que sí. Así fue como terminó.

«La punta de la lengua emprende un viaje de tres pasos»

Vuelvo a leer *Lolita* de Nabokov. La primera vez que lo leí fue para una clase de literatura norteamericana, un curso sobre autores transgresores donde aparecían también Henry Miller, William Burroughs y Charles Bukowski. Tenía unos veinte años, me atraían las experiencias extremas, la autodestrucción, la locura, pero leer ese libro me desconcertó. No esperaba encontrarme allí tantos puntos en común con mi sórdida historia personal.

Lo que hace que *Lolita* sea un texto provocador, además de la situación descrita, es el punto de vista a través del cual se cuenta la historia. Que el narrador sea el culpable, el pedófilo, y que el lector esté obligado, por medio de la voz narrativa, a entrar en su cabeza, a penetrar en los recovecos de sus razonamientos, sus justificaciones, sus fantasías, es lo que vuelve la lectura fascinante y perturbadora. El lector pasa de la adhesión al rechazo, del asco a la compasión, de la sonrisa frente al singular sentido del humor del narrador al horror absoluto. Lo entiende y no lo entiende, acompaña su locura hasta el final, teme sus victorias y se alegra de su desdicha y su perdición. Escoger ese punto de vista impone al contrato de lectura una sutileza sofisticada: juegas el

juego del autor, que se pone en el lugar del criminal sin por ello empatizar con el personaje. Y, si por casualidad empiezas a hacerlo, el texto se encarga de recordarte, siempre en momentos clave, que dicha empatía te hace cómplice del monstruo.

Es una elección poco común en literatura. Mientras que abundan las novelas escritas desde el punto de vista de la víctima, las que se sitúan en la cabeza del verdugo son escasas. Con una puntualización, no obstante: es una elección poco común sobre todo si se trata de violaciones de niños. De hecho, por lo que respecta a todos los demás delitos, las novelas a menudo nos ponen del lado del delincuente. Nos resulta fácil imaginarnos en el lugar del ladrón, del traidor, del asesino. El tabú en nuestra cultura no es la violencia sexual en sí, que se comete con frecuencia, sino hablar de ella, pensarla, analizarla.

Mi padrastro nunca pronunció la palabra *violación*. Incluso ante el jurado que lo condenó por ese delito, sostuvo que se trataba de otra cosa.

Los primeros capítulos nos sitúan en la percepción de Humbert Humbert y en su visión de la niña como nínfula seductora. Según él, ella es su compañera en una relación de complicidad, los dos confabulados contra la madre, que pone límites a los caprichos de ambos. Dolores, a quien él pone el apodo de Lolita, se interesa en las actrices de las revistas, en los amoríos de Hollywood, cosas que no son propias de su edad. Busca la atención del señor que ha seducido a su madre y, cuando la obtiene, se pone muy contenta. Lo visita en su oficina, se sienta a su lado en el sofá, coloca despreocupadamente las piernas desnudas en su regazo. (Estar en la misma casa que él, cruzárselo en el baño, con ese cuerpecito, con esa ropa, con esa sonrisa o esa ausencia de sonrisa, es una provocación.) Quiere algo de él. Y él cree saber lo que es, asume que es lo mismo que él quiere. (En el discurso de mi padrastro también había una puesta en escena de mi consentimiento. Te gusta, ¿no? Te gusta, sí te gusta, te gusta mucho. Te gusta muchísimo.) Se dice eso a sí mismo, intenta convencerse de ello, siempre con una pequeña duda que despunta, ya que en el fondo sabe que lo que ella quiere no es exactamente lo mismo que lo que quiere él. De hecho, cuando por fin obtiene lo que buscaba, cuando pasa de la fantasía a la acción, es cuando el tono del libro cambia, es ahí donde aparece la famosa frase sobre el pequeño espectro, donde la comedia empieza a volverse tragedia.

La mayoría de los criminales se inventan historias para volver tolerable lo que les pasa. La mayoría de los pervertidos se dicen a sí mismos que lo que sienten y hacen tiene su origen en el amor («Pueden ustedes burlarse de mí y amenazar con despejar la sala, pero hasta que esté amordazado y medio estrangulado seguiré gritando mi pobre verdad. Insisto en que el mundo sepa cuánto quería a mi Lolita.» O más adelante: «Te quería. Era un monstruo pentápodo, pero te quería. Era

despreciable, y brutal, y lascivo, y cuanto pueda imaginarse, *mais je t'aimais, je t'aimais*!».) Los primeros capítulos de *Lolita* son una fabulosa muestra de esa construcción mental. Es una construcción hábil, poderosa, convincente, que hace que el mundo que inventa el depredador sea casi plausible y, al mismo tiempo, el lector puede ver, a través de una serie de indicios diseminados en el libro, que se trata de una historia falaz.

Humbert se ve a sí mismo principalmente como una víctima de la mala suerte, de los demás, de sí mismo. Es el juguete de fuerzas que escapan a su control. Su obsesión por las nínfulas proviene de su inconsciente, de un momento de gracia de su infancia que recuerda de forma incontrolable. Es víctima de una sociedad hipócrita que finge no tolerar el amor entre niños y adultos, salvo cuando se trata de grandes hombres, para los que todo está permitido (Dante, que se enamoró de Beatriz cuando ella tenía nueve años; Petrarca y su musa Laura, de doce años, etcétera).

Si hubiéramos vivido en otro lugar, en otra época, nos habrían dejado vivir nuestra historia sin problemas. Lo nuestro es natural, y no se puede corregir a la naturaleza. Pero, en este mundo, nadie lo entiende. Es por eso por lo que hay que callarlo.

La otra historia que inventa es la de la seducción. «Y voy a decirles algo que les sorprenderá: *ella* me sedujo.» Sin embargo, es evidente que Humbert exagera todos los detalles de la supuesta complicidad de Lolita. El libro está escrito de tal manera que el lector puede percibir un doble juego permanente: el de la conciencia perversa que transforma los elementos de la realidad para adaptarlos a la justificación de su fantasía. Aun así, muchos lectores se toman el absurdo al pie de la letra. También ellos imaginan a una Lolita eróticamente interesada en su padrastro, jugando a provocarlo, buscando el contacto adrede.

¿Te gusta? Sí, te gusta, te gusta mucho.

El libro se titula *Lolita*, pero Lolita está casi siempre ausente. La vemos todo el tiempo a través del filtro de la mirada de su depredador, y casi nunca existe por sí misma, es una figura perfecta de la fantasía, su nínfula encarnada. Humbert el náufrago lo reconoce al final. Mientras espera en el coche que condujo deliberadamente hacia una zanja que la policía venga a buscarlo, recuerda una última epifanía. Cuando vagaba por el país en busca de Lolita, una mañana en la que se había perdido en una carretera de montaña, observó desde la colina en la que se había detenido un pueblecito situado más abajo, cuyos sonidos se elevaban hacia él como un coro: «Me quedé de pie durante un rato escuchando desde mi elevado saliente aquella vibración musical, aquellos estallidos de gritos aislados con una especie de tímido murmullo como fondo. Y entonces comprendí que lo más dolorosamente lacerante no era que Lolita no estuviera a mi lado, sino que su voz no formara parte de aquel

concierto».

Este comentario puede interpretarse de diferentes maneras. Se puede reconocer en él la evocación del pequeño espectro, la culpa de no haber permitido a Lolita la posibilidad de ser una niña entre las demás. También veo ahí una admisión de *la ausencia de su voz* en el libro en general. Las pocas veces que Lolita habla entendemos que lo que siente y percibe es muy diferente a lo que nos cuenta su padrastro: «¡Puerco! –exclamó sin dejar de sonreírme dulcemente–. ¡Criatura repugnante! Yo era una niña pura como una perla, y mira lo que has hecho de mí. Debería llamar a la policía y decirle que me has violado. ¡Oh, puerco, puerco, viejo puerco!». En gran parte de los diálogos en los que se cita directamente su palabra, expresa su rechazo ante la insistencia de aquel hombre que se le impone: «¡Oh, no, otra vez no!», «¡Déjame en paz, por favor!», «¡Por el amor de Dios, déjame en paz!».

No, no me gusta. Nunca me gustó. Ni una sola vez.

Humbert a veces se da cuenta. En el corazón de su melopea egocéntrica, como una escoria que emerge a la superficie, la voz de la chiquilla le revela un universo interior que pretende ignorar.

> Recuerdo ciertos momentos, llamémoslos icebergs en el paraíso, en los que, tras haber gozado de ella –tras fabulosos y enloquecidos excesos que me dejaban desfallecido y envuelto en una especie de neblina azul–, la estrechaba entre mis brazos, al fin con un mudo gemido de ternura humana (su piel brillaba, iluminada por la luz de neón que llegaba del patio pavimentado del motel a través de los listones de la persiana, sus negras pestañas estaban enredadas, sus graves ojos grises parecían más ausentes que nunca: cualquiera que la hubiera visto, habría pensado que era una pequeña paciente que acababa de sufrir una importante operación y estaba todavía bajo los efectos de la anestesia), una ternura que aumentaba hasta convertirse en vergüenza y desesperación, y adormecía a mi solitaria y ligera Lolita acunándola en mis brazos marmóreos, y gemía en su cálido cabello, y le prodigaba mis caricias, y le pedía mudamente su bendición; y cuando llegaba el momento culminante de aquella ternura humana angustiosamente desinteresada (en el que mi alma, lo digo muy en serio, vagaba alrededor de su cuerpo desnudo, lista para el arrepentimiento), de repente, irónica, horriblemente, la lujuria volvía a apoderarse de mí, y Lolita exclamaba «¡Oh, no!», con un suspiro y levantando los ojos al cielo, y en un instante la ternura y la nube azul se desvanecían.

Tenemos que escuchar el poder de ese «no» impotente. Si el propio Humbert, que desearía ignorarlo, es capaz de oírlo, nosotros también debemos ser capaces.

Al lector que proyecta el texto de Nabokov se le considera un ser inteligente, capaz de adoptar una postura crítica y volverse en contra de un narrador abyecto sin caer en la trampa de su autocompasión. Construir una voz narrativa poco fiable y mantener esa complejidad a lo largo de todo un libro es una proeza literaria. A través de ese procedimiento, el autor logra condenar el crimen o, por lo menos,

demostrar su atrocidad, a pesar de que sigamos la voz de un narrador que parece hacer apología de ese mismo crimen.

Hay lectores, incluso grandes lectores, y con ello me refiero a personas cuyo oficio consiste en leer y que no se dejan engañar fácilmente, como Maurice Couturier, especialista en la obra de Nabokov, que él mismo tradujo al francés, que, aunque condenen los actos en la vida real, piensan que, a pesar de todo, *Lolita* es una historia de amor y deseo, más ardiente si cabe al estar construida sobre una prohibición. Para Mary Gaitskill se trata de amor, un amor retorcido, condenado, demente y cruel, pero amor de todos modos. ¿Cómo puede ser? Algo que no es mutuo puede ser muchas cosas, pero no amor. En *Lolita*, Humbert está solo con su supuesto amor. Amar sin ser amado, desear sin ser deseado, prodigar caricias sin consentimiento, ¿cómo puede eso conducir a una historia de amor? Él está solo en todo momento, solo con su deseo, su obsesión, su compulsión. Solo lo acompañan su fantasía y, luego, el espectro de Lolita. Cuando está con ella, no puede sino notar que no le sigue. Ella nunca consiente. «Nunca vibraba bajo mis caricias, y un estridente "¡Qué haces!" era cuanto obtenían mis esfuerzos.» Además, sabe que ella acabará encontrando una forma de escapar. La vigila. Él sabe que ella quiere irse. Y, cuando lo logra, no tiene más remedio que utilizar la puerta de salida que le ofrece otro depravado.

¿Por qué, entonces, la imagen perpetua de una adolescente lujuriosa y provocativa en casi todas las cubiertas del libro desde los años cincuenta, siempre mayor que la Lolita de la novela, que tiene doce años cuando su captor la secuestra en su largo viaje de perdición? ¿Acaso escribió Nabokov un libro equívoco, que permitiría pensar que Lolita participa con gusto en la relación con Humbert? No lo creo. Es obvio que ella no tiene nada que ver. Existe una cierta sensualidad en el personaje de la preadolescente que descubre la vida, que quiere retar a su madre; pero, desde el primer acto de violación hasta la huida de Lolita, todo es manipulación y relación forzada.

Podemos pensar que la acogida de la novela sorprendió al autor. Podemos pensar que Nabokov no se esperaba la creación de la nínfula seductora en el imaginario popular. Sin embargo, él estuvo de acuerdo en confiar la primera publicación de *Lolita* a una editorial especializada en literatura erótica, lo que favoreció la confusión. Si yo hubiera escrito una obra maestra que solo recibiera rechazos editoriales, quizá habría hecho lo mismo, pensando que siempre estaría a tiempo de corregir el rumbo después. Veinte años más tarde, en 1975, invitado a participar en un famoso programa literario en la televisión francesa, *Apostrophes*, Vladimir Nabokov corrige al entrevistador, Bernard Pivot, cuando este habla de la novela en tono pícaro: Lolita no es una joven pervertida, sino una «pobre niña a la que corrompen». Podemos

suponer que el autor no tuvo en cuenta la magnitud del fenómeno de la sexualización de los niños, o del de la explotación sexual infantil en el círculo familiar, en la escuela, en la iglesia, que es algo bastante común, pero de lo que solo se habla como si fuera un hecho raro, una monstruosidad, una aberración. O quizá era consciente de ello y construyó su fama sobre esa escandalosa ambigüedad.

Nada de lo que precede impide que me guste el libro. Lo que me atrae, a la vez que me perturba profundamente, de esta novela es jugar a entrar en la cabeza de alguien que hace el mal de forma deliberada, que sabe que está destruyendo a otro ser y continúa de todos modos. Está atrapado en esa espiral infernal, subyugado y humillado a la vez por sus propios impulsos, fascinado por lo que llega a ser capaz de sentir, de hacer. Ese torbellino de sensaciones y pensamientos es un fabuloso antídoto contra el aburrimiento del mundo moderno. Incluso la humillación, la decadencia, la prisión se convierten para él en una aventura, en la culminación de un proyecto que ha elaborado y llevado a cabo hasta sus últimas consecuencias, con peligros imprevisibles, por supuesto, pero siguiendo su voluntad la mayoría de las veces. Se ha convertido en el demiurgo de su propia vida, y nosotros también nos dejamos embriagar, aunque luego nos arrepintamos, porque el arrepentimiento es el precio que hemos de pagar por lo que Nabokov llamaba «éxtasis estético».

Un cuarto a oscuras

Mi padrastro también es un pervertido, pero no un pervertido narcisista y letrado como Humbert Humbert. Es un «narcisista con tendencias sádicas», si recuerdo bien el análisis del experto encargado de la evaluación psiquiátrica para el juicio. Su historia no es la de la seducción, sino algo un poco más extraño. Como Humbert, se la contó a sí mismo tantas veces que terminó por creérsela. Me la repitió durante toda mi infancia, y también se la recitó a los oyentes de los varios interrogatorios a los que lo sometieron, como si todo el mundo tuviera que entender lo que lo había llevado a cometer lo que cometió de manera inevitable.

Cuando nos conocemos, yo tengo seis años y él, veinticuatro. Se acerca a mí con las mejores intenciones del mundo. Quiere reemplazar a mi padre, quererme como si fuera su propia hija, darme la oportunidad de tener una familia estable, una educación digna, pobre pero honesta, un hogar. Desde el principio me resisto. No quiero llamarlo «papá». Ya tengo un papá. No necesito ni su amor, ni su educación ni sus caricias.

Tampoco quiero que me toque. No lo dejo acercarse a mí. Y él lo único que desea es amarme. Busca el contacto. Yo lo rechazo. Entonces viene y me acaricia de noche, cuando no estoy tan a la defensiva. Se da cuenta de que en secreto, en la oscuridad, cuando pone sus dedos sobre mi cuerpo y me saca del sueño hablándome bajito, sin parar, no me atrevo a resistirme. Sin duda yo también he entendido que esa es la única manera de que mantengamos una relación donde cabe cierta ternura. Sí, si yo, que de día siempre me rebelo y me opongo a todo lo que quiere imponerme, de noche no digo nada es porque no hay otra alternativa.

Luego, una vez que todo ha empezado, una vez traspasado el umbral de la potencialidad a los actos, es demasiado tarde. Ya está hecho. Tendrías que parar. Te das cuenta de que tendrías que parar. Prometes que lo vas a hacer. Lo logras algunos días, luego sucede de nuevo. No hay barrera, no hay límite, no hay nadie que pueda ayudarte, no hay nadie con quien hablar de ello. Lo verían mal, lo interpretarían mal, la sociedad es demasiado cerrada, demasiado intolerante. Así que todo sigue, una y otra vez, hasta que tu víctima, años más tarde, termina encontrando una manera de escapar.

Recuerdo los lugares. El primero, un cuarto a oscuras. Me despiertan unas manos sobre mí. Y luego su voz; cuando abro los ojos ya está hablando, en voz queda, no para de hablar. No hay que despertar a mi hermana, que duerme al lado. Cuando vivíamos en ese departamento tenía siete años, de eso estoy segura, al año siguiente nos mudamos. No entendí lo que estaba pasando, pero desde aquel primer instante tuve la sensación de que se trataba de algo grave y terrible. Hablaba como un domador le hablaría a un caballo dulce pero salvaje, un caballo que hay que mantener firme para que no se escape. Hablaba como si nada de eso debiera asustarme y, si me asustaba, no pasaba nada, él estaba allí para ayudarme a superar el miedo. Pero él también tenía miedo, y ese miedo nos envolvía como una espesa capa de noche.

Virginia Woolf, de la que abusaron sus dos hermanastros, describe aquella sensación extraña de los primeros manoseos en un texto autobiográfico en el que intenta interpretar cómo varios recuerdos muy antiguos fueron construyendo su personalidad: «Me puso encima de esa repisa y, mientras yo estaba sentada en ella, comenzó a explorar mi cuerpo. Recuerdo la sensación de su mano bajo mis ropas descendiendo más y más, constante y firmemente. Recuerdo mi esperanza de que dejara de hacerlo, recuerdo que me quedé rígida y me estremecí cuando sus manos se acercaron a mis partes íntimas. Pero no se detuvo. Sus manos exploraron mis partes íntimas también». Sin hablar de abusos, sino más bien de una experiencia desagradable, intensa, extraña, entre otras, la escritora analiza brevemente, con una lucidez sencilla y mucho sentido común, las emociones que experimentó, que se parecen a lo que

más tarde se llamará «sideración traumática»: «Recuerdo que esto me ofendió, me desagradó; ¿qué palabra hay para expresar un sentimiento tan confuso y complejo? Seguramente fue un sentimiento fuerte, puesto que todavía lo recuerdo. Esto parece indicar que cierto sentimiento respecto a ciertas partes del cuerpo –que no se deben tocar, que está mal permitir que las toquen– ha de ser instintivo».

Es un momento fuera del tiempo, ajeno al curso de la historia, tan cargado de absurdo y de sentido que esquiva cualquier tentativa de representarlo en una narración. Pienso que era, al mismo tiempo, la primera vez que me tocaban en ese lugar, la primera vez que alguien me mentía descaradamente y que yo sabía sin lugar a dudas que me estaba mintiendo, la primera vez que me encontraba en ese país oscuro sin saber hacia dónde dirigirme, todos mis sentidos al acecho, mi vida amenazada con una intensidad máxima que, a la vez que me parecía frágil, se me revelaba en su luminosa singularidad.

También tiene su lado bueno

Recuerdo esa frase que pronunciaba mi madre para responder a nuestras quejas. Cuando él se ausentaba, cuando salía, por ejemplo, a trabajar en una obra varios días, o a veces semanas enteras, éramos felices. Hablábamos de él, intentábamos analizar su humor, determinar el punto de ruptura que llevaba a la explosión para poder preverla y evitarla. Hacíamos planes para que las cosas fueran mejor cuando regresara. Limpiábamos la casa de manera obsesiva para que la encontrara impecable al volver. Nunca dije una palabra sobre los abusos sexuales. Pero sí criticaba y me quejaba de todo lo demás. De sus manías, de las prohibiciones arbitrarias que nos imponía a todos, de sus ataques de ira, de su insatisfacción continua. Mi madre contestaba que no había nada que pudiéramos hacer para cambiarlo, no iba a cambiar, por lo que nos tocaba a nosotras hacer que él estuviera contento, y así nos dejaría en paz. Como un Minotauro todopoderoso, había que darle de comer, mimarlo, colmarlo de dicha, y entonces podíamos esperar que su cólera no cayera sobre nosotras.

También tiene su lado bueno, decía mi madre.

Eso dijeron los que testificaron a su favor el día del juicio. No podían decir que era imposible que un hombre así violara a una niña, porque él ya había confesado. Si no, lo habrían dicho. Sí, lo había hecho, pero, aparte de eso, era un gran tipo.

La cara oculta de la Luna es una abstracción. Pueden decirnos que

existe, explicarnos de manera racional por qué uno nunca la ve, pero sigue siendo difícil de creer. La explicación reviste cierta lógica, y a la vez resulta perfectamente inverosímil. La Luna gira alrededor de la Tierra justo al mismo ritmo que gira sobre sí misma, lo que hace que siempre presente el mismo lado a nuestra mirada escrutadora. Suena extraño. ¿Por qué iba a hacer eso?

Sobre la faz visible de la Luna, los seres humanos se han proyectado desde tiempos inmemoriales. En México ven un conejo. Se ve nítidamente.

Ya que nunca podemos contemplarla, pensamos que la cara oculta está a oscuras. Sin embargo, los científicos desmienten fácilmente esta interpretación. Los rayos solares tocan igual la otra cara. También está iluminada. Nos dicen que es muy diferente a la que vemos. La que es visible es llana, compuesta por rocas planas, lisas; la invisible está llena de cráteres, montes, rocas voluminosas.

Y, aun así, sigue siendo oscura para la mayoría de la gente. La oscuridad no es solo una cuestión de falta de luz. La explicación no basta. Mientras no la veamos, no creeremos en ella.

Éramos más o menos lo que hoy en día se llama «neorrurales», porque algunos de nosotros no veníamos de la ciudad, sino de otras zonas campesinas. De todas maneras éramos forasteros en el pueblo, gente que no era de allí. Vivíamos en un barrio un poco periférico, lejos del centro, donde suele alojarse la gente que viene de fuera. Los lugareños nos rentaban departamentos en casas antiguas que pertenecían a algún miembro de la familia que se había ido a vivir a la ciudad, a Marsella o incluso a París, y que solo regresaba en vacaciones.

Mi madre, mi padrastro y los demás, sin habérselo propuesto, formaban una suerte de pequeña comunidad, pues compartían el hecho de no ser oriundos del pueblo, de no vivir del cultivo de la tierra, de no poseer nada, de ser jóvenes y practicar deportes. Compartían una forma de vida, trabajaban en el sector del turismo, en actividades relacionadas con la montaña, los inviernos en estaciones de esquí, los veranos en los campings, acompañando a los senderistas, guiando a los turistas por los ríos, los acantilados, los valles, sirviéndoles comida en los restaurantes, haciendo camas y limpiando en los hoteles. Años más tarde se reciclarían en los servicios sanitarios y en la construcción, pero por el momento formaban un contingente de empleados poco cualificados y trabajaban en las estructuras de turismo dirigidas por la pequeña oligarquía de los herederos de la tierra.

Algunos de esos jóvenes pasaban allí unos años y luego se iban a explorar a otra parte. Algunos se instalaban y compraban granjas en ruinas para renovarlas en las lindes de los pueblos. Es lo que hicimos nosotros. Mi madre y mi padrastro, que no llegaban a los treinta años, con los ingresos modestos de los trabajadores de temporada sin título,

que constituyen el escalafón más bajo en ese pequeño mundo de los empleados del turismo rural, pidieron dinero prestado a sus familias y a un banco con tipos de interés altos. Se mudaron el mismo día que firmaron el contrato de compraventa de la ruina inhabitable donde establecieron su campamento improvisado. Se imaginaban que la obra iba a avanzar rápido, que pronto tendríamos excusado, ducha, cocina y todo lo demás. Pero las ruinas no se remodelan a base de puros sueños y buena voluntad, y tuvimos que vivir en obras durante diez años, hasta que yo me fui de casa al terminar el bachillerato. Al principio vivimos en condiciones de absoluta precariedad, en un sótano húmedo donde nuestras cosas se apilaban por bloques para delimitar espacios de vida; y después en una sala de grandes dimensiones, blanca y azul, cuyo suelo inmaculado representaba un futuro de casa limpia que no tendríamos nunca.

Éramos gente humilde. Se podría decir que éramos pobres, pero se trataba de una pobreza elegida, casi deseada, ya que correspondía a una decisión, una forma de vida que nos permitía estar donde queríamos estar, en contacto con la naturaleza, en una casa propia. Era una pobreza llena de dignidad y esperanza. La gente del pueblo no nos veía como una amenaza, como sucede hoy con los *hipsters* que solo salen de su burbuja de teletrabajo para hacer sus compras orgánicas, y que hacen que aumente el coste de la vida y consideran a los campesinos parte del decorado folclórico de su nuevo ambiente. Los lugareños nos miraban con sonrisas incrédulas, comentaban nuestras locuras de hippies con un movimiento de cabeza o una palabra burlona en su dialecto, regalaban huevos y leche para los niños, prestaban de buena gana un pedazo de tierra para que cultiváramos nuestras patatas y nuestras hortalizas.

En el pueblo no había muchos negocios: un pequeño hotel-restaurante y una tiendita que hacía de panadería, ubicada al borde de la carretera, cerca de un río del cual tomaba el nombre, el Rif. La señora de la tienda conocía a todos en el pueblo y fiaba a los clientes. Se pagaba la cuenta a final de mes, cuando se cobraba. Intentábamos no pedir este favor demasiado a menudo, pero, con frecuencia, las dos últimas semanas del mes, mi madre nos mandaba a mi hermana y a mí a comprar pan, pasta, arroz, y teníamos que preguntar de la forma más amable si era posible anotar esas compras *en la libreta*. Ella no iba. Probablemente porque suponía que la señora de la tienda no se atrevería a negarse ante unas niñas. O quizá no iba porque le daba vergüenza. Debía de pensar que éramos demasiado pequeñas para experimentar ese sentimiento. Sin embargo, recuerdo claramente aquel nudo de tristeza y rabia en la garganta, ese instante en que harías lo que fuera para no tener que pronunciar las palabras que van a hacer que te humilles voluntariamente frente a otra persona para obtener un favor que parece irrisorio en comparación con el inmenso esfuerzo que cuesta pedirlo.

Todavía me pasa a veces, sin nada que lo justifique o por una nimiedad, cuando en la Administración, por ejemplo, espero frente a un escritorio a que me den algún papel; se aviva en mí una tremenda vergüenza, como un imparable escalofrío interior. Recuerdo el titubeo en la voz de la señora de la tienda, lo que indicaba que podía rechazar o aceptar fiarnos; la sensación de alivio cuando decía que sí, seguida de nuestra huida con los productos comprados a crédito en una bolsa de plástico, y de un sentimiento de amarga impotencia, de rabia contenida, mientras subíamos el camino que nos llevaba a casa.

Muchos años después, ya estaba lejos del pueblo, tenía unos treinta años, leí los libros de Annie Ernaux con la luminosa sensación de escuchar una voz que iluminó algo en mí y me sorprendió descubrir que sus padres eran dueños de una tiendita. Me habían hablado de aquella escritora como de alguien que sabía describir muy bien el sentimiento de traición que padecen quienes ascienden de clase social. No me imaginaba que sus padres pudieran tener ese tipo de negocio. Sin duda, es un oficio de gente humilde. Pero para mí, debido al recuerdo de haber experimentado mil veces la sutil humillación del deudor, los tenderos, que pueden decidir si prestar o no, eran burgueses.

Es cierto que había en mí una vulnerabilidad, una situación de soledad extrema, de alienación, que me predisponía a ser víctima. Sabía que, si lo arrestaban, nos quedaríamos sin recursos y caeríamos en la miseria. Con cuatro hijos y el sueldo de una mujer de la limpieza, era más que evidente. Además de la deshonra que conllevaría, pues se enteraría todo el mundo. Me convenció de que mi madre era una mujer frágil, inadaptada, incapaz de sobrevivir sin él, absolutamente dependiente, tanto en lo económico como en lo emocional. Es posible que esta versión tuviera algo de verdad. Él me contó que mi madre había intentado suicidarse tras morir su novio en la avalancha, cuando mi hermana y yo éramos pequeñas. No sobreviviría a una nueva desgracia. ¿Realmente era lo que quería yo? ¿Imponerle eso? Yo lloraba a menudo, sobre todo cuando estaba a solas con él. Por lo menos él sabía por qué lloraba, por lo menos con él podía soltarme sin que nadie me hiciera preguntas incómodas. Me consolaba. Como Lolita, estaba atrapada. Yo tampoco tenía adonde ir.

> En el hotel pedimos habitaciones separadas, pero en mitad de la noche vino a la mía sollozan- do, y nos reconciliamos con mucha dulzura. Es que la pobre no tenía ningún otro sitio adonde ir.

Retrato de la nínfula

¿Era yo bonita? No lo sé. Como todos los supervivientes de violación, me cuesta posicionarme en relación con mi apariencia física. Pero hoy no hablamos del tiempo presente, hablamos de cuando yo era una niña. Debería ser capaz de hacer un esfuerzo de objetividad y observar a aquella niñita como si fuera otra. Si miramos las fotos, vemos a una niña rubia de grandes ojos verdes, sonrisa traviesa, cabello siempre revuelto, un poco salvaje. Mi hija tiene diez años, se parece a mí. Probablemente yo era como ella es ahora, menuda para mi edad, con los brazos y las piernas gráciles, gestos de pajarito. Si me hubieran puesto el disfraz adecuado, podría haber sido perfectamente un personaje de cuento de hadas: Alicia en el País de las Maravillas, Caperucita Roja, Ricitos de Oro, la pequeña cerillera. De hecho, ya sabemos lo que les pasa a esas niñas demasiado inocentes e intrépidas a la vez, que meten la nariz donde no deben.

Me quedé mucho tiempo larguirucha y huesuda. Sin pechos, sin formas femeninas, cero voluptuosa. Iba retrasada en comparación con mis amigas en cuanto a la pubertad. Tuve mi primera regla a los catorce o quince años. Era silenciosa, huraña, pasaba todo el tiempo leyendo. Era muy buena alumna, demasiado incluso; me aburría en clase, distraía a los demás. Me adelantaron un año, pero no bastaba, seguía siendo insolente en la escuela, retaba a los adultos. Era de esas niñas que no se contentan con una respuesta sencilla, que siempre vuelven al ataque con unas ganas de aprender y una incapacidad para conformarse que pueden llegar a ser exasperantes. Llevaba ropa de segunda mano, pantalones de terciopelo, blusas floreadas, vestidos demasiado amplios y zapatones de cuero que no combinaban, y que le daban a mi cuerpo flaco un aire un poco cómico.

¿Cómo puede una niña así atraer la mirada de un hombre? ¿Qué es lo que ve cuando la mira? ¿Qué puede haber de erótico en un pequeño ser con costras en las rodillas, que aún no ha mudado todos los dientes, que puede pasarse una hora intentando atrapar una lagartija entre las piedras calientes de la tarde?

La inocencia: eso es lo único que hay que ver. Y lo que atrae quizá sea simplemente la posibilidad de destruirla.

Recuerdo una escena muy rara con un amigo de la familia, un pintor. Yo no tenía ni diez años. Habíamos viajado al norte de Francia, a Boulogne-sur-Mer, a pasar las vacaciones. El pintor ya nos había hecho a mi hermana y a mí un bonito retrato en los Alpes en otra ocasión. Esa vez quiso pintarme de nuevo. Recuerdo estar a solas con él en su estudio. Yo llevo un vestidito azul de algodón. Estoy sentada. Se acerca a mí y me pide que me levante. Regresa al lienzo. Esboza unos trazos. Se pone de pie y va a cerrar la puerta del taller. Me pide que me quite la

ropa interior.

Tengo un recuerdo perfectamente nítido de eso. ¿De verdad ocurrió? Recuerdo que me puse dura como una piedra. Recuerdo haber pensado, no puede ser, otra vez. Pero no sé qué pasó después. No creo que me tocara. Siguió pintándome, sin ropa interior.

En la pubertad usé un aparatoso corsé ortopédico para la escoliosis, que disimulaba vagamente con bandanas, tuve acné, lucía peinados horrendos con gomina a la moda ochentera, usaba jeans con agujeros, camisetas con agujeros, aretes de plástico. Y, sin embargo, les gustaba a los hombres. Creo que algo en mí los desafiaba. Conservé de mi infancia un aire de libertad que se reforzaba con la rebelión contenida contra los abusos cotidianos. ¿Acaso el reto provoca deseo? No lo sé. Recuerdo las miradas de algunos padres de familia para quienes trabajaba de niñera, la mirada de ciertos profesores. ¿Podían percibir que existía la posibilidad de tener relaciones conmigo al leerme en la cara que me acostaba con otro adulto de su misma edad? ¿Los provocaba yo? Quizá buscaba entender algo. Lo que sí debe de haber resultado evidente para ellos, para cualquiera, era mi situación de vulnerabilidad absoluta. Si hubiera llegado a pasarme algo, nadie habría venido a defenderme. Creo que esas cosas se sienten. También a la inversa, cuando te sabes protegida, cuando sabes que no te van a abandonar, no te transformas en presa tan fácilmente. No estoy segura de todo esto, son hipótesis frágiles. Lo que es un hecho es el clima de depredación en el que me encontraba a menudo. Cuando percibía aquella mirada sobre mí, me las arreglaba para rehuirla. No me pasó nada. No me acosté con ninguno de ellos, excepto con un coordinador de un centro cultural que nos llevó de viaje a un grupo de adolescentes de la secundaria.

Tenía catorce años y él treinta y cinco. Había en nuestro grupito un flujo de energía sexual y amorosa. Éramos unos doce jóvenes. En Marruecos nos reunimos con otros amigos que estaban de vacaciones con sus familias. Salíamos los unos con los otros, intercambiábamos confidencias y besos. Yo tenía entre los marroquíes un enamorado de mi edad que me llevaba de la mano por los zocos. El coordinador nos daba cierta libertad a la vez que cuidaba de nosotros. Nos dejaba explorar nuestras pasiones adolescentes sin peligro. Era buena onda. Nos burlábamos de él en el minibús cuando intentaba cambiar la música. Le gustaban cantantes de antaño, Barbara, Francis Cabrel, nosotros queríamos escuchar rap y reggae. Debí de buscarlo un poco, o quizá él simplemente quiso participar en nuestro juego como si fuera uno de nosotros, cuando en realidad no era su lugar. Recuerdo haberme resistido a sus insinuaciones con amabilidad. Al cabo de un tiempo, me dije, déjate ya de una vez y así se acaba esto. ¿Fue realmente así como ocurrieron las cosas? No puedo asegurarlo. En este caso no hubo un juicio que le permitiera expresar su punto de vista. Se libró de una

buena. Por un pelo. Decía que estaba enamorado, locamente enamorado, que quería volver a verme. Le dije que no, ya, déjame en paz, después del viaje se acabó, te largas. Quería escribirme. Se lo prohibí. Me escribió de todas maneras. Obviamente, mi correo pasaba por otras manos antes de llegar a mí. Mi padrastro se enteró. Se puso furioso. Me llamó en presencia de mi madre (imagínense, queridos lectores, la escena surrealista que resultó aquella reunión, los tres hablando de lo que íbamos a hacer para castigarme y, sobre todo, castigar a mi corruptor), y decidimos (bueno, decidió él, y mi madre y yo asentimos) que íbamos a amenazar al tipo con demandarlo si no se comprometía de inmediato a no establecer contacto conmigo bajo ningún pretexto y a dejar su trabajo en el centro social. Y así se hizo. Así lo hizo mi padrastro, con todo el aplomo del que era capaz. Me sentí culpable de que ese tipo perdiera su trabajo. Pero se lo había buscado. Le dije que no me escribiera.

Después de la historia del coordinador del centro cultural, cuando nos encontramos a solas, mi padrastro me montó una escena. ¿Por qué con él sí y conmigo no? ¿Por qué quieres con otro y a mí me rechazas? Lloró. Le habría gustado que lo consolara, que hiciera o dijera algo para consolarlo. Pero yo me quedé viéndolo llorar sin decir nada, sin sentir nada, ni compasión, ni sentimiento de victoria ni nada. Solo esperé a que pasara.

Leía mi correspondencia, solía hurgar entre mis cosas, controlaba mi ropa, mis actividades extraescolares, mis salidas, mis amigas, mi dinero. Quería saber con quién me juntaba, quién me gustaba.

Nunca me ayudó con la tarea de la escuela, nunca me preguntó sobre las cosas que aprendía, no se interesó por los libros que leía. La lectura, incluso, le parecía una trampa que hacía para escaparme. Decía que era de mala educación leer mientras estábamos en familia, así que sencillamente me lo prohibió.

En uno de mis cumpleaños, al cumplir diez u once años, alguien me había regalado un bonito cuaderno en cuya portada se leía MI DIARIO en letras góticas. Me dije que podía ser una buena manera de ejercitarme en la escritura. Siempre supe que escribir iba a ser central en mi vida. Me puse a hacerlo, sin pensarlo mucho, sin planear siquiera anotar nada especialmente íntimo en ese diario. Lo guardaba un poco escondido, entre libros, para que el resto de la familia no lo viera. No consideraba ese cuaderno un secreto, solo era un espacio mío. Al cabo de algunas semanas, él habló conmigo a solas. Me dio a entender que leía cada frase desde el principio, y que, algún día, esa historia del diario podría volverse peligrosa para él. Me dio a entender también que le gustaba poder meterse en mi cabeza aún más gracias a aquellas páginas. Yo podía seguir escribiendo si quería, pero tenía que prometer que no iba a hablar de lo nuestro allí.

Al día siguiente quemé el cuaderno en la estufa de leña. No era invierno y ya no encendíamos el fuego para calentar la casa, pero de todas maneras quise usarla para que el papel se consumiera en las llamas. Recuerdo que hice los gestos como una suerte de ritual. Me despedí del diario íntimo, no solo del artefacto de papel cosido, sino del concepto mismo de diario íntimo, para el resto de mis días. No podía permitirme fabricar yo misma un objeto que me volviera tan fácilmente accesible, que me pusiera a la merced de cualquier espíritu decidido a vigilarme o hacerme daño.

Amigo lector, amiga lectora, mi semejante, mi hermana, he aquí algo que tengo que reconocer, pues lejos de mí el deseo de engañarte: cuidado con mis palabras, siempre llevan máscaras. No tomes este texto en su conjunto como una confesión. No hay diario íntimo, no hay sinceridad posible, no hay mentira tampoco. Mi espacio no está entre estas líneas, no está en ninguna parte, solo existe dentro de mí.

Extraño

Al releer las primeras páginas, noto la repetición constante de los adjetivos del campo semántico de lo extraño. Historia extraña, sensación extraña, experiencia extraña. De repente me parece muy obvio. Quizá tendría que buscar sinónimos para aligerar un poco el estilo. Tal vez. Pero, puesto que se trata de un testimonio, no buscamos la gran literatura, no es necesario que esté muy pulido. Si lo estuviera, daría la sensación de una construcción demasiado sofisticada para ser sincera. Por otro lado, me parece que la repetición es significativa. Representa la mezcla de perplejidad e incomodidad que siento frente a la extrema violencia sin violencia que son los abusos. Era raro en aquel entonces, y lo sigue siendo ahora, cuando intento plasmar en la página aquellos recuerdos. Todo lo que tiene que ver con la violación está en una dimensión aparte, una dimensión *extraña*, que es físicamente la misma que en la que ocurre el resto de la vida, pero que se sobrepone a ella, como un doble de una claridad insoportable. Quienes han tenido un accidente de coche hablan de una percepción similar, en que todo se amplifica, se vuelve más intenso, se carga de energía. Uno observa lo que está pasando sin poder reaccionar, eres demasiado lento, vas a contratiempo. La tragedia te pasa por encima, por encima del cuerpo, pero al mismo tiempo ocurre fuera de ti.

Libertad sexual

Es probable que esta atmósfera en la que el absurdo era ley permitiera que yo me dejara convencer por sus discursos (de todos modos no es que tuviera alternativa): lo que sentía como una restricción era precisamente lo que un día me liberaría, me convertiría en una mujer liberada; nunca debía decírselo a nadie porque aunque lo hiciera nadie me entendería; la práctica acabaría creando deseo, y un día terminaría gustándome. Todas esas inversiones eran la base de nuestra lógica.

Mi padrastro me contaba que para él había sido una vivencia terrible llegar a la pubertad y que nadie le hubiera dado un mínimo de educación sexual. Era una familia mojigata, religiosa, con una madre muy presente y un padre ausente. La madre no les habló para nada acerca del cuerpo y de sus pasiones. Él tenía recuerdos de una humillación atroz con un primer amor que lo rechazó, según él, a causa de su ignorancia en las cosas del sexo, por ser demasiado torpe. No quería que a mí me pasara lo mismo. Desde luego, no tuve ese problema.

Me habló de los diferentes métodos anticonceptivos antes de que tuviera la regla, me enseñó a besar con lengua, ponía nombres precisos a cada parte del cuerpo, cada postura, para cuando tuviera relaciones con novios más tarde (pero, cuando llegó ese momento, cuando se enteraba de que tenía algún noviete, se ponía furioso).

Decía que las relaciones amorosas entre adultos y menores estaban mal vistas en nuestra sociedad, pero que en otras culturas no eran un problema (no tenía las referencias para mencionar a Petrarca o Dante, pero tenía una imagen bastante subida de tono de la sexualidad en la Grecia antigua o en algunas tribus africanas y amerindias, o en los grandes artistas, que poseían una mente más avanzada que la gente común).

Me enseñaba ejemplos de niñas precoces. No teníamos tele, pero una Navidad, en casa de mis abuelos maternos, vimos un show de fin de año en el que Vanessa Paradis cantó «Joe le taxi» en minifalda. Tiene casi tu edad, dijo él dirigiéndome su mirada afilada, que quería expresar algo más que las palabras inocentes que pronunciaba frente a la familia. Durante mucho tiempo llevé un atuendo similar al de Vanessa en la secundaria: minifalda negra, mallas, camisa blanca metida en la falda, aretes plateados. Me gustaba vestirme así hasta que él me pidió que me pusiera la falda y las mallas negras para él. Después de eso, se acabó el estilo Paradis.

Me hablaba de libertad sexual. Del peligro de consumir drogas duras. De las enfermedades de transmisión sexual. Compró condones para que yo aprendiera a ponerlos.

Eran finales de los años ochenta, principios de los años noventa, los años del sida. En aquella época seguía en el ambiente el deseo de abolir el puritanismo de una vez por todas, un deseo que estalló en los años

setenta para que todas las sexualidades fueran posibles, aceptables y bienvenidas. Filósofos, artistas e intelectuales libertarios firmaron manifiestos que asociaban la homosexualidad y la pederastia, exigían la despenalización de ambas prácticas como si estuvieran reivindicando un mismo derecho, un derecho a la sexualidad sin restricciones, para todos, siempre que los participantes dieran su consentimiento, fuera cual fuera su edad. También se trataba de considerar al niño como persona de pleno derecho, con libre albedrío, capaz de hablar y elegir, y de quitarle los candados que siempre habían frenado sus deseos, volviéndolo esclavo de los adultos y sus instituciones, la familia, las escuelas, los hospitales y las cárceles. Devolver al niño su potencial de salvajismo, conferirle un poder creativo, significaba asimismo reconocer su derecho a la sexualidad. Es posible que mi padrastro, cuando me hablaba de nuestra relación y justificaba su existencia, se inspirara en esas ideas. Pero no fueron las ideas permisivas de la época las que crearon su discurso o guiaron sus acciones. En otro momento habría elaborado otro discurso con el mismo fin. Siempre habría encontrado algo con lo que justificarse. Es algo que entendí, gracias a él, acerca de los poderosos, los dictadores o simplemente la gente que quiere poder: se las apañan como sea. No necesitan inventar contextos que les sean favorables. Cualquier crisis sirve. O la ausencia de crisis. Todo puede jugar a su favor.

Fascinación

Siempre tuvo mucho carisma. Hasta en la cárcel recibía cartas, visitas de mujeres desconocidas. Ya desde que estaba en prisión preventiva tenía admiradoras, o aliadas, no sé cómo llamarlas, mujeres que se interesaban en él, en su historia, y querían ayudarlo o salvarlo o qué sé yo. Después de su condena siguió siendo así. Una de ellas iba a verlo a menudo. Lo acompañó el día del juicio y testificó a su favor. Era fundadora y responsable de una asociación civil de víctimas. Dijo en el juicio que él estaba abierto al diálogo, que buscaba en el fondo de sí mismo una metamorfosis, que era poco común ver un hombre así, tan lleno de cualidades, en el banquillo de los acusados. En resumen, a ella le hubiera gustado tener un agresor como él.

Los asesinos en serie reciben mucha correspondencia. Interesan a la gente. ¿Será que nos fascinan? No lo sé. No creo. Lo que creo es que queremos entender. Representan para nosotros algo que se nos resiste de manera absoluta, algo que está al borde de donde estamos, pero adonde no podemos o no queremos ir.

Miles de personas se desplazaron para presenciar el juicio de Eichmann. Pido disculpas de antemano por este acercamiento, sé que el

juicio de Eichmann no tiene nada que ver con mi historia, volveremos a eso. ¿A qué fueron esas personas que tuvieron que hacer tantos kilómetros solo para estar allí? Creo que querían verlo en persona. Escrutar ese rostro. Confrontar lo que sabían de él con la realidad de que era un ser humano.

Uno mira las fotografías del pasado con la misma incrédula fascinación, preguntándose cómo es posible encontrarse allí, en los retratos de familia, que eso haya existido y que exista aún, impreso en papel plata, esa prueba estridente de realismo, después de todo lo que ocurrió, los abusos, el juicio, los años de cárcel, los años de repasar lo mismo una y otra vez, después del tiempo que pasó para todos nosotros.

Hablando de fotos, me gustaría meter una aquí, que figurara en el libro. Es probable que no se me permita. A pesar de la sentencia emitida y la condena cumplida, podrían acusarme de difamación, de calumnia. Podrían denunciarme. Sin embargo, no es más que una foto familiar, solo se nos ve a nosotros seis frente a un fotógrafo. Incluso lucimos mejor que de costumbre, bañaditos, peinaditos, con ropa limpia, sonreímos. Nada difamador a primera vista.

Esa foto no dice nada. No dice nada más que las que muchos tienen enmarcadas en el salón, y por eso me habría gustado ponerla aquí. Es la imagen un poco escenificada de una familia cualquiera que posa el tiempo que dura un clic, en la que están reunidos papá, mamá, las tres niñas y el niño, juntos, intentando mirar a la cámara y sonreír todos a la vez. Siempre sale uno con los ojos cerrados o mirando hacia otra parte. Empezamos otra vez. Lo logramos. Ya está. Treinta años después, la vida ha pasado y siguen allí, en ese momento fijo en el tiempo y el espacio, aquellos seres humanos cuyo destino es un misterio.

Esa foto es interesante porque mi madre recuerda las circunstancias exactas del momento en que se tomó. Fuimos a un fotógrafo que tenía un pequeño estudio en el pueblo de al lado, y mi padrastro insistió en que fuéramos bien vestidos, tenía su propia idea de cómo debía lucir cada uno, cómo debíamos colocarnos, quería que pareciéramos una familia feliz y equilibrada. ¿No parecemos una pequeña familia agradable y equilibrada? Los padres están en el centro, los dos niños más pequeños delante de ellos, las dos niñas mayores detrás. Todos vamos vestidos de azul (su color). Debe de ser primavera o verano, tenemos la piel dorada por el sol, el pelo claro, excepto mi madre, que lleva un tinte castaño rojizo no muy logrado. Pero se ve guapa a pesar del color feo del pelo. Tiene treinta y seis o treinta y siete años. Ella apoya la cabeza en el hombro de él mientras mira a la cámara. Él había montado un gran alboroto para que ella adoptara esa postura. Probablemente era bastante incómoda. Es cierto que la sonrisa de mi madre parece un poco forzada. Normal, acababan de pelearse, no tenía ganas de sonreír. No le apetecía hacer la foto, ni tampoco a ninguno de

nosotros. Él le había gritado en el coche. Nadie parece muy a gusto, si se miran las caras de cerca todos estamos un poco tensos. La más pequeña de mis hermanas, que solía reírse todo el tiempo, parece seria. Tiene cuatro o cinco años y posa con su vestido azul claro y sus pendientes de clip de plástico que habíamos encontrado en una tienda de segunda mano. Está sentada en el regazo de su padre, y su hermano, un precioso niño rubio a cuya sonrisa le faltan dientes, parece incómodo o un poco adormilado, al igual que Rose, de pie detrás de mi padrastro, una adolescente con una sudadera con capucha. Sonríen de todos modos, pero sin mucha convicción, un poco como la gente en las fotos antiguas, como si no supieran posar, capturados con una expresión vaga o perdidos en pensamientos impenetrables. Caras casi serias, o al menos un poco tristes. Excepto la suya y la mía. Él está tranquilo, seguro de sí mismo, un aire de bondad en sus rasgos relajados, un brazo alrededor del hombro de la niña más pequeña, recto y centrado. A mí se me ve despreocupada. En el momento de esa foto, las violaciones habían cesado. No hacía mucho, creo. Seguramente volvieron a ocurrir algunas veces más. Pero entonces yo sabía que iban a terminarse. Así que podía posar: una cosa más, una menos, todo me traía sin cuidado.

Sonrían al pajarito.

Pedí a mi madre que me mandara fotos de la familia. Ella sabe que tengo la intención de trabajar sobre el tema. Le dije que iba a montar una *performance* con otras amigas y un amigo a las que también han violado. Me manda fotos en las que yo soy adolescente, después de los abusos. Dice que no encuentra las más antiguas.

Me gustaría poner varias imágenes tomadas al azar. En una fiesta del pueblo. En una pista de esquí. En una caminata. Al borde del lago de Savines. Siendo franca, no veo mucha diferencia con la de la puesta en escena del fotógrafo. Todas son igual de inverosímiles, todas perfectamente normales y espeluznantes. Algunas horas después de las fotos, o antes, me llevó a un cuarto apartado y le hice una felación. No tuve que agacharme, solo estábamos él de pie y yo enfrente, ya que entonces apenas le llegaba a la cintura.

No sé si debo decir *yo*, si debo hacer que esa niña sea a la vez mi yo de hoy, de cuarenta y cuatro años. Quizá pueda decir *ella*, la niña. No sé qué es mejor para mis lectores. Para mí, obviamente, soy yo. Cuando se trata de esa época no percibo esa extrañeza de la que hablan los autores que trabajan con fotos de su pasado, porque yo nunca salí de allí. Siempre está en presente. Soy yo, y es ahora.

Puedo sumergirme mucho tiempo en los ojos del hombre de la foto. Puedo perderme en ellos. ¿Qué hay detrás de esa mirada? ¿Qué es lo que nos fascina de los criminales, los monstruos? Creemos que poseen la respuesta a uno de los mayores enigmas de la existencia: el mal. Nos

decimos que, ya que cometieron lo irreparable, por lo menos deben de haber aprendido algo. Saben lo que es el mal o, si acaso no pueden conocer a través de su propia maldad el mal universal, por lo menos deben de saber mucho sobre la maldad particular que eligieron. Están al otro lado de una frontera que nunca cruzaremos. En realidad, nos decepcionan. Parece que hay en el corazón del mal una banalidad que no se debe al carácter particular de algunos criminales, los que obedecen a pulsiones, los que ejecutan órdenes, los borregos del mal. Hasta los verdaderos monstruos, los que deciden por voluntad propia meter la cabeza en la oscuridad, no responden a nuestras expectativas.

Los estudios sobre violadores que abusan de niños y niñas muestran que no existe un perfil característico, salvo por el hecho de que la gran mayoría son varones. Proceden de todas las clases sociales, de todos los grupos de edad y de todos los países. Según algunos estudios psicopatológicos, existen dos familias principales de depredadores: los «fijados», que tienen trastornos de dependencia y evitación, y que se caracterizan por la sumisión, la pasividad y el aislamiento social; y los «regresivos», que presentan trastornos narcisistas, tendencias antisociales y psicopáticas, y se caracterizan por su deseo de poder y por el gusto por la dominación y la violencia. Entre los primeros hay muchas personas inmaduras que ni siquiera comprenden que sus actos son inapropiados. Los segundos resuelven un problema que les provoca un profundo sufrimiento dominando a un ser más débil, más fácil de manipular que un adulto y más propenso a convertirse en presa. Los pervertidos suelen pertenecer a este grupo, pero, además de resolver un conflicto interior mediante la violación, se complacen en el sufrimiento de sus víctimas. Son manipuladores, crean un sistema filosófico que justifica sus actos ante sus ojos, creen estar por encima de la moral y de la ley, se sienten superiores y asumen la responsabilidad de sus actos.

Estos últimos son los que más fascinan al público. Se podría pensar que tienen personalidades más interesantes, porque *a priori* son más lúcidas, más capaces de decirnos algo sobre ese mal que cometen y del que disfrutan. Nos decepcionarán tanto como los otros, que son producto de la enfermedad psicológica, de la carencia, de la desgracia, la pescadilla que se muerde la cola. Pueden hablar de sí mismos durante horas, analizar su propia tragedia, incluso intentar comprender su característica falta de empatía. Se creen fascinantes y a menudo se alegran de tener una audiencia, pero no tienen nada novedoso que decir sobre lo que han hecho.

Si uso la palabra *crimen*, si evoco el horizonte del mal radical, subrayo la gravedad de los hechos. Pero hay cosas más graves. Como decía al principio, siempre puede ser peor. No me obligaba a comerme

mis excrementos, no me obligaba a mirarlo mientras decapitaba animales. Es probable que por eso el jurado que lo juzgó lo condenara a nueve años de cárcel de los veinte que podían caerle. Ya es mucho, si se compara con la condena que se aplica, en general, por violar a un menor. Se suelen dictar, más o menos, condenas de unos cinco años, pero en este caso es normal que le cayeran más pues hubo satisfacción del perpetrador, quizá incluso placer al ver sufrir a la víctima. Además, el asunto duró mucho tiempo, fueron múltiples violaciones. Pero podría haber sido peor. Por eso se guarda un margen de años para los demás criminales, los que obligan a los niños a comerse sus excrementos o les fuerzan a ver películas pornográficas en las que abusan de otros niños, los prostituyen entre sus conocidos o familiares, los atan al pie de la cama con cadenas, cosas así.

Releo el párrafo anterior y tengo la sensación de que puede leerse en tono sarcástico. No es mi intención. Efectivamente, pienso que hay un lado un poco absurdo en intentar hacer corresponder años de cárcel con un delito como este, o quizá con cualquier delito. ¿Qué tiene que ver un determinado tiempo en la cárcel con el robo de un coche, o el daño causado en la vida de la gente a quien se le robó? ¿Qué tienen que ver siete años torturando a una niña con siete años en un establecimiento pagado con los impuestos del contribuyente, en cierta soledad, sí, en cierto desamparo, en la vergüenza, pero, bueno, cuál es el criterio de equivalencia? Y, de todas maneras, ¿acaso es una equivalencia lo que andamos buscando?

Por otro lado, estoy de acuerdo con la idea de mantener unas proporciones y establecer una progresión tanto en el sufrimiento como en la gravedad del crimen. No necesariamente tiene que corresponderse con años de cárcel, pero me parece posible y deseable que existan delitos más o menos graves que otros. Escribo estas líneas en 2021, mientras en Francia se debate sobre si suprimir la prescripción para los crímenes sexuales cometidos sobre niños y niñas. Los que están en contra dicen que la imprescriptibilidad debe reservarse para los casos extremos, los crímenes contra la humanidad y los genocidios. No sé si estoy de acuerdo con eso. Sin embargo, sé que la violación de una persona, aun si esa persona es una niña o si la violación es abyecta y dura años, es menos grave que un genocidio. Pero ¿la forma de reconocer esa diferencia es hacer que uno de esos crímenes sea prescriptible al cabo de un cierto número de años y el otro no? Hay algo en la lógica de ese razonamiento que se me escapa.

Sin embargo, es cierto que podría ser mucho peor.

Escribo desde una posición de privilegio que no es solo la de estar viva. Privilegio de raza (*white trash*: nada de que presumir, pero sigo siendo blanca), de nacionalidad, de cultura. Mi violación no es una violación grande ni pequeña, es una violación relativa, relativizada por

las condiciones de mi nacimiento en el país de los derechos humanos, por el hecho de que el crimen fue reconocido por el autor y por la justicia. Porque tengo la posibilidad y el derecho de escribir sobre él hoy.

Tendré que callar y dejar que opinen los que lo necesitan más que yo. Es a ese silencio al que debo aspirar. Es hacia ese silencio que apuntan estas palabras, como las balas de un tirador concentrado en la meta lejana, como flechas a punto de ser disparadas por un arco tensado al máximo para que lleguen lo más lejos posible.

Pero, por el momento, ya que tengo la palabra, porque me la dieron o porque la tomé, voy a ir hasta el final.

Retrato de Sammy

En algunas de esas fotos también está mi padre. Mi querido padre. ¿Habré inventado o sublimado ese amor para poder borrar un poco el otro? ¿Acaso fue mi amor por mi padre un flotador que inflé yo misma con mis pequeños pulmones de superviviente dispuesta a todo para salvarme en medio del naufragio, de la tempestad que fue mi infancia? Es posible.

Venía cada quince días a visitarnos, los domingos. Se ponía una camisa limpia para la ocasión. Ponía orden en su apariencia, en sus pensamientos, alisaba sus cabellos locos y su barba. Lo veíamos llegar en su Renault 4L, un coche destartalado cuyos asientos traseros estaban atados con cuerdas y palitos. Estacionaba en un pequeño aparcamiento cerca de casa. Yo acechaba el ruido del motor, me alegraba anticiparlo, me alegraba la repetición siempre igual de su llegada. Traía una lechuga de su huerta, zanahorias, rábanos.

Llegaba a la hora de la comida. Comíamos tranquilamente, casi en silencio. Después salíamos a pasear por el barrio. No necesitábamos hablar. El simple hecho de estar con él nos ponía contentas a mi hermana y a mí. Lo extrañábamos. Durante aquellas dos horas robadas a la desesperación de los días, a pesar de la presencia imponente de mi padrastro, que llevaba la conversación, dirigía las operaciones, la circulación de los platos, la comida, el rumbo del paseo, todo, a pesar del monstruoso dominio de su autoridad sobre todos nosotros, cosechábamos las deliciosas migajas del paraíso perdido de los años que pasamos con nuestro padre. Las saboreábamos como pastillas psicotrópicas capaces de sobreponer a la realidad de nuestra existencia la dimensión paralela del mundo de alegría que habría podido ser.

Antes de que nos encontráramos con mi padrastro y nos instaláramos en la casa-prisión, habíamos vivido una vida bohemia con padres inadaptados, demasiado jóvenes, demasiado libres, demasiado

precarios, al ritmo de incesantes mudanzas, de granjas restauradas a cuartos pintados de marrón y naranja, en casa de los abuelos por ambos lados. El primer año después de la separación lo pasamos con nuestro padre, mientras nuestra madre buscaba una nueva vida. Ella entró en el curso para ser guía de senderismo y encontró nuevos amores. Más tarde nos dijeron que el regreso con ella había sido una decisión consensuada. Decidieron de común acuerdo que nuestro padre era incapaz de cuidarnos, que era mejor para nosotras tener un hogar estable y una madre que quedarnos con él en el camino hacia la marginalidad. Nos explicaron que al principio sería un poco incómodo. Habíamos dejado el departamento que rentaban en el pueblo para instalarnos en una casa en ruinas. No podíamos seguir pagando la renta. Pero la obra iba a avanzar rápido y pronto estaríamos instalados en cuartos cómodos, cada una en el suyo. Tendríamos cocina, dos baños, sala, una estufa para calentar la casa y mil cosas más.

No sé cuándo dejó de venir mi padre. Recuerdo que seguía viniendo cuando nacieron los pequeños. Primero, un año después de mudarnos, nació mi hermano, cuando yo tenía nueve años. Luego, al año siguiente, mi hermanita. Empezamos viviendo en el sótano, y luego estuvimos en la planta baja, más o menos todos en el mismo cuarto. Construyeron para mi hermana y para mí una litera bastante ingeniosa en el espacio donde se iba a hacer la escalera para subir al primer piso, donde algún día estarían nuestros cuartos propios. Dormíamos allí, entre la cocina y la sala.

Vino durante años. Luego dejó de venir.

Aún puedo verlo con su lechuga, sus chalecos de lana, sus viejos zapatos de cuero, sus ojos verdes transparentes en el bello rostro lleno de cabello y barba. Todavía recuerdo su risa. La oigo cuando me río yo, esa risa a la vez burlona y triste, una risa que empieza como una cascada hacia fuera y de repente cambia de dirección, regresa adentro y termina en un bufido ahogado. Cuando vivíamos con él nos reíamos todo el rato.

Mi padre hacía fogatitas frente a la casa y por la noche asábamos pedazos de queso y pan, incluso entre semana, incluso los días que había escuela, si nos daba la gana. Nos gustaba ir al río. Tirar palos y seguirlos por el agua. Escuchar la radio. Saltar en las camas. En invierno, mi padre nos llevaba a la escuela en trineo y, cuando la nieve se había derretido, nos subía a su ciclomotor. Me enseñó a leer, a andar en bicicleta, a nadar. Me enseñó que alguien podía amarme infinitamente sin pedirme nada a cambio. Todas esas cosas, aún no lo sabía, claro está, me serían de una utilidad vital en los años venideros.

Me gustaba que nos visitara. Sin embargo, al mismo tiempo, siempre me quedaba decepcionada. Él representaba una puerta de salida. Yo me decía que algún día iba a llevarnos con él. Nunca sucedió. Ni siquiera durante un fin de semana. Venía, pasaba un rato allí y se iba. Cuando

cumplí los catorce le pedí que me llevara a vivir con él. No quiso.

Cuando se enteró de las violaciones se encerró en su silencio. No quiso asistir al juicio. Solo se dejó morir.

La gente dice que me parezco a él. Tengo sus ojos, sus facciones, una mirada particular, una manera de ser. Pero no soy como mi padre. Soy alguien que sobrevive. No sé muy bien por qué. No me siento orgullosa de ello. A veces incluso me da vergüenza. Perdí a mi amado padre, perdí a amigos queridos, personas que merecerían cien veces más que yo seguir vivas y poder maravillarse al admirar una puesta de sol. Me invento excusas. Me digo que sigo aquí porque tengo que contar todo esto, porque tengo que intentar mentir lo menos posible, no embellecer ni exagerar la fealdad. Sé que esas excusas son inventos, ilusiones. No hay una razón válida para que yo siga aquí y ellos no. Y no hay nada en mi experiencia que otra persona no pueda contar.

«En cambio el hombre vive. ¿Puede ser que viva de la esperanza? Pero si no tiene ninguna esperanza. Solo un cretino puede vivir aquí de esperanzas. Por eso hay tantos suicidios. Y sin embargo el instinto de conservación, el aferrarse a la vida –un aferrarse justamente físico, al que también la mente está supeditada– lo salva de la muerte. Vive de lo mismo que vive la piedra, el árbol, el pájaro, el perro.» Esto es lo que escribe Shalámov después de pasar varios años en un gulag atroz. Hasta ahí la superioridad moral del superviviente.

Pero estoy aquí, sigo aquí. En ese sentido, soy como él, soy como mi violador, mi educador, mi entrenador en el juego perverso y cruel de la vida. Atravesamos tinieblas. Salimos a la luz, no intactos, claro, pero vivos.

Vivo en México desde hace años. Aquí hay muchos perros callejeros. Perros errantes. Por todas partes. En especial perras. La gente no lleva a sus animales a esterilizar, es demasiado costoso y les da pereza. También les da pereza regalar los cachorros cuando nacen, así que abandonan a las hembras. Las dejan en el campo. Se las ve luego al borde de las carreteras, ocupadas en masticar carroña, correr detrás de los que van en bicicleta, acostadas al sol en el pasto. A menudo cruzan la carretera. La mayoría de ellas mueren atropelladas. Se las ve aplastadas en medio del paso y nadie se toma la molestia de parar y apartarlas. Sin embargo, algunas sobreviven. Las vemos cruzar como locas, los ojos llenos de rabia, la cabeza cubierta de costras, o al revés, tomarse su tiempo, indiferentes al peligro. Se las reconoce, a las que aguantan: son viejas, sarnosas, con las orejas caídas, a menudo estropeadas, con una pata torcida o un ojo saltón. Sobreviven. Es lo que hacen, su principal característica es seguir vivas a pesar de los pronósticos. ¿Acaso tienen algo más que las demás? No. Nada, no tienen

nada más. Incluso es posible que tengan menos.

Mi vida como crónica de sucesos en el periódico

Me gustaría poder decir quién es la que habla aquí, separarla de mí y hacer de ella un personaje, el sujeto de este relato. Como en un artículo de periódico, me transformaría en la persona a quien le ha pasado esto. Entre los archivos que se conservaron de mi existencia, me encontré algunos recortes de prensa, cortados con tijeras y guardados con las fotos viejas. Aparecí varias veces en el periódico. Es raro ver tu nombre impreso en la prensa, aunque sea en la prensa local. Te da la sensación de que nunca eres solamente tú. Todo lo que somos pertenece también al grupo social, que reforzamos o ponemos en peligro. La prensa te expone, te saca a la luz y, a la vez, por paradójico que parezca, te borra, pues la persona representada no es exactamente la persona que eres, que conoces, sino una persona truncada, transformada por la mirada y la interpretación de los demás.

El artículo ocupa una página entera y está ilustrado con dos hermosas fotos, una que muestra a la mujer nacida en 1930 en ese mismo granero, y otra de mis jóvenes padres (de veintidós y veintitrés años) junto a su bebé recién nacido, como José y María en el pesebre. Al periodista le gusta esa metáfora y la utiliza a lo largo del texto. Describe el arroyo que tuvo que cruzar para llegar al granero abandonado en el que viven, su modo de vida en desacuerdo con la sociedad circundante, el nacimiento de su bebé sin asistencia médica y la austeridad con la que han elegido vivir. El ayuntamiento del pueblo se había negado a registrar al bebé porque no les parecía adecuado el nombre que habían elegido los jóvenes. El artículo se centra en esta cuestión. Finge ingenuidad al plantear la pregunta: ¿por qué no dejamos que estos jóvenes pongan a su hija el nombre que quieran? Nos hace dudar de las razones que arguye la Administración. ¿Será porque han elegido un nombre demasiado extraño, demasiado fuera de lo común, o simplemente porque son quienes son?



alpes VENDREDI 3 JUIN 1977 5 FIL 05

« NEIGE », c'est l'adorable prénom du premier bébé né au Forest de Vars depuis 47 ans

Le Forest-de-Vars. — En venant de Guillestre, il faut prendre la première route à droite à la sortie de Saint-Marcellin-de-Vars. Deux kilomètres plus loin, on laisse la voiture sur le bas-côté et l'ascension pédestre commence...

... Quinze minutes d'un chemin abrupt, caillouteux et herbeux, à la fois ; strié de rigoles alimentées par la fonte des neiges de l'Alpet et de la Mayt, encore tout encapuchonnés de blanc.

Soudain, au détour du chemin, la maison apparaît entre les arbres et dans le grondement du Rebrun dont les eaux bouillonnantes se hâtent vers la vallée.

Un torrent qu'il faut traverser à pieds mouillés, tant pis pour les chaussures de ville, à cette époque de l'année, avant d'arriver dans la cour de la vieille ferme typiquement haut-alpine.

Un grand et beau barbu aux yeux bleus est là, qui fend du bois à la hache. Un peu sur ses gardes, sans doute, mais peut-être un peu timide aussi, sous des dehors volontairement décontractée. Mais bien sympa, tout compte fait, avec ses faux airs de Saint-Joseph.

Pas si faux que ça, après-tout, puisque Sammy Sinno est d'ascendance levantine...

« **Entrez donc** », lance-t-il en poussant la vieille porte de bois.

Et là, c'est l'émerveillement ! Une petite chose, à la frimousse encore plissée, dans les bras d'une jeune femme dont le visage épanoui porte encore les traces des douleurs de l'enfantement.

« **Elle n'a que cinq jours, ma fille** », annonce Sylviane Mignot, en s'asseyant sur une vieille chaise branlante, comme si elle devait s'excuser...

Nous sommes au Forest-de-Vars, plus exactement au lieu dit le Rebrun, dans ce vieux chalet de montagne, inhabité depuis des lustres, où Sammy et Sylviane sont venus abriter leur amour d'adolescents.

Amour réciproque, mais aussi amour de la nature, de la vraie vie, au contact des choses et des gens du pays — les plus proches sont à quinze minutes de marche — qui les ont, d'emblée, adoptés.

Le plafond bas, de poutres et de ciment mélangés, le sol de grosses planches, le lit de bois et le vieux poêle de fonte dans lequel les flammes dévorent les rondins en ronflant ; tout cela ramène cinquante ans en arrière et rappelle les pauvres conditions de vie d'antan.

UNE NAISSANCE « A L'ANCIENNE »

«Nous tenions à ce que notre enfant naisse là où nous nous sommes aimés », disent-ils en baissant les yeux.

Il y est né. Par une belle nuit de printemps, le 22 mai, après quatre heures des inévitables douleurs.

Sylviane et Sammy, qui poussent leur désir de retour à la nature jusqu'à se méfier des soins modernes, ont refusé toute idée d'une assistance médicale.

Sylviane a mis son enfant au monde sans aide, en la seule présence de Sammy, comme au bon vieux temps. Non sans inquiétude, c'est sûr, notamment au moment de sectionner le cordon ombilical.

Mais finalement, tout s'est bien passé. L'enfant est là, qui repose maintenant dans son berceau, une vieille « gamate » de bois (un récipient dans lequel les maçons travaillaient autrefois le ciment) sous laquelle Sammy a fiché quatre branches qui lui tiennent lieu de pieds.

POURQUOI PAS NEIGE ?

Dire que les problèmes sont tous résolus serait mentir. Le premier d'entre eux les oppose à l'administration.

« **Notre fille, nous l'avons appelée « Neige », puisqu'elle est née au pays de la neige. Et voilà que les bureaucrates de Gap rejettent ce prénom** », regrettent nos deux jeunes parents-amoureux.

«**Nous connaissons, pourtant, au moins une fille, déjà grande, qui s'appelle Neige sans la moindre histoire** ».

Serait-on plus rétrograde à Gap qu'ailleurs ? Et puis, Neige est-ce plus malsonnant qu'Euphrasie ou Zoé qui auraient été acceptés sans difficulté ?

Refus encore pour le patronyme. Sammy et Sylviane souhaitent donner à leur fille leurs deux noms accollés, Sinno-Mignot.

Cette double obstination administrative d'un autre âge surprend et irrite à la fois tous les Varsins qui ont pris fait et cause pour la petite « Boule de Neige ».

QUARANTE SEPT ANS APRES...

Autre aspect, non moins attachant, de cette naissance, là-haut dans la montagne. Aucun bébé n'avait pl[illegible] jour au hameau du Forest depuis le 5 mai 1930. Oui, vous avez bien lu, depuis quarante sept ans.

L'avant-dernière née avait été, aussi, une fille. Née, comme Neige sans la moindre assistance médicale. Cela ne l'a pas empêchée de grandir et de devenir mère de famille : Mme Emilie Benoit, née Rostollan. Elle vit toujours à Vars, à Sainte-Catherine, sur l'autre flanc de la montagne, où nous sommes allés la surprendre dans le chemin creux où, un fichu sur la tête et le traditionnel tricot en mains, elle gardait son troupeau de génisses.

« **Ils ont bien du courage, ces jeunes** », nous a-t-elle dit sur le ton de l'admiration. **Autant que les anciens « Forestiers » qui, pourtant ont tous déserté le Forest les uns après les autres »...**

LUCIEN DAUTRIAT

Nos photos. — « Neige », une mignonne petite fille entre son papa et sa maman sous le regard d'une mère poule qui n'avait jamais vu de bébé.

Emilie Rostollan, maintenant Mme Benoit, est née, quarante sept avant, au Forest.

Le Dauphiné libéré, 3 de junio de 1977: «"Neige", ese es el adorable nombre del primer bebé nacido en el Forest de Vars en 47 años».

Porque se trata de algo más que del nombre: se trata de la vuelta al campo de esos jóvenes marginados y de los sentimientos ambivalentes que la sociedad tiene hacia ellos. Son simpáticos y probablemente

inofensivos. Al mismo tiempo, su obstinado rechazo de todo lo que los demás valoran parece una amenaza. ¿Será por eso por lo que le pondrán tantas trabas?

Algunos días después, el periódico volverá a hablar del tema al publicar la carta de una lectora que afirma que la hija del duque de Borbón-Parma también se llama Neige y que a nadie le ha parecido raro. Esa pequeña batalla alrededor del nombre cataliza relaciones de poder y de clase, es una batalla ideológica y existencial que dejará heridos en ambos bandos.

«Pensé en los fantasmas que albergaban en los nombres», escribe melancólicamente Maylis de Kerangal. Los nombres y las palabras dejan huellas que cambian según quien las lee. Al nombrar nuestros fantasmas, ¿lograremos librarnos de ellos?

Nuestros padres quisieron para nosotras nombres que se salieran de cualquier genealogía. Neige y Rose, Nieve y Rosa, palabras que remiten a fuerzas vivas de la naturaleza, no a un linaje, ni a una cultura o a una religión, no, nombres que son nuestros nada más, algo que empieza en lugar de perpetuarse, algo que remite al mundo nuevo al que ellos aspiraban. Esta historia es una historia de nombres en otros aspectos también. En Francia, la gente solo tiene un apellido, el del padre. Cuando te casas, adoptas el de tu marido. Mi madre no se casó con mi padre. Cuando fue a registrarme al ayuntamiento, pidió que lo hicieran con los dos apellidos. No le parecía justo tener que renunciar a su apellido por un hombre o por una decisión de la sociedad. Hizo un trámite legal que a mucha gente se le aceptaba, y que hoy en día es muy común, pero a ella se lo rechazaron.

Con mi padrastro cambia el panorama. Parece que mi madre deja de luchar. No sé por qué, quizá un efecto más de la dominación. Se casa y esa vez pierde su apellido. Los otros dos hijos que tienen llevan nombres que eligió él. Mi hermano no se llamó Johnny por un pelo.

Un año o dos después del juicio, mi madre se divorcia y termina recuperando su apellido de soltera. Cuando habla de mi padrastro hoy, dice su nombre completo, insistiendo en el apellido, como si de esa forma pudiera alejarse un poco de él. Yo no puedo pronunciar su nombre sin tener la sensación de que convoco a un espíritu malévolo. Rose siente que su cuerpo se pone tenso al oír los sonidos que lo componen, como si en el nombre estuviera la amenaza de su presencia.

Mi padrastro intentó ejercer su dominación sobre nosotras a través del lenguaje. Quería que lo llamáramos «papá». Quería también ponernos apodos, como hacen en ciertas familias, nombres internos que se dan para reforzar la intimidad, la cohesión de grupo, la complicidad. Seguramente usó argumentos por el estilo, los apodos son pruebas de amor, son una manera de demostrar que uno tiene una relación más estrecha con los suyos que con los de fuera. Salvo que, en su caso, estaba claro que aquella historia de los apodos era una forma más de

dominarnos. Lo ridículo de los sobrenombres que quiso imponer no deja sombra de duda. Yo me iba a convertir en Nené y mi hermana en Roró. Quería humillar a nuestro padre a través de ese ejercicio de fuerza sobre los nombres que eligió para nosotras. Transformar Nieve y Rosa en Nené y Roró. Nos resistimos. No sé muy bien cómo lo logramos. Aquella lucha debió de ser larga y dura, pero, aun así, él cedió. Nunca lo llamamos «papá». Nos quedamos con nuestros nombres de nacimiento. Ganamos esa batalla. Pero perdimos todas las demás.



En cette matinée du 6 mars, le Spéléo-Club de la MJC de Bellegarde organisait une excursion à la grotte des Huguenots. C'était la cinquième visite proposée aux curieux du monde souterrain dans le cadre de la quinzaine spéléo. Le petit groupe composé de huit personnes était guidé par le dynamique et sympathique jeune président, Ivan Ragon. Il y avait là des hommes d'âge mûr (comme quoi, il n'est jamais trop tard pour taquiner l'aventure...) et deux jeunes et charmantes demoiselles : Neige et Florence. Après une petite et agréable marche d'approche dans la nature ensoleillée, le groupe parvient à l'entrée. Chacun s'équipe, Ivan donne les instructions pour la manipulation des lampes à acétylène et en avant ! La première partie s'effectue sans problèmes. Pour certains, c'est un baptême et le franchissement du seuil ne s'est pas fait sans appréhension. Cette grotte, bien que réputée pour l'initiation est de difficulté moyenne. Il y a un petit lac à franchir en deux fois et quelques passages d'escalade. Ce qui peut paraître élémentaire en plein jour l'est beaucoup moins dans le noir et l'humidité. Arrivé au lac, Ivan gonfle un petit dingy. Les deux demoiselles embarquent d'abord et Ivan, qui est équipé pour entrer dans l'eau jusqu'aux épaules les pousse doucement jusqu'à l'autre rive à une vingtaine de mètres, puis revient chercher les autres explorateurs. Ceux-ci passeront un à un, poids oblige !

Cette petite croisière souterraine leur a fait découvrir de magnifiques concrétions et un vestige de pont de calcite. La seconde partie du franchissement du lac sera plus courte, mais plus cocasse. Il n'y avait cette fois qu'une dizaine de mètres de traversée. La même opération fut répétée, mais, au moment d'accoster en face les deux filles se penchèrent du même côté et firent chavirer leur esquif. Il n'y avait aucun danger, sauf celui de mouiller sa montre. Les deux spéléos en herbe en furent quittes pour un petit bain d'eau fraîche et un moment d'émotion. Cette péripétie déclencha l'hilarité générale, y compris celle des représentants du sexe "dit faible". Pour un baptême, c'en était un ! Qui osera encore dire que les jeunes ne se mouillent pas !... Le groupe poursuivit son exploration comme prévu jusqu'au siphon terminal. Au delà du siphon, ce n'est plus une affaire de novices et pourtant c'est là que commence la partie la plus vaste de la grotte (mais pas la plus jolie). Le voyage de retour se déroula sans incident cette fois. Cependant, les deux baigneuses se hâtèrent de retrouver les voitures pour mettre des vêtements secs. Le soleil était chaud, l'air était doux, ce fut une bonne matinée dont tous garderont un bon souvenir.

La Tribune républicaine du Pays de Gex, 11 de marzo de 1993: «¡Más miedo que daño!».

En mi segunda aparición en el periódico, también salgo en la foto. Se me ve equipada con una lámpara frontal, en la proa de lo que parece ser una lancha inflable o una barca pequeña. Estoy a punto de cumplir dieciséis años. Un viejo amigo de mi madre, apasionado de la espeleología, organizó una salida con adolescentes de un centro social de la región. Como apunta el periodista, durante nuestra aventura subterránea, más digna del Club de los Cinco que de Jules Verne, hubo

«más miedo que daño».

> Este pequeño crucero subterráneo les hizo descubrir magníficas concreciones y un vestigio del puente de calcita. La segunda parte de la travesía del lago fue más corta pero más cómica. Esta vez solo había que cruzar unos diez metros. Se repitió la misma operación, pero, cuando estaban a punto de desembarcar, las dos chicas se inclinaron hacia el mismo lado y volcaron el esquife. No había peligro, salvo el de mojarse el reloj. Las dos espeleólogas en ciernes se llevaron un pequeño baño de agua fresca y un susto. Esta aventura desató la hilaridad general, incluida la de las representantes del sexo «débil». ¡Desde luego que fue un bautizo! ¿Quién se atrevería a decir que los jóvenes no se mojan?

En 1993 todavía no había internet. La gente leía la prensa local para enterarse de lo que pasaba en el mundo, en la región, en el pueblo, para saber la fecha del mercado de cerámica, para ver los resultados de la lotería. Y, por supuesto, para leer los sucesos. Me parece hermoso que incluyan momentos de alegría compartida y despreocupación en las páginas donde aparecen los grandes y pequeños desastres de la vida colectiva. Recuerdo vagamente haber caído al lago, pero conservo una fuerte impresión del descenso al centro de la tierra, del silencio de esa caverna cuyas paredes húmedas y negras parecían vivas, como un extraño túnel que conduce al centro secreto del mundo.

¿Por qué escribo esto aquí? ¿Les parece que no tiene nada que ver? No, no tiene nada que ver, solo quiero demostrar, a través de una prueba redactada en el estilo florido del siglo pasado, que las víctimas de abuso sexual infantil también son personas normales, que practican taekwondo, natación o espeleología. Hasta pueden caerse en un lago subterráneo y mojarse los calcetines.



7 ans de calvaire pour une fillette

HAUTES-ALPES. Le nouveau mari de sa mère en avait fait son "objet sexuel" alors qu'elle n'avait que 9 ans ! Durant près de sept années, la fillette a dû subir sans relâche agressions sexuelles et viols. Aujourd'hui majeure, elle s'est confiée et sa mère a déposé plainte. Le "beau père" a été écroué hier

Chaque fois que l'on prend connaissance de tels faits, les mots manquent pour exprimer la colère, l'émotion et l'indignation ressenties. Ils manquent aussi assurément pour qualifier leur auteur, un homme de 39 ans, écroué, hier matin, à la maison d'arrêt de Gap.

Durant six années dans un village de la Vallouise, cet individu a agressé et violé la fillette de sa femme (1), de façon régulière et sordide. L'enfant avait 9 ans à peine lorsque le nouveau compagnon de sa mère a commencé ses agissements. Dès 12 ans, il lui imposait des relations sexuelles, lesquelles n'auront cessé que lorsque la jeune fille aura atteint un certain degré de maturité.

Son calvaire remonte en fait à la fin des années 80 et au début de cette décennie.

Aujourd'hui majeure, poursuivant des études dans une grande métropole régionale, la jeune femme n'a plus été en mesure de garder son terrible secret, de porter seule ce lourd fardeau. Il y a quelques mois, elle s'est confiée à sa mère, ouvrant par là même (en révélant les agissements de son "beau-père") une plaie immense au niveau de la structure familiale.

Il aura fallu alors plusieurs mois à cette mère pour assumer le choc. De son second mariage et au fil des ans sont nés en effet deux enfants...

Finalement, au début de ce mois, et après mûre réflexion, la mère s'est rendue au parquet de Gap. Et a parlé, déposant plainte entre les mains de la justice. Immédiatement, le substitut du procureur de la République, Michel Redon, a saisi les gendarmes de la brigade de recherche de Briançon. En deux semaines, faisant preuve de diligence, de perspicacité mais aussi de beaucoup de tact, les enquêteurs ont multiplié les investigations et les auditions.

Finalement, ces dernières heures ils ont interpellé le "beau-père"... lequel a entièrement reconnu les faits. Pour seuls arguments de défense, l'homme a invoqué les *"difficultés relationnelles"* éprouvées avec la fillette lorsqu'il s'est mis en ménage puis marié avec sa mère. Il considérait que c'était là *"le seul moyen pour lui de rentrer en relation"* avec l'enfant.

Guide en saison d'été, il jouissait semble-t-il d'une excellente réputation dans la vallée et plus particulièrement au village où la famille réside. Hier matin, après que le parquet de Gap eut ouvert une information judiciaire, l'individu a été présenté au juge d'instruction, en l'occurrence à Mme Louis, assurant l'intérim. Celle-ci lui a signifié sa mise en examen du chef de "viols sur mineurs" de moins de 15 ans "par personne ayant autorité".

Un crime et des circonstances aggravantes qui sont passibles de la cour d'assises et pour lesquels ce beau-père indigne encourt jusqu'à 20 ans de réclusion criminelle.

Jean BEVERAGGI

(1) Rappelons une nouvelle fois que le fait de ne pas révéler dans nos colonnes l'identité de la personne mise en examen (et bénéficiant jusqu'à son jugement de la présomption d'innocence) dans cette sordide affaire, relève de la seule nécessité, dictée par la loi et le bon sens, de protéger la victime et ses proches.

Le Dauphiné libéré,, junio 2000: «7 años de calvario para una niña».

En la tercera aparición no hay ninguna foto. Tampoco salen los nombres. Pero todo está ahí, de todos modos.

El periodista debe de haber tenido acceso al expediente. La información es exacta, en consonancia con lo que dicen las actas judiciales. Debió de entrevistar a gente de la fiscalía del pueblo de Gap porque incluso añadió detalles que no figuran en ellas. Sopesó sus palabras. Me parece curioso que entrecomille «objet sexuel» (objeto sexual) y «beau-père» (padrastro). Tal vez le molestó que la palabra *beau* (bello) pudiera añadirse al sustantivo que se refiere a ese tipo.

> Cada vez que nos enteramos de hechos como estos, las palabras no alcanzan para expresar la ra- bia, la emoción, la indignación que sentimos. También se quedan cortas, sin duda, para describir al autor, un hombre de treinta y nueve años encarcelado ayer por la mañana en la prisión de Gap. Durante seis años, en un pueblo de Vallouise, este individuo agredió y violó a la hija de su mujer. La niña tenía apenas nueve años cuando la nueva pareja de su madre comenzó sus actos. A partir de los doce años, la obligaba a tener relaciones sexuales, que solo cesaron cuando la niña alcanzó cierto grado de madurez. Ya mayor de edad, mientras cursaba estudios en una gran metrópoli regional, la joven ya no fue capaz de guardar su terrible secreto, de llevar sola esa pesada carga.

Es difícil relatar simplemente los hechos. Aparte de mostrarse indignado, tanto en el signo de exclamación del subtítulo como en la imposibilidad de referirse al «padrastro», tan despreciable que no sabe cómo llamarlo, el periodista transmite los prejuicios de la época a su pesar. En su opinión, la joven habla para liberarse, para liberarse del «terrible secreto». Podemos imaginar que esa joven está mucho mejor ahora que lo ha revelado, ahora que comparte su «pesada carga» con los demás.

> Hace unos meses se confió a su madre y abrió una enorme herida en la estructura familiar al reve- lar las acciones de su «padrastro». La madre tardó varios meses en asimilar el shock. De su segundo matrimonio, al cabo del tiempo, habían nacido dos nuevos hijos... Finalmente, a principios de este mes, y tras mucho reflexionar, la madre acudió a la fiscalía de Gap. Y habló al presentar una denuncia ante los tribunales.

A lo largo del proceso de la denuncia, en ninguna de las actas del juicio se dice que hablé para liberarme; al contrario, desde el principio

me he mantenido firme en que hablé para proteger a los demás niños, pero todo el mundo sigue creyendo que lo hice por mí y, por extensión, que sacrifiqué un poco a los que me rodeaban para conseguir lo que quería.

Soy la persona a quien le ha pasado esto. ¿Quién es el *yo* que habla aquí? ¿La mujer en que se convirtió la hija de los jóvenes inconformistas de la montaña? ¿La espeleóloga del sexo débil que se cae al lago? ¿La niña que, tras siete años de calvario, por fin se ha liberado de su carga escribiendo un relato conmovedor? Podría pensarse que da igual quién hable, de dónde o de qué mente venga esta historia. Sin embargo, no sería lo mismo dependiendo de la vida de la que provenga. Yo soy esas tres chicas. Y muchas más: llevo todas esas voces dentro de mí.

Mi vida como película de terror

Tengo sueños que son pesadillas puras y duras en los que me persigue para violarme. Me escondo, me escapo, desviando su intención con discursos inverosímiles. A veces me alcanza y al final me viola. A veces se trata solo de una carrera para escapar de él, los latidos del corazón, los gritos que no pueden salir de la boca.

En un sueño, mi hermana pequeña, en su cuerpo de niña pero con su voz de adulta, me dice que no la violó, pero que toca a todos los amiguitos de mi hermano que vienen a dormir a casa. Intento desesperadamente encontrar a todos esos niños en los callejones de un pueblo que no reconozco. Me quedo sin aliento, me despierto con el corazón desbocado.

Hay sueños semieróticos en los que, en medio de una escena más o menos sensual, una cita, un encuentro en un lugar inverosímil en el que es muy indecoroso estar desnudo –lo cual no nos molesta en absoluto– me acerco a mi pareja, que está de espaldas o de perfil o en las sombras, y allí, mientras creía estar con mi amante, veo con claridad su rostro, una máscara burlona, es él.

Sobre todo tengo sueños que se parecen más a películas de David Lynch que a películas de terror propiamente dichas. Una sensación de horror que no se puede definir con claridad, siempre presente, pegajosa, que impregna el desarrollo de cualquier escena, cualquier búsqueda de un objeto perdido, cualquier conversación extraña. Sé desde un principio que él está ahí. Siempre estará ahí. Al acecho. O esperando el momento para entrar en acción.

Mi vida como telenovela

Vengo de una familia humilde, al principio más bien hippy campesina y luego, cuando mi madre se casa de nuevo, directamente *white trash*. Vivimos en condiciones precarias mi madre, mi padrastro y cuatro hijos, de los que soy la mayor: tres niñas y un niño, que habitan una casa en ruinas, en permanente renovación. Mi padrastro trabaja de albañil, mi madre limpia casas. Después de los primeros años de violaciones, mi cuerpo no aguanta más, se derrumba, me diagnostican una escoliosis grave. Me mandan a un hospital especializado donde paso largas temporadas. Colocan sobre mi delgado cuerpo un pequeño corsé como el de Frida Kahlo, que va a funcionar como un tutor que me ayudará a crecer derecha, pues la columna no puede sola, como si estuviera cargando un enorme peso. Nadie adivina por qué crece torcida. A pesar de todo, no me rindo. Soy buena alumna en la escuela. Los profesores se fijan en mis capacidades, me alientan para que siga estudiando. Voy a la universidad en Niza y luego en Marsella. Soy una estudiante destacada, brillante. Me ofrecen una beca para ir a Estados Unidos. Con la ayuda de los nuevos amigos que conozco en la universidad, más educados y rodeados de adultos con mejor preparación, entiendo que tengo que denunciar a mi violador para proteger a los demás niños y pedir justicia. Hablo con mi madre, que, tras un largo tiempo de reflexión, termina por acompañarme y denunciamos. Hay un juicio que pone al culpable en su lugar. Está condenado. Los pequeños están protegidos durante algunos años. Yo quedo libre. Viajo otra vez a Estados Unidos y después a México. Termino un doctorado en Literatura. Escribo libros. Conozco a un hombre bueno. Tenemos una hija. Un día le cuento a mi hija lo que me pasó cuando era niña. Le parece increíble. Mi experiencia está a años luz de la suya. Otro día, más tarde, cuando es adulta y yo una mujer mayor, casi vieja ya, lee este libro en el que cuento aquel terrible momento de mi vida. Estamos sentadas en la terraza, frente a un paisaje espectacular. Miramos a lo lejos una bruma que se desliza por el cerro de enfrente, desde nuestra casa en Michoacán, México, la casa de su infancia, la que dejó para irse a estudiar al extranjero y adonde regresa de vez en cuando para visitar a sus viejos padres. Toma mi mano entre las suyas. Llora un poco. Yo no lloro, estoy contenta.

Un final feliz

Acabo de contarlo, el final feliz. Pero claro que no lo hay. No hay final feliz para alguien que ha sufrido abusos en su infancia. Es un error y una fuente de angustia creer en la moraleja del superviviente que

destilan las películas estadounidenses. Nos hacen pensar que el tiempo es lineal, que existe una progresión de víctima a acusadora a superviviente a satisfecha. En realidad, lo sabemos desde hace miles de años, desde los pueblos precolombinos, desde la Grecia antigua, por lo menos desde Heráclito: el tiempo es cíclico, va y viene y regresa eternamente. No hay final, solo es un tema de guión, la película tiene que acabar en algún momento y nada más. Entonces, si eres un superviviente, una superviviente, si has recorrido parte de tu camino con eso a cuestas, y no saliste tan mal parada, saliste lo mejor parada que pudiste dentro de tus posibilidades, en función de las condiciones que te tocaron, incluso saliste prodigiosamente bien parada, considerando de dónde vienes; no te sorprendas si aun así no estás contenta. No tienes ese sentimiento de paz que saborea la actriz que interpreta el papel de la antigua víctima, sentada en su silla al lado de su hija, que vivió una vida no sin dolor ni sufrimiento, pero sí exenta de abusos sexuales en la infancia. Y no por nada. Yo tampoco noto ese maldito sentimiento de final feliz. Porque no hay final. No se ha terminado. Ni para mí, ni para ti ni para nadie. Y mientras un niño o una niña esté viviendo eso en el planeta, no podrá terminar para ninguno de nosotros.

No obstante, es cierto que cuando una es capaz de hablar del trauma es que ya está a salvo de una manera u otra. Eso no quiere decir que la palabra, o la literatura, haga el papel de una terapia. Al contrario, la escritura solo puede surgir cuando el trabajo ya está hecho, o al menos una parte del trabajo, la que consiste en salir del túnel. «No se escribe con las propias neurosis», dice Deleuze. «La neurosis, la psicosis no son fragmentos de vida, sino estados en los que se cae cuando el proceso está interrumpido, impedido, cerrado. La enfermedad no es un proceso, sino detención del proceso.»

Finalmente, la famosa frase de Antonin Artaud (que todo el mundo cita en contextos de lo más variados), la famosa frase que dice que nadie ha escrito o pintado, esculpido, modelado, construido, inventado sino para salir del infierno quizá es un error indignante. En realidad, lo que ocurre es justo lo contrario: el que escribe, pinta, dibuja, solo puede hacerlo porque ya salió del infierno. Y justamente por eso es capaz de escribir. Cuando estás en el infierno, no puedes escribir o contar nada; tampoco puedes dibujar o inventar, porque estás demasiado ocupado en estar en ese infierno.

Si una puede poner palabras a lo vivido, escribe Virginia Woolf, es que el acontecimiento está separado del sufrimiento puro, que se vive como irrealidad. Un hecho se vuelve real cuando se puede retomar a través del lenguaje.

A modo de explicación me atreveré a decir que, en mi caso, el golpe va siempre seguido del deseo de explicarlo. Siento que he recibido un golpe; pero no se trata simplemente, como ocurría siendo niña, de un golpe asestado por un enemigo oculto tras el algodón en rama de la vida cotidiana; es, o llegará a ser, una revelación de un determinado orden; es una muestra de la existencia de algo real que se encuentra detrás de las apariencias; y yo lo hago real al expresarlo en palabras. Solo expresándolo en palabras le doy el carácter de algo íntegro, y esta integridad significa que ha perdido el poder de causarme daño; me produce un gran placer juntar las partes separadas. Tal vez se deba a que, al hacerlo, elimino el dolor. Quizá sea el placer más fuerte que conozco.

La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad

Durante las catorce horas que dura el juicio –bajo la mirada incrédula de mis amigos, mi familia, algunos vecinos del pueblo, antiguos profesores y cierta cantidad de desconocidos que quisieron asistir, quién sabe por qué razón, cuando supieron que ese día había un juicio público en la corte criminal de Gap por las violaciones repetidas de una niña–, mi padrastro reconoce muchos de los hechos de los que se le acusa. Ya ha habido interrogatorios, pero hay que repetir. Así que repetimos. Nos piden detalles, hay que ser específicos. Intentamos precisar la frecuencia de las violaciones, la progresión en los actos, lo que decía al violarme, cómo se organizaba para que nadie se diera cuenta, lo que pensaba, lo que imaginaba que iba a hacer para dejar de violarme y no ponía en práctica, ya que siempre volvía a repetirlo. Él ahonda bastante en su relato, incluso ese día, frente a todo el mundo, como si quisiera confesarse, expresar así una forma de arrepentimiento. Dice que a veces ocurría todos los días, y a veces pasaba un mes entero sin tocarme. Dice que había amor, que se aseguraba de que yo sintiera placer. Y, en medio de toda esa exposición pormenorizada, aparece una noche de locura de la que tengo recuerdos muy precisos, pero que él no quiere corroborar. ¿Estaré inventándomela? Pero ¿por qué me inventaría eso y no todo lo demás? Es una noche que quizá dura varias noches. Mi madre tuvo que ausentarse. Creo que fue durante la enfermedad de mi abuelo. Ella se fue varios días para estar a su lado con sus hermanas, una semana quizá. Si se trata de ese momento es fácil ponerle fecha, yo tenía doce años. Mi abuelo murió de un cáncer de garganta algunos meses después de esa visita. Dio su último suspiro en una cama blanca, perdido en medio de un cuarto lleno de muebles y recuerdos que ya no reconocía. Y nosotros nos quedamos en casa, tranquilos. Mi padrastro me llevó a dormir a su cama aquellas noches. Según recuerdo, nevaba mucho, una cantidad anormal de nieve. Él decía que, si se producía una avalancha en las montañas que dominaban la casa, en su cuarto, en el piso de abajo, estaríamos protegidos, incluso si el resto de la casa se

desmoronaba. Era una idea extraña, la de estar cómodamente instalada en casa, a salvo, y al mismo tiempo prisionera en aquel refugio, atrapada en el refugio que supuestamente debía protegerme del frío, del peligro, de la muerte. Yo estaba a su total disposición.

Allí se desatan unas noches de frenesí de cuyos detalles voy a prescindir, salvo por uno; bastante sórdido, lo siento. Me pone a gatas e intenta sodomizarme. El pene no entra. Sale del cuarto y va a buscar algo en otro lugar de la casa, dándome un momento de descanso, a oscuras. Regresa. Me pone vaselina en el ano y me mete algo duro. Es para no lastimarte, me dice, porque no entra. Aquello dura bastante tiempo, me introduce –los veré al día siguiente en el cubo de la basura– zanahorias y pepinos en el ano para hacer espacio para su órgano, que tiene, lo dice con orgullo, un tamaño bastante bueno. Una vez que eso termina, voy al baño. Hay sangre en el papel. Casi me pongo contenta al ver esa sangre porque me digo: ahora no puede hacer como que no pasa nada, estoy sangrando, eso sí es grave.

Reconoció muchas de las cosas que describí. A veces yo no estaba muy segura de mis recuerdos, pero él los confirmó. Y esa vez está tan clara en mi cabeza, la puedo contar con tanta certeza, pero él la desmiente. Y yo me empecino, me agarro a esa historia porque sé que, para poder reconstruirme, necesito saber exactamente qué ha pasado y qué no. Entonces cuento, frente a todo el público, una vez más, mi historia de las zanahorias, los pepinos y la vaselina. Hasta ese momento, él me ha ayudado bastante en el proceso de reconstrucción de los hechos. Si él lo hubiera negado todo, nadie me habría creído. ¿Por qué, entonces, negar la sodomía y no lo demás? ¿Será más grave? ¿O es él quien lo considera más grave? Creo que en este punto de la argumentación quizá está empezando a vislumbrarse adónde quiero llegar. Si para él es más grave, infinitamente más grave que los demás actos a los que me obligó, es porque es lo que le pasó a él.

Quizá me equivoco otra vez. Quizá, si él termina por contar en uno de los interrogatorios confesionales que lo violaron cuando era adolescente, solo es porque supone que eso hará que traten su caso con un poco de clemencia. Los estudios sobre el impacto del pasado traumático en la repetición de los delitos sexuales afirman que hay que tomar en cuenta ese factor: como la sociedad cree firmemente en la influencia del ciclo de la violencia sobre los agresores, y como considera que el hecho de haber sido víctima es un factor atenuante, muchos acusados cuentan que han sufrido abusos en su propia infancia.

En prisión preventiva, después de una sesión con un policía o un psicólogo en la que él cuenta escenas de cuando era adolescente, mi padrastro dice que tuvo reminiscencias. Acusa a unos sacerdotes de una iglesia donde realizó largas estancias o campamentos de verano, campamentos de catecismo, no sé exactamente. Quizá acusa a los

sacerdotes de la escuela católica marista donde cursó la secundaria. Se investigó en esa institución porque otras víctimas revelaron abusos que se remontan a la misma época, lo que hace bastante plausible su versión de los hechos. Pero su caso, quizá porque había prescrito, o porque él no quiso denunciarlo, se quedó sin seguimiento. Tal vez cree que, si él también es una víctima, lo verán de otra manera que como un criminal. No estoy segura de esa motivación. Tardó mucho en contar aquel episodio, como si hubiera necesitado tiempo para reflexionar. No presentó desde un principio ese perfil de víctima que viola porque la han violado. Y después tampoco insistió en ello. Prefiere la vergüenza de haber violado a la de que lo hayan violado.

Describe los abusos en una nebulosa que pone en escena a un sacerdote joven en aulas oscuras llenas de pupitres. Recuerda su dolor físico y espiritual, su silencio total, incluso recuerda haber dudado de la existencia del recuerdo. Recuerda haberlo sepultado. Leí la descripción completa en el expediente judicial. Es bastante creíble: no solo los hechos en sí, sino también la forma en que los cuenta, en el estilo típicamente postraumático.

Los estudios sobre agresores que consulté indican que aproximadamente un 20 % de los violadores de niños son antiguas víctimas. Una cifra ligeramente superior a la incidencia entre la población global. Indican también que el ciclo víctima-agresor es, sobre todo, una creencia arraigada en la población, y que el hecho de haber sido víctima en la infancia es un factor de riesgo, pero no una condición necesaria para convertirse en agresor.

Si ustedes estuvieran en el jurado, ¿qué pensarían de ese dato? ¿Lo hace menos o más culpable el hecho de que a él también lo violaran, un sacerdote, por el culo, una decena o quizá una docena de veces durante un período no superior a, digamos, un mes? ¿Eso inclina la balanza en su contra o en su favor en el momento de atribuirle sus años de cárcel?

Ahí va de nuevo el tono bravucón que emerge de vez en cuando. Como si todo esto, el hecho de que yo escriba este libro, fuera culpa del lector. Como si el lector fuera un jurado de otro tipo, pero de una naturaleza semejante al jurado que me tocó.

Las personas que hicieron de jurado en el tribunal no lo pidieron. Te llaman, de manera formal y educada, pero también pesada, como saben hacer los empleados de las Administraciones gubernamentales cuando quieren algo de ti, e insisten en la necesidad de que cumplas con tu deber ciudadano. Aceptas por civismo, como si se tratara de ir a contar los votos o asistir a un pleno extraordinario del consejo municipal, y de repente te encuentras en la hermosa ciudad de Gap, en los Alpes, en un hotel de dos estrellas, acompañada de otras personas que tampoco

saben cuál es el programa del día. Y, después de un desayuno ligero y una explicación sintética sobre el funcionamiento del sistema judicial, todos van caminando al juzgado, y allí les cuentan en pocas horas mi caso entero, y tienen que decidir, colectivamente, qué es lo que procede ahora.

El abogado defensor tiene derecho a eliminar a dos o tres personas del jurado sin saber nada de ellas. Apuesta a que las mujeres y las personas jóvenes tendrán más empatía con la víctima. Pueden irse. Quedan eximidas del juicio. No sé si vuelven a casa en ese momento. No creo. Ya que decidieron cumplir con su deber cívico e hicieron el viaje, y que el Estado de la República pagó el billete de tren y la noche en el hotel de dos estrellas, creo más bien que los mandan a otro juicio. En cuanto a los demás, los más hombres, los más viejos, los que se quedan, tendrán que recibir el relato doble de ese incesto sin que se les perdone ningún detalle, visto desde la perspectiva de cada una de las partes involucradas. No pueden cerrar el libro y desear que haya alguna escena de sexo menos, o que el agresor tenga un tiempo de palabra reducido. Tienen que escuchar hasta el final y forjarse una opinión sólida, porque lo que sigue dependerá de su interpretación.

Sé que mis lectores no son un jurado. Si tienen este texto entre las manos, podemos suponer, con bastantes probabilidades de atinar, que están de mi lado: quizá están tan de mi lado que podrían haber escrito este libro. Se trata de un espacio seguro, un espacio donde no hay enemigos. No tengo que convencer a nadie de nada. Si estamos de acuerdo desde el principio, entonces ¿para qué todo esto?

Razones que tengo para no querer escribir este libro

1) No quiero ser especialista en escritura sobre la violación.

2) En general desconfío de los libros que tienen un tema, y en este caso es difícil escapar de él. ¿Cómo escribir algo nuevo, algo estéticamente válido si estás aplastada por el tema?

3) Me gustaría hacer otra cosa, pensar en otra cosa, tener una vida en la que este tema no fuera central.

4) Todos los años se publican muchos libros sobre este tema, escritos por supervivientes. Sobre todo ficción. Cuando me topo con uno, lo hojeo. A veces están muy bien escritos. A veces no. Los leo con los mismos ojos. Busco la descripción precisa. Quiero saber con exactitud qué es lo que les han hecho, cuántas veces, dónde, lo que decía el agresor, etcétera. Odio la idea de que alguien abra este libro y busque qué es lo que me han hecho a mí, dónde me la metieron y, luego, cierre

el volumen sin haber encontrado nada más que esa extraña constatación.

5) No estoy segura de que pueda aportar algo a las víctimas, a las personas cercanas a alguna víctima, a los agresores o a los que quieren entender mejor el tema.

6) No estoy segura de que este libro me lleve a algo, ni como ser humano ni como escritora.

7) No creo en la escritura como terapia. Y, si existiera, la idea de curarme a través de este libro me da asco.

Entonces, si no lo hago por los demás y tampoco por mí, ¿por qué lo hago?

Además, estoy de acuerdo con la antropóloga Dorothée Dussy, que ha estudiado el fenómeno de las violencias sexuales en niños y niñas como base de la dominación en nuestra sociedad, cuando dice que la perspectiva adecuada para hablar de esas historias no es frontal, sino lateral. Si es una persona cercana la que cuenta una historia que la afectó pero de la que no fue la víctima principal, eso permite hablar del fenómeno social sin entrar en el *pathos* insoportable del sufrimiento directo. Fue el caso de dos obras que tuvieron mucha proyección en la sociedad francesa en los últimos años, y que, como explica la antropóloga, permiten salir de la estupefacción o la negación que paralizan a la sociedad en el momento de abordar estos temas: *La familia grande*, libro de Camille Kouchner, y *Ou peut-être une nuit*, un pódcast de Charlotte Pudlowski. «Permitieron hablar del incesto, de la mecánica del silencio, del hecho de que esa dominación dirige y organiza toda la familia, no solo al par perpetrador-víctima. En los textos en primera persona no podemos escapar a este par, tenemos que enfrentarnos a un dúo con el cual no podemos identificarnos, a menos que seamos víctima o agresor. En cambio, podemos identificarnos perfectamente con la hermana o el hermano o el hijo de una víctima» (*Le Monde*, septiembre de 2021).

El éxito del libro de Camille Kouchner seguramente se deba (además de a hablar de gente famosa) a la elección de esa perspectiva, que vuelve la violencia menos directa, y la hace más legible. Salimos del ojo del huracán, que es cegador y demasiado oscuro, que no deja ver más allá, que no permite pensar en términos de fenómeno social. El fabuloso pódcast de Charlotte Pudlowski también se basa en esa misma distancia, que permite a la entrevistadora vivir de cerca ese tema sin implicarse demasiado, porque se mantiene en el lugar del testigo, ya que la víctima no es ella sino su madre. Eso permite analizar el fenómeno del incesto como una ola que produce efectos en todos los miembros de la familia, durante generaciones, y que afecta a la sociedad en su conjunto.

Yo también creo que esa es la distancia adecuada. Yo también creo

que ese par maléfico, ese encierro entre la víctima y su verdugo, ese dúo de mierda, ya duró suficiente.

Recuerdo el impacto que sentí cuando vi la película de Tim Roth *The War Zone*, en la que el hermano de la víctima descubre que su padre está violando a su hermana. Se trata de un adolescente que cuestiona constantemente su estatus de testigo, y el espectador lo acompaña en su camino. Es un personaje que mira, que captura escenas con una cámara de vídeo, que ve entre las grietas de las paredes, que interpreta señales. Es un muchacho que ve cosas, un *voyeur* y un vidente a la vez, que termina transmutando lo visto en palabras. Es el mediador que permite romper el silencio. Está en el lugar adecuado, ni demasiado cerca ni demasiado lejos.

Un extraordinario cuento de Antonio Ortuño presenta a un niño narrador en una aventura tragicómica en la que su padre, vendedor de fruta, charlatán y un poco canalla, lo lleva a pasar un fin de semana con unas personas de clase media que tienen una casa de campo. Se siente incómodo entre los demás niños, que lo miran con desprecio, excepto una niña de su edad que es un poco más simpática que los demás y que se queda maravillada cuando él cuenta que ha ganado un premio de escritura en el colegio. Intentando esconderse para evitar una salida en barco por el lago con los niños que se burlan de él, sus padres alcoholizados y su propio padre, que lo avergüenza con sus patéticos esfuerzos por parecer uno de ellos, el narrador tropieza con uno de los padres, que está abusando de la niña. El agresor, furioso, lo obliga a desnudarse y azota a los dos niños con cinturones. Ninguno de los otros adultos se da cuenta de nada, vuelven de su paseo en barco medio borrachos y continúan su fin de semana. En el momento de separarse, la niña se dirige al niño:

> –Tú escribes –dijo con lentitud y torpeza, como si la lengua se le hubiera quedado inmanejable.
>
> No supe responder.
>
> –Escribe esto un día. Un libro. [...] Que lo lean. Que arranquen las hojas. Y se las traguen.

Hacen la promesa en silencio y no se vuelven a ver. El cuento no dice si el narrador se volvió escritor y publicó esa historia, pero, como la estamos leyendo, podemos suponer que sí lo hizo. La promesa lo obligó a hacerlo. Se comprometió con ella porque fue testigo. No pudo olvidar, habría sido una traición.

Me gustaría poder escribir este libro con un poco más de distancia, ser alguien que vio algo, alguien a quien tocaron los círculos concéntricos de las repercusiones, alguien que hizo la promesa de escribir un libro para vengar a una niña.

Me gustaría mucho tomar esa distancia, por razones obvias, pero esa no es la posición que me han asignado en el tablero de ajedrez.

La que lleva la marca

Cuando era pequeña, un día, mi padrastro me dijo que si yo era tan buena alumna en la escuela era gracias a él. Lo que él me hacía me volvía especial. La lucidez que tenía, esa inteligencia un poco excesiva y desproporcionada para mi edad, se debía a que yo vivía una experiencia fuera de lo común, que me obligaba a sobrepasar los límites.

Christine Angot cuenta en *Viaje al este* que su padre abusador le sugirió escribir sobre el incesto al que la sometió.

«Y deberías escribir sobre lo que viviste conmigo... Es interesante. Es una experiencia que no todo el mundo tiene.» El padre opinaba incluso sobre la manera en la que tendría que escribirlo: «Habría que conseguir que el lector se pregunte si está frente a un sueño o frente a la realidad, que sea un poco incierto, un poco a lo Robbe-Grillet».

Por eso es tan difícil escribir este libro. No porque me lleve de nuevo a momentos dolorosos (una persona de la que han abusado en la infancia no necesita un libro para recordar momentos dolorosos, se levanta cada mañana con su mochila ya hecha), sino porque esta obra, en la que quien escribe pone todo su esfuerzo, su buena voluntad, sus años de lectura, su corazón y su alma, es, otra vez, un proyecto del abusador, donde él está en el centro, y que casi predijo y deseó.

El violador viola para existir. Puede que no lo sepa antes de violar (yo creo que sí, la mayoría de las veces), pero, una vez que lo hace, se vuelve evidente: ese acto irreparable es también un acto que marca de por vida, marca a la víctima, al mundo. Es un acto que crea poder, un poder que se extiende más allá de uno mismo.

Hace algunos años me quedé atónita cuando vi el nombre de una red de pornografía infantil que acababan de desmantelar: se llamaba *damagedforlife*. No es el nombre de un grupo de víctimas, sino el de un sitio que los depredadores se pasan entre ellos por internet. Les atrae saber que los actos que están viendo tienen víctimas reales, que quedarán dañadas para siempre. Es cierto que la víctima como persona no existe para ellos, están desprovistos de empatía o, al menos, poseen una extraña forma de empatía que no les permite percibir el sufrimiento de la víctima tal como se vive en el otro lado. Pero la víctima existe como un vehículo que llevará las cicatrices de la violación toda su vida.

Damaged, dañado, en francés, se dice *abîmé*. Dañado, dañada, rodeados por el abismo.

Damaged for life. Este libro le da la razón una vez más. Aun así,

aunque quiero que exista, no quiero que tenga muchos lectores. Sería una forma de existir en la literatura no a través de mi escritura, sino a través de mi tema, lo cual siempre ha sido una perspectiva angustiante. Y sobre todo este tema, que no he elegido, ni querido ni creado. Existir ahora a través de algo que no hice, sino que me hicieron. Qué pesadilla.

De todos modos voy a escribirlo. Como una especie de rebelión descabellada. Coger a este toro por los cuernos y hacerlo enloquecer. Atiborrarlo de palabras y razonamientos hasta que se quiebre, me suplique que pare y finalmente me deje en paz.

Secretos & mentiras

El adversario, de Emmanuel Carrère, se publicó en el año 2000, un año antes de mi juicio, cuando mi padrastro aún estaba en prisión preventiva, presunto inocente. Se trata de un texto de no ficción narrativa sobre la historia de Jean-Claude Romand, un tipo que mató a su mujer, a sus padres y a sus dos hijos cuando la mentira en la que se basaba su vida estaba a punto de serles revelada. Romand empezó a estudiar Medicina y suspendió uno de sus exámenes. Mintió diciendo que todo iba bien y, a partir de ahí, nunca sabremos por qué, las mentiras se sucedieron. El libro se detiene mucho en esa primera mentira, que parece el punto álgido en el que se cifra el extraño giro del destino de aquel hombre ordinario. Romand acabó fingiendo que se había licenciado, que había conseguido un empleo, que iba a trabajar todos los días a Ginebra en una oficina de la OMS. Sus familiares le confiaron sus ahorros, que dijo que había invertido en bancos de Suiza, y así vivió durante dieciocho años, hasta el día del crimen.

Leí el libro por consejo de mi madre, o más bien después de oír a mi madre hablar de él. Le pareció que el libro describía a un personaje monstruoso y escalofriante, cuya historia le resultaba algo similar a la de mi padrastro. Recuerdo que me horrorizó esa interpretación y que solo intensificó la ira que yo sentía hacia ella. El libro trata de alguien que comete un crimen, por supuesto, pero, sobre todo, de alguien que miente a sus seres queridos durante mucho tiempo, y la pregunta que todo el mundo se hace, y que está en el centro del libro, es: ¿cómo se puede mentir así y que nadie sospeche nunca?, ¿cómo es que nadie se dio cuenta?, ¿cómo puede la mentira instalarse en el corazón de una vida y convertirse en una especie de verdad y permitir que la vida continúe? Obviamente, mi madre leyó las preguntas que ella se hacía en sus propias circunstancias. Porque, para ella, la cuestión central en el asunto de mi padrastro es la mentira. ¿Cómo pudo mentirle así durante tanto tiempo sin que ella se diera cuenta de nada? Creo que la historia de la familia Romand la tranquilizó, toda esa gente también se había

dejado engañar. Ellos tampoco habían reaccionado, no sospecharon nada.

Lo que me dolió entonces y me sigue doliendo hoy es que mi madre lo veía sobre todo como un mentiroso. Y eso es lo que fascina de Romand, su capacidad para hacer creer sus mentiras, no su crimen atroz: los disparos en la nuca de sus hijos. Mi madre se identificó con la familia inocente, engañada, traicionada por el falso médico. Su pareja había violado a su hija durante varios años, y lo que ella veía en él no era al violador, sino al mentiroso.

Ella veía su propia historia en todas partes, igual que yo veía la mía. En ese momento percibí esa autocomplacencia como algo natural (todos vemos lo que queremos ver) y muy cruel (pero es que la naturaleza es cruel). Sin embargo, sé que no fue indiferencia ante mi sufrimiento o ante el propio crimen, sino negación. Incluso en pleno proceso de reconocimiento de los hechos siguieron existiendo innumerables estrategias de negación, y esa forma de verlo de mi madre es una de ellas. Prefiere pensar en esa historia del engaño, que es ciertamente horrible, pero menos horrible que la otra historia que la mentira esconde. La mentira de Jean-Claude Romand tiene esa particularidad: no ocultaba nada, sino que escondía un vacío. Mi padrastro ocultaba algo a lo que mi madre no alude, porque en lo que piensa al pronunciar la palabra *mentira* es en el engaño, porque parecía una persona de confianza, un buen padre para sus hijos, un tipo un poco infiel pero que la quería; lo que ocultaba era lo que me hacía a mí por las noches.

La crueldad y la negación no son excluyentes. No hay por un lado un rechazo a ver y por otro una imposibilidad de ver, un rechazo consciente y otro inconsciente. Una negativa inocente y otra culpable. Es posible que la ceguera de las madres sea un poco de las dos cosas, o que se encuentre en una extraña zona intermedia: saben pero no saben, no saben pero saben.

Soy dura con mi madre. Probablemente tenga derecho a serlo. Se lo ganó, como quien dice. Pero tenía razón, la verdad y la mentira son el meollo del asunto. Escribo este libro en busca de la verdad. Una verdad difícil de determinar, difícil de formular, una verdad más allá de las apariencias. No anula completamente la otra, la verdad del lado bueno, de los momentos de felicidad, de la foto de familia, pero cambia su naturaleza, es su parte de sombra, su siamesa maldita.

Soy dura con mi madre. Sé que el lector también tenderá a ser duro con ella. Es un reflejo cultural en las historias de abuso sexual infantil. A menudo se culpa más a la madre que no protegió a su hija que al propio violador. No me protegió, desde luego. Mi padre tampoco. Tampoco lo hicieron mis abuelos, mis tíos o los amigos de la familia. Ni mis profesores, ni mis educadores, ni el personal de los hospitales donde estuve largas temporadas para tratar mis problemas de espalda, ni los

terapeutas y profesionales de la medicina alternativa que me recibieron como paciente. Nadie me protegió. La madre es culpable. Estoy de acuerdo. No la perdoné durante los diversos procesos de ira y reparación que tuvieron lugar a lo largo de los años. Pero no es ella la que me violó.

Cuando lo supo, cuando se lo dije un día, en un coche, se quedó sin palabras, sin pensamientos, sin nada a lo que agarrarse. No podía creérselo. Lo primero que hizo, tras estacionar el coche, fue ir a pedirle a mi padrastro que se lo confirmara. Después se quedó con él un año más. No podía hacer otra cosa, decía que tenía que terminar sus estudios de Enfermería para poder cuidar sola de mis hermanos. La culpé, pero no me violó. Me acompañó en el proceso legal, se divorció de él, perdió su casa, su credibilidad a ojos de la gente del pueblo, a ojos de sus amigos. Su vida se desmoronó. Todo lo que había hecho hasta ese momento perdió el sentido. Sigue siendo hippy, cree que no hay que centrarse demasiado en las cosas malas ni soltar maldiciones en voz alta, que hay que saber expresar claramente lo que se quiere, pedir al universo que se encargue de lo que está fuera de nuestro control. Sin embargo, a pesar de su actitud en la vida y de los buenos consejos de la sabiduría tolteca, si se lo pido, me enviará documentos y fotos que no quiere ver. Estoy segura de que leerá este libro con benevolencia y seguirá acompañándome.

«Su vida se desmoronó.»

Es fácil escribir eso. Son cuatro palabras. Las puedo escribir y pasar a otra cosa, pero quizá deberíamos detenernos en ello un segundo. Hay que imaginar lo que eso significa en términos concretos. Vivir catorce años con alguien a quien amas apasionadamente, a quien amas tanto que te lanzas a la locura de tener dos hijos con él cuando ya tienes otras dos hijas pequeñas que cuidar. Tiene un poco de mal genio, es un poco chico malo, siempre se empeña en que las cosas se hagan como él quiere, pero esa es también su fuerza: sabe lo que quiere, es un aventurero, un conquistador. Intentas atemperar un poco esa violencia, pero no sabes muy bien cómo. Tu hija mayor es difícil. Nunca ha aceptado la separación y estar lejos de su padre. Su relación con tu nuevo compañero es explosiva. Toda la familia paga las consecuencias: hay discusiones, momentos de tensión. Cuando tu hija mayor se va de casa para ir a la universidad, de repente la vida parece calmarse, vuelve a haber alegría. Trabajas con tu pareja, que lleva a turistas a hacer senderismo en las montañas en verano, la casa está casi terminada, los niños crecen, tienes un poco más de tiempo para ti, retomas tus estudios para sacarte el graduado y entrar en la carrera de Enfermería.

Entonces, una tarde de verano, tu hija mayor, que no ha vuelto a pisar la casa y pasa las vacaciones con unos amigos en un pueblo vecino, te cuenta esa historia.

Leo de nuevo el libro de Carrère, veinte años después. Intento hacerlo con los ojos de mi madre en aquel entonces, con los míos también. Es complicado. Me dejo llevar por la lectura con mis ojos de hoy. Es un libro que trata de abrirse paso en la oscuridad, de analizar fuerzas sutiles, relaciones de poder que no siempre están claras.

> No existen sin duda treinta y seis mil maneras de dirigirse a alguien que ha matado a su mujer, a sus hijos, a sus padres, y les ha sobrevivido. Pero retrospectivamente me percato de que enseguida le adulé adoptando aquella gravedad envarada y compasiva y viéndolo no como a alguien que ha hecho algo horrible, sino como a alguien a quien le ha sucedido algo espantoso, el juguete infortunado de fuerzas demoníacas.

Esta observación resuena en mí de manera tan aguda que duele. Remite a un efecto de la dominación que el perpetrador mismo quizá ignore, que se instala a su pesar. Se cree presa de un engranaje, de un destino trágico que supera su entendimiento y sus fuerzas. Eso es lo que se decía mi padrastro. Tal vez eso es lo que se dice a sí mismo todavía hoy, para soportar la idea de que ha reconstruido su vida. Algo pasó. Algo nos pasó a él y a mí, pero sobre todo a él, pues yo, en el mundo que se había construido, nunca existí realmente.

Y yo, ¿qué me decía a mí misma? ¿Qué historia se cuentan las víctimas a sí mismas?

1) Si no se lo digo a nadie, no existe. Mientras nadie lo sepa, no existe.

2) Debes de haber hecho algo para merecer esto. Algo en ti lo provoca. Eres una perra.

3) Eres la favorita. Te hace esto porque te quiere. Él te eligió a ti. En el pódcast de Charlotte Pudlowski, una niña de la que su abuelo abusaba cuenta cómo se sintió traicionada cuando supo que él había violado también a otras niñas. Pensaba que era la única.

Yo también me sentí traicionada, por una razón ligeramente diferente pero similar, cuando supe durante el juicio que tenía amantes. No me lo había dicho, a pesar de que me contaba muchas cosas. Me decía que me lo contaba todo, hasta lo inconfesable, que se sinceraba conmigo como nunca lo había hecho con nadie. Sabía que yo no contaría nada. Había una intimidad extrema entre nosotros, que solo las víctimas y sus verdugos pueden conocer. Así que me sorprendí cuando me di cuenta de que me había estado mintiendo. Yo me decía que al menos tenía eso, la verdad. Pues no, yo no tenía nada.

4) Esto es una adversidad que te ha puesto la vida. Supérala y todo será posible.

Después de haber avanzado bastante en la escritura de este libro, quiero consultar el expediente de la investigación. Me gustaría comparar la historia que cuento hoy con lo que hay ahí. Lo que dije y percibí en ese momento, las declaraciones de mi padrastro, las evaluaciones psicológicas. Esos documentos y lo que contienen no tienen mayor carga de verdad a mis ojos que lo que yo recuerdo, pero creo que sería interesante confrontar las versiones de la historia.

Le pregunto a mi madre si puede enviarme el archivo. Me dice que se ha perdido. Me mudé al extranjero antes de que terminara el juicio. Conseguí una plaza de lectora de intercambio en una universidad norteamericana y me fui. Viví una vida precaria y nómada durante mucho tiempo. Mi madre también se mudó varias veces. Quizá el expediente que teníamos se haya perdido. Quizá también sea una estrategia de supervivencia para ella. ¿De qué sirve obsesionarse con el pasado si no se puede cambiar?

Si esos archivos fueran importantes para mí, los habría conservado. Si se perdieron, yo también lo permití.

Busco para ver si existe una copia de esos documentos en alguna parte.

Contacto por correo electrónico con la abogada que nos asesoró en aquel entonces. Fue mi madre la que la encontró. Creo que prefería que fuera una mujer quien nos representara. Fue una buena idea. La abogada era una mujer joven y bella, que respiraba seguridad en sí misma. Una seguridad que no teníamos ni mi madre ni yo, y que nos prestó, de alguna manera, para poder transmitir lo que teníamos que decir y para que nuestras palabras no se volvieran indescifrables por la vergüenza que nos tapaba la boca.

Me contesta que conservó una copia del expediente durante diez años y luego la destruyó. Me remite a los archivos departamentales de los Altos Alpes, que a su vez me remiten al Tribunal Penal de Gap, que me deja sin respuesta.

Creo que me resultaría interesante tener el punto de vista de la abogada. No sé por qué busco otros puntos de vista distintos al mío en este momento de la investigación. ¿Estoy dando vueltas en vano? ¿Me da miedo de esta versión unívoca mía? Tengo la impresión de que existe el peligro de perderme en esta búsqueda de una verdad que ya he buscado mucho y que sé que es esquiva. Nunca podré acercarme a ella lo suficiente.

Le pregunto si le parece bien tener una cita telefónica, y acepta inmediatamente a pesar de estar muy ocupada. Cuando busqué su nombre en internet, vi que formaba parte de un grupo que lucha por la acogida de inmigrantes, un tema candente en esos momentos en los Altos Alpes. Conozco a otras personas que forman parte de esa clase de grupos y me hablan de su agotamiento. Cada día llegan más refugiados a Briançon y no hay dónde alojarlos. El albergue provisional está a

punto de estallar, la violencia amenaza.

Está muy ocupada y, sin embargo, se toma el tiempo de hablar conmigo durante una hora sobre este caso, que tuvo lugar hace veinte años y del que ya no tiene el expediente. Me sorprende la claridad de su memoria. Recuerda perfectamente el caso, el juicio, a nosotros, a mi madre, que fue a buscarla para que fuera nuestra abogada; a mí, que había llegado mucho más tarde y había ido a verla sola; a mi hermano y mis hermanas, y por supuesto a él, el acusado, el violador.

Sobre todo se acuerda de él. Es sobre todo su personalidad la que la ha marcado. Su personalidad, la mía y la gravedad de los hechos. Recuerda lo difícil que fue pelear el caso porque no había testigos, por el silencio que rodeaba las violaciones. Nadie se dio cuenta de nada hasta que yo se lo conté a mi madre. Recuerda algunos detalles sórdidos, una habitación en un sótano, los abusos que tuvieron lugar cuando mi madre trabajaba, que se prolongaron durante mucho tiempo, desde que tenía ocho o nueve años hasta después de la pubertad. E incluso un poco después, cuando, por miedo a que me quedara embarazada, practicaba la sodomía. Recuerda que decidí hablar cuando mi hermana pequeña cumplió la misma edad que yo tenía cuando empezaron los abusos, diciéndome que nunca me perdonaría que le hiciera a ella lo que me había hecho a mí. Después de eso, mi madre se pasó un año en estado de shock, sin poder separarse de él. La única solución que encontramos entonces fue presentar una denuncia para alejarlo de los niños, para obligarlo a marcharse.

Recuerda su carisma, su personalidad tan particular, egocéntrica, como la de muchos hombres con cierto prestigio en el mundo de la montaña. Ella creía que era guía de alta montaña, y recuerda que era escalador, y que se dedicaba a lo que se conocía en la época como «trabajos verticales», es decir, con cuerdas, en sitios de riesgo. Un amigo suyo que tenía una empresa de construcción en el sur de Francia lo había contratado. Era un hombre guapo, sano, que hacía un trabajo que la gente admiraba, autoritario y que no soportaba que nadie se opusiera a su voluntad. A ella le había parecido una locura su explicación de los hechos: decía que había sido insoportable para él haber sido rechazado por la niña que yo era, le parecía imposible que yo no quisiera amarlo y la única manera que había encontrado de establecer un contacto conmigo era a través del sexo. Le parecía una explicación falaz, enferma: ¿cómo puede una niña amar a alguien que la viola? Pero fue una versión que sostuvo contra viento y marea. Ella recuerda algunas puestas en escena fetichistas, el placer que él sentía al poseer a una persona por completo. Me había convertido en su objeto.

También me recuerda a mí, como una chica de veintiún años y como una niña en los testimonios, ferozmente decidida a no dejar que me afectara. La disociación había sido para mí un mecanismo de supervivencia consciente, que me permitía decir que lo que él había

hecho no me lo había hecho a mí, sino al objeto de su deseo. Así, yo me mantenía al margen, fuera de su alcance. Ha defendido a otras víctimas en casos similares, a menudo personas que estaban devastadas, completamente destrozadas por lo que les había sucedido. Recuerda que yo era brillante en la escuela, que incluso me habían aceptado en una universidad muy prestigiosa. Según ella, me derrumbé tras la denuncia y dejé de estudiar, como si mi resistencia hubiera llegado al límite.

En algunos detalles sus recuerdos no se corresponden con los míos. Quisiera corregirlos, como si yo tuviera una versión mejor. Mi madre también quisiera corregir las partes imprecisas de mi relato. Deberíamos afinar, por mi parte y por la suya, para llegar a una versión común. Volver sobre las fechas, los lugares, las circunstancias. Otra vez. Qué importa, me pregunto cuando llega el cansancio. Sé que es importante y, sin embargo, quisiera que no lo fuera.

Está la cuestión de la edad. Quizá ustedes también tienen esa duda. ¿Fue a los siete, los ocho o los nueve años? ¿Duró hasta los catorce? ¿Quizá más? Hay partes del relato que son inconsistentes. Las inconsistencias son peligrosas. Ponen en jaque la confianza que se le otorga a la narradora. Empezamos a dudar de un detalle y terminamos poniendo en duda el relato entero. En el momento de presentar la denuncia tenía que establecer las fechas exactas, pero solo pude hacerlo de forma aproximada. Dije más o menos nueve años, porque guardaba muchos recuerdos del sótano donde vivíamos cuando yo tenía esa edad. Al explorar en mi memoria, pude reconstruir varias escenas que ocurrieron mucho antes. Cuando le hablé a mi madre de esos recuerdos antiguos que volvieron a mi consciencia, se le descompuso la cara. No me extrañaría, dijo finalmente. Eso explicaría la historia del broche. No recuerdo esa historia, así que ella tiene que contarme que, al principio de nuestra convivencia con él, una vez, yo me había clavado un imperdible, un alfiler de gancho, en la vagina, y ella tuvo que intervenir para quitármelo. Yo tenía seis o siete años. Mi padrastro confirmó casi todo lo que yo dije, pero nunca quiso añadir nada. Nunca quiso decir cuándo empezó exactamente ni describir la primera vez. Decía que no lo recordaba. En mi caso es bastante normal que no lo recuerde. Tenía siete, ocho o nueve años. Pero él tenía veinticinco, veintiséis o veintisiete. ¿Cómo puede haber olvidado el día en que empezó?

Al final de nuestra conversación, le pregunto a la abogada si piensa que las cosas han cambiado, que el mundo ha avanzado un poco en este tema desde el juicio. Cree que hoy, en comparación con hace veinte años, se tiene más en cuenta la voz de las víctimas. No hay ni más ni menos casos de abusos que antes, sino más denuncias. Estas suelen desestimarse por falta de pruebas. A menudo es la palabra del acusado

contra la del denunciante. En mi caso no fue así porque él confesó. Reconoce que eso tampoco es común, y que, sin duda, si no hubiera confesado, si me hubiera acusado de mentir, no lo habrían condenado.

Hasta en su propia condena quiso estar al mando. Al final quiso retractarse un poco. Cuando vio cerca la posibilidad de ir a la cárcel trató de defenderse, de encontrar circunstancias atenuantes, de ocultar ciertos hechos. Quería admitir su culpabilidad, reconocer sus actos, reivindicarlos incluso, pero que no lo castigaran demasiado, porque merecía reintegrarse en la sociedad, asumiría la responsabilidad de no volver a hacerlo. Era digno de confianza.

Durante el juicio, varios testigos subieron al estrado para defenderlo. Ninguno de ellos discutió la veracidad de su crimen, pero llegaron a hablar de todas las cualidades que hacían de él, aparte del crimen, una persona de probidad ejemplar, un tipo leal, un buen hijo, un amigo fiel, trabajador, valiente, a veces incluso heroico cuando se trataba de ayudar a alguien en la montaña o en situaciones extremas. Me pregunto qué piensan de sí mismos ahora, veinte años después, y del testimonio que dieron para defender a un hombre que había violado a una niña. No tenían nada que ganar declarando, lo hicieron voluntariamente, conscientes de ello. Entre ellos había un amigo íntimo, un tipo que me caía bien y que lo había empleado en obras, en la reparación de una presa en los Alpes y en la construcción de la cúpula de la Ópera de Lyon. Había gente que lo visitaba en la cárcel, miembros de su familia. Vinieron a testificar sobre todos los aspectos de su vida, desde su juventud hasta el momento del juicio (tenía entonces cuarenta y un años): él era irreprochable. El crimen era una anomalía.

Es curioso, porque para mí es lo contrario. Su crimen hace que todo lo demás en su vida sea una aberración, impide que se lea a través del prisma de la dignidad o de cualquier calidad moral. Además, los testigos exageraban un poco, porque todos sabían que era dominante, que no aceptaba que nadie se le opusiera. Decían que era autoritario, pero eso se consideraba un valor, un signo de voluntad fuerte, de convicción. Es cierto que ninguno de ellos había visto lo que nosotros, los niños y mi madre, pudimos ver en casa, donde se comportaba como un tirano. Pero, de todas maneras, lo que más destacaba de su personalidad es que era alguien que no soportaba las contradicciones, que tenía que tenerlo todo controlado siempre, que decidía, supervisaba, castigaba y nunca compartía el poder.

«Todo en el mundo tiene que ver con el sexo, excepto el sexo. El sexo es poder», dice una frase famosa que se atribuye a Oscar Wilde. No sé si esta máxima puede aplicarse siempre, pero, en el contexto de la violencia sexual, me parece que da en el clavo. La gran mayoría de los

abusos sexuales a menores tienen más que ver con el poder que con el sexo. Por supuesto que se trata de sexo, si bien, en esta configuración, el sexo es una herramienta de dominación por encima de todo. Los niños lo saben bien, aunque les sea difícil expresarlo. «No habría sabido explicar por qué me quedaba allí y dejaba que me tocara», dice la pequeña heroína de Dorothy Allison. «No era sexo, no era como cuando un hombre y una mujer se acariciaban los cuerpos desnudos, pero a la vez era algo parecido, algo poderoso y aterrador que él anhelaba con frenesí y yo no entendía en absoluto.»

Cuando le pregunté por qué actuaba así, mi padrastro me dijo que se había visto obligado a llegar a esa situación porque no encontraba otra forma de relacionarse conmigo. Hoy, veinte años después, parece una locura de argumento. También en aquel entonces me lo parecía y, aun así, logró convencer a muchas personas. Lo que él quería era llegar a mí, hacer que yo me abriera a él totalmente, obligarme a ello. Es un reconocimiento muy claro de que la depredación no era solo dominación sexual, sino mucho más que eso. A través de la dominación, a través de la tortura, llegar a la vida misma.

En un artículo del periódico *Le Monde* de abril de 2021, un reportaje sobre un centro que ofrece terapia a delincuentes sexuales habla de las profundas motivaciones que hay detrás de sus actos: «El crimen sexual es un intento de solución defensiva frente a ansiedades de gran magnitud, ligadas a carencias fundamentales, para prevenir el riesgo de un colapso depresivo». En otras palabras, según Gaëlle Saint-Jalmes, psicóloga del centro, interesada desde siempre por la cuestión ontológica de la violencia, la violación es una «válvula psicológica». Para los agresores, se trata de protegerse, a través de la violencia, de algo aún más grave. La elección de la violencia la explicaría la fuerte aceptación social que ese modo de defensa tiene por parte de los hombres. Sería la razón por la que los hombres son más propensos que las mujeres a actuar, y de ahí que la dominación masculina, física y psicológica, juegue un papel fundamental.

Reconozco a mi padrastro en esta descripción. Se sentía víctima sinceramente, no solo de ciertas injusticias sociales y humanas en su vida, sino también en su relación conmigo, porque yo no lo quería. No podía aceptar que esa niña a quien él le ofrecía todo lo rechazara. Ella le infligía una herida narcisista intolerable. La violación fue un castigo necesario, para enseñarme a obedecer. Y subía el volumen de la radio para cantar a coro con Johnny, creyendo en los versos de la canción con toda su alma:

> Cuando tu boca se vuelve dulce.
> Cuando tu cuerpo se vuelve duro.

Cuando el cielo en tus ojos
de repente ya no es puro.
Cuando tus manos quisieran.
Cuando tus dedos no se atreven.
Cuando tu pudor dice no, pero muy bajito.
¡Cuánto te quiero! ¡Cuánto te quiero!
¡Cuánto te quiero!

Pobre Johnny, debe de estar preguntándose en el fondo de su tumba rococó cómo acabó en este libro. Que me perdone, no es culpa mía, yo no elegí la banda sonora.

Dice que intentó hablar de ello, o al menos hacer entender a la gente que algo iba mal.

Al festival de la escuela se podía ir disfrazado. Todos los niños iban disfrazados, a veces también los adultos. Un día, mi padrastro apareció con un atuendo bastante extraño. Había encontrado un overol, un mono de trabajo, marrón. No le había resultado fácil. Los monos marrones no son comunes, suelen ser azules o grises, pero él había encontrado uno. Se colgó una cuerda con un rollo de papel higiénico al cuello, a modo de collar grande, y un asiento de plástico de WC alrededor de la cintura, sujetado a los hombros con otras cuerdas que hacían de tirantes. La gente estaba un poco sorprendida, no entendían la broma.

–¿De qué vas?

–¿Tú qué crees?

–No estoy seguro.

–Bueno, a mí me parece obvio, eso es una taza del váter, y yo soy una caca.

Pero el mensaje seguía siendo críptico. No había ido más allá, no había sido capaz de explicar por qué era una mierda en la vida, aparte de la broma de carnaval. Sin embargo, con este gesto tenía la impresión de haber lanzado una botella al mar. Lo mencionó en los interrogatorios como argumento para decir que había intentado hablar de ello, pero que nadie había querido escucharlo. Se lo reprochó a mi madre: «¿No te acuerdas de cuando me disfracé de mierda? ¡Nadie preguntó! A nadie le importaba por qué me veía a mí mismo como una mierda. ¡A nadie, ni siquiera a ti!».

Yo iba de princesa, de hada, algo así.

Ya he contado esa historia en alguna parte. La busco en mis archivos. La escribí hace casi veinte años. Me repito. Llevo mucho tiempo dándoles vueltas a las mismas ideas. ¿Es una consecuencia del trauma, tener que hacer esto todo el tiempo? No lo sé, no he hecho psicoanálisis, ni siquiera psicoterapia. No he hecho nada. No creo que la rumiación

sea producto de un trauma, es simplemente la vida. Encuentro el texto: no es una historia, es un poema que se llama «Carnaval» y termina así:

Él, con su disfraz de mierda,
toma la mano de la princesa,
que no quiere dársela,
pero la toma por la fuerza.
Él lo sabe. La manita.
El pedazo de mierda que es.
Él la mira.
Ella mira hacia otro lado.
Mírame.
La pequeña princesa,
en su luz,
con su vestido roto,
mira porque tiene que hacerlo,
pero se queda callada.
Le gustaría que lo perdonaran.
En algún lugar, dentro de él, alguien quiere que lo perdonen.
Ella no tiene piedad.
La reina del baile con la ropa arrancada.
Ella da la mano que hay que dar.
Pero no quiere
perdonar.

Mi amigo Edmond hizo una ilustración de este poema, que formaba parte de una colección de textos. Un proyecto que no llegó hasta el final, otro ciclo sin cerrar. El dibujo también tiene unos veinte años. Todo lo que tengo que decir sobre esa historia ya se hallaba ahí: yo aparezco en primer plano con un disfraz que no logra ser chistoso, dada la profundidad siniestra de mi mirada. Detrás de mí, un fondo negro, de tempestad, con una especie de ballena que se acerca para devorarme. Un perro callejero pasea por un rincón, como en la casi totalidad de los dibujos de esta serie: una presencia fantasmal que crea un enlace entre un poema y otro. Es un perro callejero de México, famélico y pelado, de mirada torva.

En casa de mi madre, en un cajón de plástico etiquetado con mi nombre escrito con rotulador, entre un revoltijo de papeles, cartas antiguas, fotos viejas y amuletos rotos, apareció por fin un informe del Tribunal Regional de Grenoble fechado en junio de 2000. En él se puede leer todo lo que he dicho sobre este caso expresado en un lenguaje jurídico claro y preciso. Hay una breve biografía del acusado, un

resumen de mis declaraciones y las de mi madre y un resumen de las declaraciones de mi padrastro. De nuevo, su infancia en París, su juventud en los Alpes, su encuentro con mi madre, los abusos, los motivos que alega. Todo coincide más o menos con la versión subjetiva que he plasmado aquí. Me pregunté si debía incluir el documento entre estas páginas. Pensé que podría resultar interesante la yuxtaposición entre mi prosa y el lenguaje de las actas, tal vez como forma de establecer un paralelismo entre dos maneras de relatar el mismo hecho, para que podamos notar la diferencia.

> Considerando en la forma que el procedimiento está exento de toda nulidad que pueda atentar contra los intereses de las partes.
> Considerando que la información en su conjunto ha establecido los siguientes hechos: [...]
> Considerando que el procedimiento ha concluido;
> Considerando que la investigación ha aportado pruebas suficientes contra...: [...]
> Fundamentado en los artículos 199, 214, 216 y 802 del Código de Procedimiento Penal;
> Por estos motivos
> El Tribunal
> Sala de Acusación reunida en Sala del Consejo,
> Habiendo deliberado de conformidad con la ley;
> Declara que [...] ha sido acusado
> Y le remite al Tribunal Penal del departamento de Altos Alpes para ser juzgado conforme a la ley por el delito de violación y los delitos conexos de agresión sexual arriba mencionados.

Las ligeras discrepancias en las versiones de los hechos que se presentan me llaman más la atención que las similitudes. Quizá por eso quise investigar en los archivos, para aferrarme a elementos de la historia a los que en aquel entonces todavía no había dado mil vueltas en la cabeza. De nuevo la idea de encontrar otro punto de vista. ¿Para ser más fiel a la verdad? ¿Para completar la información fragmentaria? ¿O para intentar escapar un poco de mí misma, de esta versión unívoca que me persigue y me asfixia?

Por ejemplo: «Interrumpió toda relación el día que Neige le dijo que ella no estaba presente durante el acto sexual, sino que era otra persona la que estaba siendo agredida».

Al volver a leer esto en las actas, recuerdo que me pareció extraño que hiciera esa declaración. Él contó esta epifanía ante el tribunal. Un día, cuando hablábamos otra vez de lo que me hacía, le dije que podía seguir, que no me importaba, que era como si le estuviera haciendo todo eso a otra persona. En ese momento, según él, empezó a preocuparse por si en realidad me estaba haciendo daño de forma permanente, si estaba afectando a mi equilibrio mental. Eso es lo que le habría decidido a parar. Aparte de lo aparentemente absurdo de esta

afirmación, como si él no hubiera sentido que me hacía daño hasta ese momento, lo que me resulta extraño es que tengo un recuerdo de lo más preciso de las negociaciones que condujeron al cese de los abusos, y la cuestión de mi posible disociación mental no tuvo nada que ver con ello.

Aun así, recuerdo haber mantenido aquella conversación con él. Me recuerdo analizando nuestra relación, opinando, encarándome con él: no, no hemos construido ese vínculo especial del que hablas, crees que puedes acceder a mí, pero no soy yo, es solo mi cuerpo. No recuerdo dónde estábamos. Quizá en mi habitación de adolescente, en una cama, en un coche. Le gustaba hablar después del sexo. Yo no tenía más remedio que escucharlo, miraba por la ventana el paisaje, el techo, los dibujos de la pared. A veces, cuando me presionaba demasiado, yo respondía con rabia contenida. Ese intercambio, que yo habría dejado caer en el olvido, al transcribirse en las actas, se metamorfoseó en un elemento del caso, adquirió así una especie de existencia.

Por otra parte, me parece que el texto en cuestión, con sus artículos de la ley, sus sellos judiciales y sus firmas de abogados y peritos judiciales, valida de algún modo mi historia. Porque no es solo que quiero evitar que puedan imaginarse que estoy exagerando, que me estoy inventando cosas para añadir intensidad a mi relato. Es también porque existe una fuerza natural que rige la recepción de este tipo de relatos, que es comparable a la negación que practican las personas cercanas cuando se enteran de lo sucedido. Tomas una cierta distancia y te da la sensación de que todo eso funciona como una ficción –al fin y al cabo, no por ser una historia real deja de ser una historia– y te concentras en ese aspecto de la narración, del lenguaje, para no tener que seguir pensando en el referente. Las fotografías, los documentos de archivo, las cartas de la época, las actas son como la prueba de que todo eso existió, sin que importe lo que yo pueda decir o pensar al respecto. Son trozos de realidad, irreductibles a la interpretación. No garantizan necesariamente la veracidad o la buena fe de quien escribe, pero asumen parte de la responsabilidad de trasladar esa realidad a través del tiempo. Se convierten en las frágiles muletas de ese testimonio sin testigos.

En la boda yo llevaba un vestido. Él me obligó.

Mi madre llevaba pantalones. Ambos vestían de blanco, pero ella lucía el pelo corto y pantalones. Un pequeño acto de rebeldía. Yo no tuve elección. A menudo él quería que me pusiera vestidos. Quería que me sintiera bonita. El día de la boda intenté cambiarme de ropa, pero no hubo manera. No me dejó. Soy yo la que lleva el vestido, no la novia.

No sé qué edad tenía exactamente, mi hermano era un bebé, yo debía

de tener diez años, algo así. Voy a llamar a mi madre para preguntarle. Debe de recordar el año de la boda. Ella no sabe que estoy escribiendo este libro, tal vez tendré que decírselo en algún momento. No sabe la razón exacta por la que le pedí las fotos. La *performance* audiovisual que quería hacer con otros amigos que también fueron víctimas cayó en el olvido, en parte por la pandemia, en parte porque nuestro entusiasmo se desvanece rápido cuando empezamos a pensar en las consecuencias de crear una obra sobre el tema. Se produce un agotamiento psíquico que nos drena la energía. El plan era exponer nuestras fotos de familia en las paredes de la sala para que el espectador pudiera mirarlas de cerca mientras escuchaba la grabación de nuestras confesiones superpuestas como un coro antiguo. Y aquí estoy ahora, sin mis amigos, sin el colectivo con el que trasladar esta palabra, que me habría gustado que estuviera menos desnuda. Aquí estoy sin fotos, sin brújula, sola en mi barco a la deriva.

«¿Cómo actuar, oh, corazón robado?»

No he acudido a ningún psicólogo o psicoanalista. Nunca he hablado de esto con profesionales. En el entorno al que pertenezco, a nadie se le ocurriría ir a terapia. Nos da miedo, y además sabemos que, en las estructuras que se nos ofrecen, con el servicio público sobrecargado de trabajo, los doctores de provincias infracualificados, los servicios gratuitos cuyas salas de espera están llenas de personas en riesgo de exclusión social, verdaderas antesalas del infierno del sufrimiento interior, tenemos muchas probabilidades de encontrar a un terapeuta demasiado agobiado o incompetente. Hablé de ello, poco después de los hechos, primero con Marianne, mi amiga de toda la vida, una tarde lluviosa en el jardín de sus padres, tras llegar del instituto, y luego, en cuanto me fui de casa, con mis amigas de la universidad, con mis parejas. Me escucharon, me creyeron. Nadie cuestionó lo que decía. Me aconsejaron y guiaron. Me acompañó mucho amor. Poner una denuncia legal pronto se convirtió en la única salida.

Curiosamente, fue Edmond quien me sugirió denunciar. Antes de ser amigos fuimos amantes. Es treinta y cinco años mayor que yo. Otro hecho paradójico, pero lo cuento tal y como fue. Lo bueno de la no ficción es que puedes exponer hechos y secuencias de acontecimientos que parecen incoherentes, incluso imposibles, pero tienes derecho a hacerlo, y el lector tiene que confiar en ti porque le dices que es así como pasó.

Fue aquel hombre de cincuenta y cuatro años que salía con una chica

de diecinueve, un artista carismático que siempre mantenía relaciones románticas con mujeres jóvenes, un depredador, en cierta manera, aunque de otra índole, quien fue mi principal apoyo en el camino hacia la justicia. Habló con un amigo psiquiatra que le dijo que ese era el recorrido que debía seguir, que no había otra solución, ni para evitar el peligro que corrían mis hermanos ni para que yo pudiera reconstruirme.

Solo existe esta solución. Pero ¿es una solución? Y si lo es, ¿para quién? Hablar, presentar una denuncia, es hacer estallar la unidad familiar. Una vez que se sueltan las palabras, se desencadena el proceso múltiple de exclusión. Todo el mundo quiere protegerse de ese fuego. La vergüenza se extiende rápidamente, es contagiosa. Así que la gente te da la espalda. Dentro de la familia, pero también fuera. No te quedarán muchos aliados: solo tus amigos íntimos, aquellos para los que importas más que la vergüenza que les puedas causar. Es un consuelo, es cierto, pero no todo el mundo está preparado para vivir toda su vida en esa soledad.

La escena tiene lugar en Niza, en un edificio rosa y ocre del Puerto Viejo. La amiga con la que vivo se ha ido a pasar la noche en casa de su novio. Me ha dejado sola en nuestra buhardilla. Tengo que repasar mis clases, pero no puedo concentrarme. Bajo dos tramos de escaleras, llamo a la puerta, Edmond está en casa, retocando una lámina que ha dibujado esa mañana. Las paredes del departamento, que se caen de viejas, están llenas de dibujos, frases pintadas, retratos de mujeres. Cuerpos danzantes, soles, pájaros. Son una especie de manifiesto ingenuo y hermoso sobre el arte y la vida, cuentan historias en las que quiero creer. Hablamos, comentamos los dibujos de su mesa de trabajo. Es él, sobre todo, el que habla, va a buscar libros a las estanterías, me acaricia la cara, los hombros. Se pregunta cómo mantenerme ocupada. Entre nosotros circula una corriente de extraña intensidad. No sabe qué hacer conmigo. Cree que estoy enamorada de él, que vengo buscando ese tipo de amor. Nos besamos, hacemos el amor. Pero, cuando se acaba, queda una sensación de insatisfacción en el aire. Quiere entender. Quiere estar seguro de esa historia de amor. No sé de qué se trata, pero amor no, no es amor. Él es demasiado viejo. Es mayor que mis padres, es un anciano. Tener sexo está bien, no me importa, pero no quiero amor. Discutimos. Pero ¿y lo nuestro qué es?, pregunta. No es nada, si no hablamos de ello, si nadie nos ve, no es nada, no necesitamos saber qué es. Pero entonces ¿qué quieres?, insiste. Me estás fastidiando, contesto, no quiero nada, déjame en paz. Me vuelvo a poner la ropa. Me voy. No subo las escaleras para ir a casa, salgo a pasear por el Puerto Viejo.

Es de noche, hace un poco de frío, un frío relativo, solo hay que

subirse el cuello para dejar de sentirlo. Voy caminando, sin pensarlo, hacia el faro, un paseo que hacemos todos al atardecer porque es el lugar más bonito para ver la puesta de sol. Pero ahora, en la oscuridad, no se ve nada interesante, y además es peligroso, hay mafiosos haciendo negocios, gente que va a drogarse a la que podrías molestar, pervertidos que se masturban mientras observan a los drogadictos que se pinchan a resguardo de un bloque de cemento. Sin embargo, continúo caminando. El sonido de las olas me tranquiliza. Edmond me sigue. Me alcanza en la punta del malecón. Nos quedamos en silencio durante mucho tiempo, escuchando el chocar del agua con las grandes rocas de abajo. Yo fumo. Él dejó de fumar hace años, pero saca un encendedor para darme fuego.

Le cuento lo de las violaciones. Él no debería estar ahí, en ese muelle, esa noche, conmigo. No tengo nada que ofrecerle, aún no tengo ni veinte años, una máquina de guerra ha pasado por encima de mí, si se acerca demasiado se llevará un escupitajo de odio en la cara que no es para él. Yo tampoco debería estar aquí. Tengo que avanzar en mis estudios, enamorarme de un chico o una chica de mi edad, aprender a vivir ahora que soy libre. No tengo nada que hacer en este dique, a esta hora de la noche, con este viejo casanova. Aun así, le cuento lo mismo que les conté a mis amigas. Excepto que él es un adulto, alguien que tiene poder en la vida real, distancia, discernimiento, y la historia, que es la misma, no se escucha de la misma manera. Me pide un cigarrillo. Se lo lío. Tose un poco al dar la primera calada y luego se lo termina con gusto. Tira la colilla al agua negra del mar. No decimos nada más. De repente estamos cansados, todo el cansancio del mundo cae sobre nosotros. Me da vergüenza habérselo contado, pero es demasiado tarde, ya está hecho. Le gustaría poder decirme que no hay nada de que avergonzarse. Me toma de la mano. Me la tomará durante veinte años.

Pasó algún tiempo hasta que acepté considerar las sugerencias de Edmond. Durante varios meses rechacé con todas mis fuerzas la idea de presentar una denuncia. ¿Qué podía hacer por mí ese sistema podrido? ¿Qué sabía el presumido del psiquiatra sobre la vida de la gente como nosotros? Pero, poco a poco, las piezas fueron encajando. Acabé hablando con mi madre. Pasamos más de un año, desde mis revelaciones, pensando en alguna vía alternativa y nos estancamos. Un día, durante una conversación telefónica, nos dimos cuenta de que estábamos en un callejón sin salida.

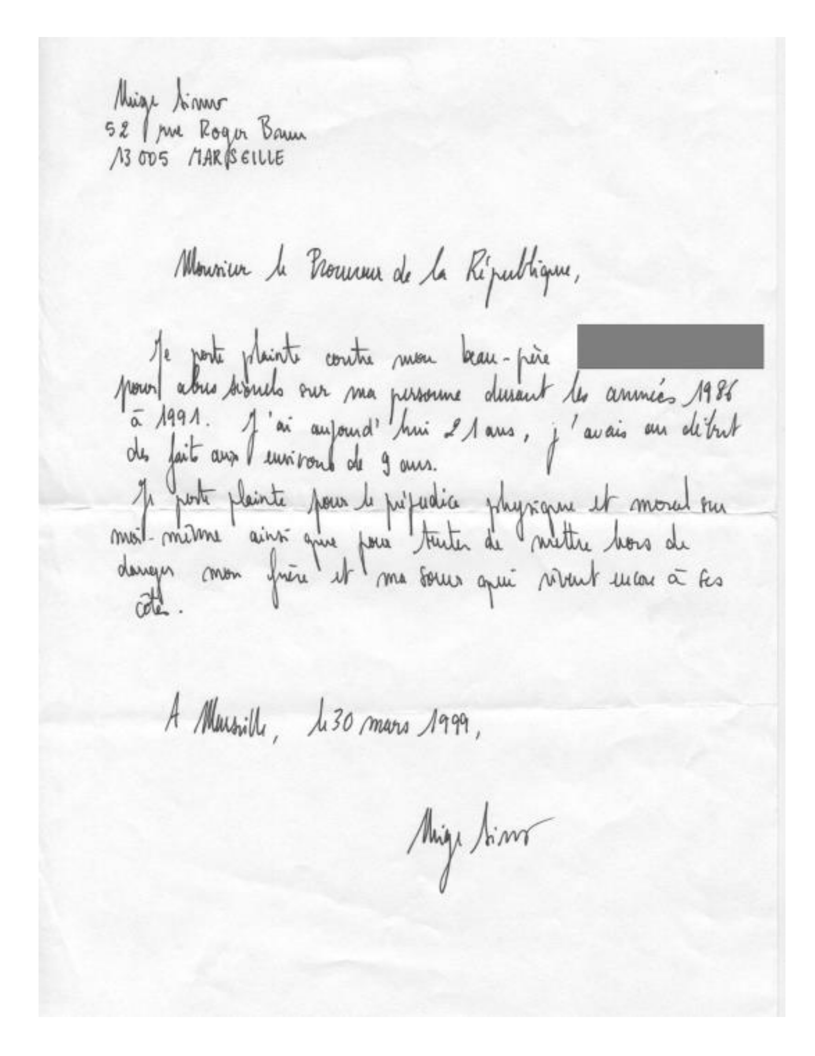
Yo, veintiún años, desde una cabina telefónica en una calle concurrida de Marsella, rabia contenida: No queda otra, tienes que dejarlo.

Ella, cuarenta y tres años, en casa, preocupada de que la descubran conspirando: No puedo.

Yo: Pero cómo, ya ha pasado un año.

Ella: No sé cómo hacerlo.

Yo: Si no hay más remedio, pondré una denuncia. Y si no quieres hacerlo conmigo, lo haré sola.



Neige Sinno
52 rue Roger Brun
13005 MARSEILLE

Monsieur le Procureur de la République,

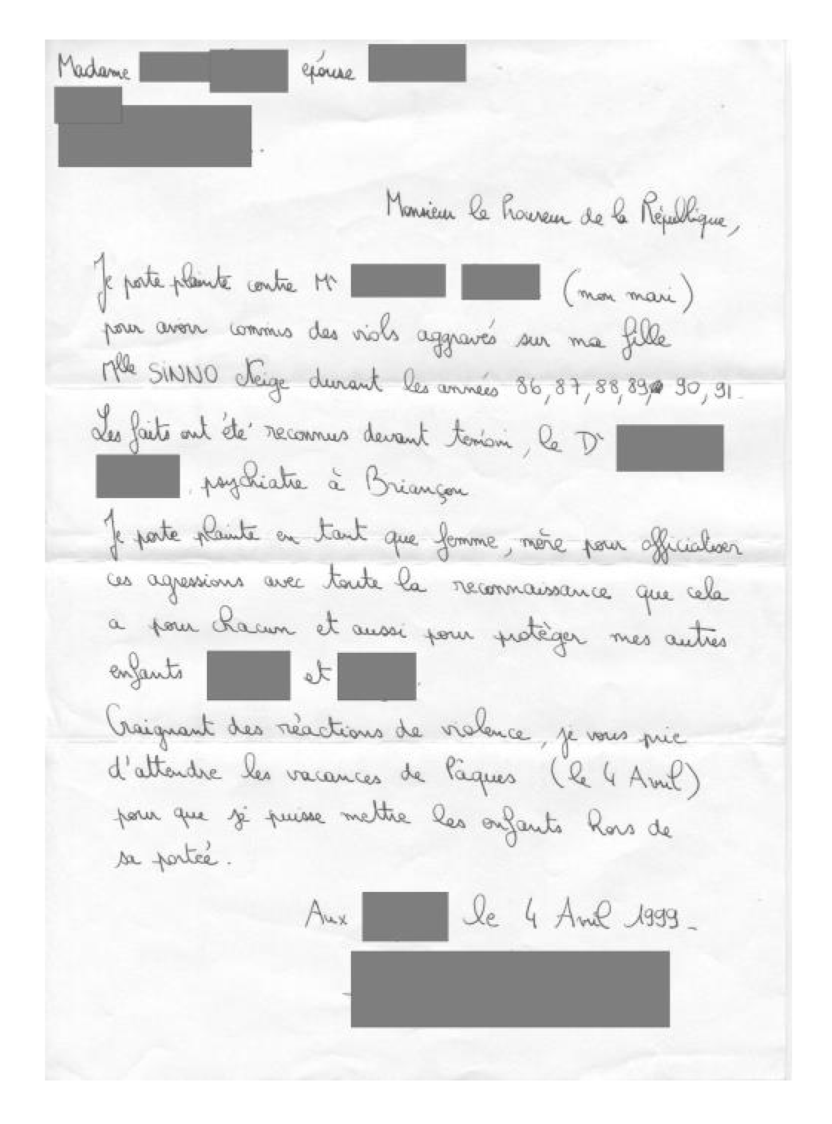
Je porte plainte contre mon beau-père [redacted] pour abus sexuels sur ma personne durant les années 1986 à 1991. J'ai aujourd'hui 21 ans, j'avais au début des faits aux environs de 9 ans.
Je porte plainte pour le préjudice physique et moral sur moi-même ainsi que pour tenter de mettre hors de danger mon frère et ma sœur qui vivent encore à ses côtés.

A Marseille, le 30 mars 1999,

Neige Sinno

Neige Sinno / 52, calle Roger Brun / 13005 Marsella / Estimado Sr. Procurador de la República: / Acuso a mi padrastro, el Sr. ..., de haber cometido abusos sexuales sobre mi persona entre los años 1986 y 1991. Hoy tengo 21 años, cuando empezaron los hechos tenía

alrededor de 9. / Lo denuncio para que sea reconocido el daño físico y moral sobre mí y también para intentar poner a salvo a mi hermano y mi hermana, que siguen viviendo con él. / Marsella, 30 de marzo 1999.



Madame [redacted] épouse [redacted]

[redacted]

Monsieur le Procureur de la République,

Je porte plainte contre Mr [redacted] (mon mari) pour avoir commis des viols aggravés sur ma fille Mlle SINNO Neige durant les années 86, 87, 88, 89, 90, 91.

Les faits ont été reconnus devant témoin, le Dr [redacted], psychiatre à Briançon

Je porte plainte en tant que femme, mère pour officialiser ces agressions avec toute la reconnaissance que cela a pour chacun et aussi pour protéger mes autres enfants [redacted] et [redacted].

Craignant des réactions de violence, je vous prie d'attendre les vacances de Pâques (le 4 Avril) pour que je puisse mettre les enfants hors de sa portée.

Aux [redacted] le 4 Avril 1999.

[redacted]

Sra. ... / Estimado Sr. Procurador de la República: / Acuso al Sr. ... (mi esposo) de haber cometido violaciones agravadas sobre mi hija la señorita SINNO

Neige durante los años 86, 87, 88, 89, 90, 91. Los hechos han sido reconocidos frente a un testigo, el Dr. ..., psiquiatra en Briançon. / Denuncio como mujer y madre para oficializar dichas agresiones con todo el reconocimiento que eso tiene para cada uno y también para proteger a mis otros hijos ... y ... / Temiendo reacciones de violencia, le ruego por favor que esperen a las vacaciones de Semana Santa (el 4 de abril) para poder poner a los niños a salvo. / En ..., 4 de abril 1999.

En la práctica, presentar una denuncia es increíblemente fácil. Solo tienes que escribir una carta y enviársela al fiscal. Ese es solo el primer paso. Habrá muchos otros después, que siguen a ese primero, pero este es decisivo. Puede ser una carta breve y sencilla. No es necesario que esté bien escrita, mecanografiada o impresa desde una computadora, ni que tenga un estilo formal. Tampoco necesitas un abogado. Solo unas palabras en una hoja de papel. Nos habrá llevado un total de cinco minutos a cada una. Yo, con mi estilo lacónico y mi letra irregular, y mi madre, con su hermosa caligrafía de maestra de escuela primaria, propia de personas sin estudios secundarios.

Unos días después de la denuncia, al comienzo de las vacaciones de Semana Santa, mi madre se llevó a los niños a algún sitio y los agentes de policía fueron a recoger a mi padrastro a la casa. Lo esposaron y lo pusieron bajo custodia en una celda de la gendarmería, luego lo interrogaron y lo trasladaron a prisión preventiva. Permaneció allí dos años, el tiempo que se necesitó para constituir el expediente para el juicio.

Explorar el abismo

Un juicio no permite establecer la verdad. Permite confrontar varias versiones de un mismo hecho, o serie de hechos, de un mismo acontecimiento, sus consecuencias y lo que está en juego, para negociar, si es posible, una versión común, o lo más parecido a una; y, si no se puede, entonces será el jurado el que decida qué versión será la elegida por la sociedad.

Cuanto más lejos de los hechos, cuanto más impensables son, más difícil es confiar en la fidelidad de los recuerdos. Es bastante extraño, porque el recuerdo traumático se queda muy grabado, tiende a repetirse como una película, a veces incluso involuntariamente, en los momentos de abandono, en los sueños. Y, sin embargo, esta película en la que estamos inmersos a nuestro pesar tal vez no represente lo que en realidad ocurrió.

Eso no significa que no pueda sentir el vacío del que tan bien habla Annie Ernaux en *Memoria de chica*: «Explorar el abismo entre la espantosa realidad de lo que ocurre, en el momento en que ocurre, y la extraña irrealidad que reviste, años después, lo que ha ocurrido».

Puedo percibir ese abismo cuando se refiere a otros momentos del pasado. Cuando llegué a México, por ejemplo. Me veo en las fotos y me pregunto quién era esa chica. Trato de recordar lo que sentía y vivía. Puedo contar la historia de su llegada desde varios ángulos, lo que la difumina hasta el punto de convertirla en varias historias distintas. Recuerdo una sensación de estar maravillada y confundida a la vez, pero en mi memoria se mezclan los viajes que hice, los pueblos de Chiapas, el desierto, las sandalias de cuero que llevo en las fotos, me parece todo muy lejano, alejado de mí, del yo que soy hoy, no exactamente como si formara parte de una ficción, pero casi.

Por el contrario, todo lo que tiene que ver con las violaciones se ha actualizado tantas veces desde que ocurrieron, probablemente todos los días, que se ha quedado congelado en mi cerebro y regresa siempre de la misma manera. Una forma en la que se funden las sensaciones de demasiada realidad e irrealidad, como si fuera una sola sensación, la de una revuelta de todo el ser que, al rebelarse contra lo que no puede dejar de ocurrir, se aniquila a sí mismo.

Para mí, la niñez sigue siendo ese país de negras mañanas de sol del poema de Alejandra Pizarnik.

> Recuerdo mi niñez
> cuando yo era una anciana
> Las flores morían en mis manos
> porque la danza salvaje de la alegría
> les destruía el corazón
>
> Recuerdo las negras mañanas de sol
> cuando era niña
> es decir ayer
> es decir hace siglos

Recuerdo los lugares. Tengo una memoria visual muy pobre, pero aún recuerdo detalles de esos lugares. A veces incluso los olores vuelven a

mí. Es probable que me mantuviera inmóvil mucho tiempo, mirando a mi alrededor mientras él se dedicaba a sus asuntos. Tal vez yo me fijaba en los detalles del mundo exterior para tratar de pensar en otra cosa. O tal vez fue un efecto colateral de la disociación. La parte que se disocia del cuerpo, al quedar libre para vagar por la atmósfera, aunque sin poder escapar del todo, comienza a registrar elementos aleatorios, detalles extraños del escenario, enigmas materiales.

Recuerdo la primera casa en la que vivimos, el largo pasillo que usábamos para ir al baño y una alfombra azul grisácea, lo que me permite hoy ponerle fecha al inicio de los abusos con más exactitud que cuando presenté la denuncia. Recuerdo el sótano de la casa a la que nos mudamos después, los baúles metálicos con el equipo de escalada, apilados unos encima de otros, sobre los que él me tumbaba. Una gran sala en obras, y él esperándome de pie junto a la estufa. Una habitación de invitados en casa de alguien. Una habitación infantil en casa de su hermano. Una colcha de color mostaza con flecos. Un dormitorio verde botella en casa de mi abuela materna. El sótano de la tienda de deportes donde trabajaba. Recuerdo el olor a cera para esquís. ¿Cómo pudo ser tan atrevido? Podrían haber entrado clientes. Yo iba al club de esquí. Los días de entrenamiento acompañaba a mi padrastro al trabajo, le hacía una felación y luego me preparaba los esquís y esperábamos al instructor del club, que llevaba a los niños en su vieja Mehari. Recuerdo coches. Tiendas de campaña, un camping. Un chalet prestado. Y todas las habitaciones de la casa, desde el sótano hasta el ático.

Casi no tengo recuerdos de esa época, aparte de las escenas de violación. Apenas recuerdo qué hacía en el colegio, quiénes eran mis amigos, qué actividades practicábamos en nuestro tiempo libre. He podido reconstruir parte de eso hablando con mi hermana, pero en mi cabeza es algo vago y borroso, mientras que el resto tiene una increíble y terrible precisión.

Sin embargo, ¿con qué grado de certeza puedo decir que lo que recuerdo es lo que realmente sucedió?

Zona gris

En el juicio es muy importante demostrar que yo no estaba de acuerdo. Mi abogada recuerda que tuvimos una discusión sobre el placer y el consentimiento. Para mí era obvio que no había consentido en ningún momento, y mi padrastro lo confirmó. Por otro lado, él no paraba hasta que yo tuviera un orgasmo. Incluso recuerdo que me concentraba en conseguirlo, ya que de lo contrario tardaría siglos. Su placer era darme placer en contra de mi voluntad. Al proporcionarme ese placer me estaba haciendo cómplice de mi violación. A sus ojos, y a

los ojos de la sociedad en la que vivíamos. Tal vez pensaba que esa cortina de humo del orgasmo también funcionaba para mí. Excepto que yo, como lo estaba viviendo, sabía que el orgasmo no es necesariamente placer.

Sin embargo, a veces funciona. Eso es lo que hizo que Ludovic Degroote dudara durante mucho tiempo de la capacidad de la palabra *violación* para describir lo que vivió. En su poemario *Un petit viol* [Una pequeña violación], la ausencia de puntuación acentúa el caos mental:

> cuando leo el periódico siempre leo historias sobre violaciones y durante treinta años me he pregun- tado si mi propia historia también es una violación si la palabra es correcta si en el fondo mi responsabilidad por todo lo que ha pasado no me impide ser una víctima yo también he tenido placer [...].

Esta cuestión del disfrute físico era un tema importante para la gente de la época. Christine Angot habla de ello en sus libros; los periodistas están muy interesados en saber si sintió «placer», como aparece en la entrevista que transcribe en *Viaje al este*:

> –... Y sin ser demasiado íntimos, pero estamos hablando de cosas muy íntimas... Desde el punto de vista sexual, ¿solo era desagradable? ¿O había una mezcla?
>
> –¿Quiere decir placer?
>
> –Sí.
>
> –¿Alguien le pregunta a un niño maltratado si le han hecho daño? ¿Por qué le preguntan a un niño violado si ha tenido placer? A un niño maltratado le humillan los golpes, a un niño violado, las caricias. En ambos casos son estrategias de humillación. El incesto es una negación de la filiación, que pasa por el sometimiento del niño a la satisfacción sexual del padre. O de un personaje poderoso de la familia. ¿Qué placer puede encontrar un niño en saber que está sometido, humillado y degradado, que su vida se ha ido al cuerno y su futuro está en peligro? ¿Qué placer puede sentir?

Luego está el tema del consentimiento. Un niño que no se resiste, que no corre a buscar ayuda, que no se enfrenta a su agresor arañándole en la cara (evidentemente son imágenes ridículas, ningún niño hace algo así cuando el agresor es su maestro, su tío, su padre, su prima, que se acerca a él con gestos que se parecen al cariño; pero supongamos que es posible), ¿significa que consiente lo que se le impone?

Es muy difícil determinar, más allá de los hechos en sí, lo que se entiende por consentimiento. ¿A qué nos referimos? ¿A lo que el niño hizo? ¿Lo que parece que hizo? ¿Lo que sintió o parece haber sentido? ¿Lo que dijo? ¿Lo que podría haber dicho, pero no pudo decir? Por esa razón, unas leyes que establezcan claramente que un niño no puede consentir facilitarían el trabajo a todos, incluso a los violadores, que a

menudo se disculpan imaginando que se les ha abierto la puerta de algún modo.

En general me parece fabuloso que haya zonas grises en la vida. Si bien son límites vagos, que permiten los excesos y los abusos, también son el terreno de la responsabilidad, de la elección y del libre albedrío. Son el territorio de la literatura, de la filosofía, incluso de la ciencia. El mundo de los adultos es a menudo gris, de mil tonos de gris, y tanto nuestras victorias como nuestras derrotas se ven erosionadas en los bordes por el carácter corrosivo de ese gris. Pero los niños y las niñas no viven entre grises, viven en blanco o negro.

Aunque no podamos decir que la puerta estaba abierta de par en par, ¿no es posible que estuviera ligeramente entreabierta de todos modos? Se podía ver la luz, se filtraba bastante, parecía una señal de que se podía entrar. ¿Seguro que no dejaste la puerta entreabierta? Por error o por miedo a las represalias, quizá no la cerraste. ¿Cómo puedes estar segura? Pero, si se decide desde el principio que no se trata de saber si la puerta estaba abierta o no, si la forzaron o empujaron suavemente, porque no hay puerta, eso nos libra de una cuestión importante sobre la que no hay que vacilar.

El cuarto de un niño siempre está abierto. Un niño no puede abrir o cerrar la puerta del consentimiento. No llega al picaporte. Simplemente no está a su alcance. Hay víctimas adultas que tampoco llegan, porque están por los suelos, llevan demasiado tiempo allí o están sometidas al control de algún tirano u otras circunstancias por el estilo, pero ese es otro debate y, en efecto, ahí puede haber una discusión, una negociación, con un jurado de por medio o un mediador que ayude a las versiones irreconciliables a encontrar un punto de contacto o un margen de incertidumbre en sus respectivas zonas grises.

Me hubiera gustado incluir aquí otro documento de archivo. Se trata de un *collage* de fotos que mi madre realizó, a petición de nuestra abogada, en los días previos al juicio. La defensa se preparó a toda prisa, tal vez porque nos informaron de la fecha del juicio en el último momento, cuando yo estaba en Estados Unidos. Unos días antes del juicio, nos pidieron que encontráramos testigos. Si no hay testigos que hablen a tu favor, solo estarán los del acusado y solo se escuchará su palabra, le dijo la abogada a mi madre. Y, además, si ven a una chica de veintitrés años resplandeciente en el estrado, los jurados no podrán hacerse una idea exacta de la situación, van a pensar que es una persona adulta la que está denunciando. Necesitamos enfatizar que ella era menor. Podríamos presentar unas fotos de ella en la época en la que empezaron los abusos. ¿No lo entiendes?, dijo la abogada. Si no insistes en los detalles concretos, y si tu hija sigue diciendo que está en contra del encarcelamiento, él puede salir libre al final del juicio. La semana que viene sale libre y pide la custodia compartida de sus dos hijos. Nos

presionó, tal vez porque tenía miedo de perder el caso, porque no había preparado bien su alegato. Teníamos que esforzarnos si de verdad queríamos que nos escucharan.

Por lo que respecta a los testigos no pudimos hacer gran cosa. Marianne, a quien había contado los abusos antes de poner la denuncia, aceptó tomar la palabra. Una amiga de mi madre propuso ir también para manifestar en nombre de nuestros amigos cercanos la desolación y la culpa que sintieron al descubrir lo que había pasado sin que se dieran cuenta, así como su solidaridad con nosotras. Ese acto de valentía les valió mi gratitud eterna y también la obligación de esperar durante horas en una antesala en compañía de la decena de testigos que venían a hablar a favor del acusado.

En cuanto a las fotos, mi madre se encargó del asunto. Siempre le han gustado las manualidades, recortar imágenes de los periódicos, coser, arreglar cosas, así que elaboró un *collage* de fotos mías para repartirlas entre los miembros del jurado. La obra terminada no era sobria, obviamente, porque la sobriedad nunca fue su estilo. No utilizó adornos ni cinta fluorescente, pero el papel en el que se pegaron mis fotos era de color rosa fucsia. Le salió precioso. Si esta prueba no se hubiera perdido como el resto, la habría incluido en estas páginas a modo de ilustración.

Siempre tenemos que volver a las fechas, a los hechos, a los actos concretos, a las fotos de niña. Desde el principio se corre el riesgo de perderse en ese retorno, en esa interpretación interminable. A la incertidumbre sobre la legitimidad de mi denuncia se añade la ambivalencia de una resiliencia aparente. El hecho de que yo haya podido salir adelante le quita a mi violador algo de culpabilidad a los ojos del jurado, a los ojos del mundo. Incluso a mis propios ojos. Si me hubiera hecho algo realmente grave, no podría estar donde estoy. Muchas veces me dije: estás viva, tu cerebro funciona, eres libre de irte, de pensar, de vivir. ¿De qué te quejas?

Reo ejemplar

El desenlace judicial de este caso no es representativo; al contrario, es parte de los pocos que llegan hasta el final. De por sí, la mayoría de las víctimas no presentan denuncia (menos del 10 % en Francia). La mayoría de las que se presentan son desestimadas o descalificadas. Los últimos datos oficiales de estadísticas judiciales muestran que el 74 % de las denuncias por violación (ya sean de adultos o de menores) son desestimadas, que el 50 % de las que son investigadas se rebajan a agresión sexual o a delitos sexuales, y que finalmente solo el 10 % de

ellas se juzgan en el Tribunal Penal de Menores, con un descenso del 40 % en las condenas por violación en los últimos diez años. El 10 % del 10 % es realmente poco: significa que solo un caso entre cien llega al juez. Eso deja pocas probabilidades de una sentencia penal. Sin embargo, ese fue nuestro caso. Mi padrastro fue condenado a nueve años de prisión. Probablemente fuera porque las violaciones empezaron cuando yo era una niña, duraron mucho tiempo, cumplieron criterios de gravedad y fueron perpetradas por una persona con autoridad.

Sobre todo, pasó porque él asumió y admitió los hechos.

No sé por qué lo hizo. Si hubiera sido mi palabra contra la suya, estoy segura de que no me habrían creído.

Así que se puede decir que me ayudó, de alguna manera, hay que reconocerle ese mérito. ¿Buscaba una forma de redención? ¿Un perdón? No lo sé. No lo creo, al menos no mi perdón, que nunca me pidió. Creo que dejé de existir para él cuando presenté la denuncia, o quizá antes. Puede que nunca haya existido para él, en su mundo, en su universo paralelo, sino como un objeto vagamente vivo pero carente de subjetividad. En el juicio habló de mí, delante de mí, en tercera persona. No sé por qué confesó. ¿Debo estarle agradecida por ello? No lo creo. Simplemente ocurrió así por razones que dependen solo de él: de nuevo una decisión en la que no tuve nada que ver, mi vida siendo indiferente de nuevo. Pero es cierto que, si hubiera mentido, todo habría sido peor.

Entre los pocos papeles que encontré en las cajas cuando buscaba el expediente perdido, me topé con una carta que él mandó a mi madre cuando estaba en la primera fase de la prisión preventiva. Es casi ilegible, debido al papel de fax en el que se recibió o se copió. Es increíble hasta qué punto todo lo relacionado con él está grabado en mí como en piedra. Como si a través de su letra pudiera oír su voz. Reconozco la forma en que traza las letras como reconozco su manera de mirar, la forma en que exhala brevemente después de una frase, cómo respira, todos los detalles de su persona. No lo he vuelto a ver desde el juicio, hace veinte años, y al ver el vídeo publicitario que publicó en internet sobre su granja ecológica reconocí su parpadeo nervioso cuando sonríe ligeramente para ocultar el estrés.

La copio tal cual. Solo cambio los nombres de mi hermano y mi hermana. Mantengo las faltas de ortografía y la ausencia de mayúscula en mi nombre. No es un borrador escrito rápido. Quería decir todo eso tal como se dice en esa carta. La escribió y pidió a la administración de la cárcel que se la enviaran a mi madre vía fax. Sabía que la leerían, que pasaría a formar parte del expediente; y, si hubiera tenido la oportunidad de hablar en este libro, tal vez se habría defendido de esa manera.

La copié, la introduje en el texto y luego la borré. En la carta le dice a

mi madre que está harto de sus consejos y lecciones, que le gustaría que avanzaran juntos hacia una vida mejor para todos, porque él está sufriendo, sabe que ella también, que los niños están sufriendo. Sabe que va a ser condenado a prisión, pero, por lo que dice, parece que está pensando en volver con ella cuando salga, rehacer su vida familiar. Pide que se le escuche, que se le comprenda. Explica que con sus actos nunca ha pretendido hacer daño a la hija de mi madre, ni siquiera a neige, ni a su propia hija. Quizá buscaba a la hija de Sammy (pero no violarla, añade entre paréntesis). El detonante de sus acciones fue la negativa de la niña a ser su hija, aunque podría haberlo sido si hubiera querido.

Borro la carta porque es insoportable. La negación de la víctima en esas frases parece una omisión casual. Se refiere a las violaciones como su «problema con neige» o su «situación con neige». Explica que yo no tuve nada que ver, que solo fui un agente perturbador, un desencadenante. Insiste una vez más en que le horroriza la insinuación de que él pueda haber abusado de otros niños. Es absolutamente imposible que toque a uno de sus hijos, sería una infamia.

Yo ya me conozco todos esos argumentos desde hace mucho tiempo. Cuando me los exponía en persona, con el magnetismo de su presencia y su poder de persuasión, me creía su lógica. Por escrito es más inestable, más absurdo, más vulnerable también. Siento que esas ideas no son transferibles al papel, son mecanismos que solo funcionan en la materia, en la densa neblina de la vida. Cuando lo escuchaba, sus palabras adquirían una dimensión trágica. Sentía con fuerza la imposibilidad de amarlo, una percepción tan dura y hermosa como un diamante que brilla por todas sus facetas. Si hubiera podido dar un paso hacia él, un gesto de aceptación de su ternura humana, no habría sentido la necesidad de hacerme daño. Pero nunca lo hice. No le dejé otra alternativa.

Qué asco, qué monstruoso es todo esto. Lo reconozco. Pero, a pesar de todo, yo no quería que él fuera a parar a la cárcel. El encierro me parecía que no guardaba proporción con la naturaleza particular de la violencia que me impuso. También temía que saliera sin haber cambiado.

La razón por la que yo no quería presentar una denuncia era que estaba y sigo estando en contra de la prisión, políticamente hablando. Tenía veinte años, mi entorno se componía principalmente de estudiantes de Filosofía y Letras, y de punks, que tenían más o menos las mismas razones para dudar del sistema. Había leído textos de Michel Foucault. Creo que la cárcel aliena a los presos y no los prepara para reintegrarse en la sociedad. Los vuelve más peligrosos al cortar sus vínculos sociales y victimizarlos, lo que alimenta su deseo narcisista de venganza. Hablé porque quería proteger a mi hermano y mis hermanas. Le pedí a mi madre que los mantuviera alejados de él. De inmediato,

ella pensó en pedirle que lo viera un psiquiatra. Mi padrastro aceptó y durante unos meses asistió a sesiones con uno de Briançon. Llamémosle Plumaje, porque me veo obligada a proteger su identidad, aunque como médico eligió su postura y debería, en mi opinión, responsabilizarse de ella. El Dr. Plumaje dictaminó que ese hombre no era peligroso para sus hijos, y nos aseguró a mi madre y a mí que no existía riesgo de que reincidiera, que presentar una denuncia no era la solución. Así que mi padrastro concluyó su ciclo de sesiones de terapia y reanudó su vida, siguió con su dominio sobre todos. Mi madre quería pedir el divorcio, él se negó, no le veía sentido, y argumentaba que un divorcio sería traumático para los niños.

Así que acabamos presentando una denuncia, porque no encontramos otra forma de alejarlo.

En el juicio dije que estaba en contra de la cárcel, que no creía que lo ayudara en nada estar encerrado, y que a mí no me ayudaba, añadía culpa a toda aquella con la que ya cargaba. Pedí que lo apartaran de la familia y lo condenaran a un tratamiento profesional obligatorio.

Pero los juicios no están para complacer a las víctimas. Es la sociedad la que decide, a través de sus representantes, lo que es bueno para sí misma, no para las víctimas ni para los delincuentes. Así que lo condenaron a indemnizarme económicamente y a nueve años de cárcel, sin que estuviera obligado a recibir tratamiento alguno.

En el momento en que ocurrió el juicio ya había pasado dos años en prisión preventiva en una ciudad en los Alpes. Luego, tras la condena, fue enviado a una cárcel más grande en Marsella. Mi hermano y la más joven de mis hermanas solían visitarlo allí. Él pedía que le hicieran llegar pequeñas cosas, tabletas de chocolate, galletas, un par de zapatillas. Les incomodaba tener que hacerlo, como si les pidiera que entraran en la ilegalidad con él. Pero lo hacían de todos modos. Tenían que ir a verlo. Así es la ley. Mi madre intentó evitarles ese calvario, pero el juez la amenazó con quitarle la patria potestad si no cumplía con sus obligaciones. Eran menores, su padre tenía derecho a verlos, quisiera ella o no.

Ella los llevaba a la prisión, pero no entraba. Entraban con acompañantes voluntarios. Tenían doce y trece años en el momento de la detención.

Le cayeron nueve años, pero solo cumplió cinco. Preso modelo, rebaja de la pena. Es típico de los delincuentes sexuales. Son los niños buenos de la cárcel. Mi padrastro incluso consiguió que lo enviaran a Córcega, a una cárcel piloto donde los reclusos pueden pasearse por la naturaleza. Es una prisión poblada sobre todo por tipos que han violado a niños, porque los delincuentes sexuales no suponen ningún peligro, por lo

general no son violentos, no amenazan al personal ni a otros reclusos, y se reintegran en la sociedad sin hacer ruido.

Guillaume Massart realizó en 2017 un documental titulado *La libertad* sobre esta prisión de Córcega, Casabianda. Alberga a unos 130 reos, que viven en un edificio penitenciario situado entre el mar y una finca forestal de 1.500 hectáreas. La mayoría de ellos han sido condenados por delitos sexuales intrafamiliares. Por supuesto, la idea no es establecer una estructura menos dura que la prisión clásica, un trato especial para los violadores de niños. Simplemente son reclusos dóciles, que no se fugan, que cumplen penas muy largas y que tienen tiempo para dedicarse al trabajo manual, al campo. Uno esperaría mucha atención psicológica, diversos tratamientos terapéuticos, pero no es así. Sigue siendo una cárcel para castigar, no para curar. Se los castiga de forma diferente. Se considera que la gravedad de su delito y su vergüenza son lo bastante graves para no necesitar más.

El documentalista no se había propuesto hacer una película sobre violadores. Quería hablar del paisaje carcelario, de la cuestión del encierro y de la vigilancia extrema, de las lógicas de control de los cuerpos. No pensaba dialogar con los presos, pero enseguida se encontró con que lo invitaban a entrar en una celda porque eran ellos los que querían hablar con él. Trató de encontrar la postura correcta ante esas personas. No ponerlas a una distancia demasiado grande, ni empatizar con ellas. La película va y viene en esa vacilación. Al final opta por la empatía, sobre todo con uno de los detenidos, que es, a su vez, una antigua víctima. Durante un paseo por el bosque aledaño, mientras las sombras de las ramas se mueven en su rostro, el recluso cuenta frente a la cámara su terrible pasado de niño prostituido por sus propios padres.

En algunas entrevistas, el director del documental es más complaciente. Reconoce que los violadores son, por lo general, las personas peor tratadas en las cárceles tradicionales. A menudo son víctimas de palizas y violaciones en grupo. Nadie los escucha, nadie reconoce su sufrimiento; con la película por fin tuvieron un oído atento que escuchara sus palabras.

Sienten remordimientos. Les gustaría entender lo que han hecho, pero no pueden hablar de ello, lo niegan. Aunque están rodeados de hombres condenados a la privación de libertad por los mismos motivos, no lo discuten entre ellos, no se sienten unidos en ese tema. Pueden reunirse en el trabajo y en la convivencia de la vida cotidiana, mantenerse juntos, pero no forman una comunidad de arrepentidos. Cada uno vive en su propia jaula infernal de soledad.

Creen que no los ayudamos lo suficiente. Todos se sienten víctimas de un trato injusto. No intentamos comprenderlos. Los juzgamos demasiado rápido, dice uno de los reclusos, no vamos lo bastante lejos

al preguntarnos por qué han llegado a eso. La sociedad los excluye, los considera infrahumanos, monstruos que no pueden cambiar, pero en realidad son seres humanos, tienen sentimientos, sufren. Hablan una y otra vez de sí mismos, de la indiferencia que padecen.

No creo que sea cierto que la sociedad no intente comprenderlos. Tengo la impresión contraria. Nos preguntamos mucho cómo y por qué llegaron allí. Ese es el centro secreto de nuestro mundo, ese mal impensable que nos constituye. Basta con ver la cantidad de periódicos que se dedican a investigar y documentar ese tipo de delitos para percibir la fascinación que generan.

En todo caso, yo siempre me he hecho esas preguntas. Y cuando veo las imágenes de esos presos mirando tristemente al mar, con el cuerpo doblado bajo el peso de la culpa, pero aún abriéndose camino hacia un futuro posible, veo a mi violador, sus andares, sus manos en los bolsillos. Me pongo una vez más en su lugar, adivino lo que está pensando, las respuestas que podría darle al director, puedo intuir cuándo es sincero y cuándo busca la aprobación del público.

Nunca ha sido capaz de sentarse tranquilamente a observar un paisaje, inmóvil, en contemplación, pero, mientras camina por la playa, a veces se siente atrapado por la belleza. Piensa en sus hijos. Lamenta que hayan tenido que crecer sin padre por su culpa. ¿Piensa en mí? ¿Piensa que he tenido que crecer sin infancia, sin inocencia, sin ilusiones, por su culpa? Es posible que de vez en cuando se le pase por la cabeza ese pensamiento, pero es un pensamiento tan insoportable que lo aparta instintivamente. Se dice a sí mismo que yo soy fuerte, que seguramente he logrado reconstruirme. O tal vez no piense nada, me ha borrado. Tal vez, en cambio, tenga recuerdos del placer que sintió al dominarme, de la sensación de control absoluto. Tal vez en el fondo esté orgulloso de haberse atrevido a experimentar lo que tan poca gente se permite experimentar. Al menos llevó su deseo hasta el final, y asume las consecuencias.

¿Qué es exactamente un monstruo sino un ser tan fuera de lo común que no podemos comprenderlo, que no puede comprenderse a sí mismo? ¿Por qué no son monstruos esos tipos que metieron su sexo erecto en el cuerpo de sus hijitos y les susurraron al oído en voz baja para que nadie los escuchara que los amaban más que a nada en el mundo? No quieren que los definan solo por sus acciones. Seguramente tienen, como decía mi madre, su lado bueno. Una vez fueron niños inocentes, pero sus acciones de adultos los han transformado en otra cosa. Y si esa cosa no es un monstruo, no sé qué es.

Para una antigua víctima es demoledor ver un documental como ese, que se pone del lado de la humanidad de los maltratadores. La víctima es abstracta en la película porque está ausente de la imagen y del escenario. No tiene voz. Aparece poco en los discursos de los detenidos, que, al mencionar su crimen, lo llaman un «error», incluso una

«estupidez». Hablan sobre todo de su culpa, de su idiotez, de lo mal que se sienten. Dicen que entienden que lo que hicieron fue grave, pero nunca hablan de ello de forma concreta. Ninguno de ellos admite haber violado a un niño, a una niña, a varios, en más de una ocasión, a veces durante años, lo que es, sin embargo, la razón por la que fueron condenados.

Probablemente sea normal que no puedan afrontar la gravedad de sus actos. Si pudieran hacerlo de verdad, se suicidarían. Que creo que es la única salida honorable para un violador de niños. Morir de vergüenza. Pero no, no se suicidan (son las víctimas de violencia sexual en general las que se suicidan, no los maltratadores); reclaman su derecho a una segunda oportunidad. Y nosotros, la sociedad, que los condenamos a una larga pena de prisión, optamos por creer que deben tener derecho a esa segunda oportunidad, ya que la condena un día llega a su fin. Su deuda está saldada. Pueden salir.

And then I see a darkness.
(Y, de repente, veo una sombra.)

WILL OLDHAM

Treinta años después, algunas consideraciones sobre el trauma

Un día me di cuenta de que todo había terminado: los abusos, la infancia, la familia. Ya podía irme y vivir mi vida. Pensé que era libre. Pero nunca se es completamente libre, porque nada termina en realidad y, si te conviertes en otra persona, esa parte de noche también sigue su camino. Él ya no estaba allí. Ya no podía alcanzarme. Yo podía salir al mundo, conocer gente, hablar, reír, sin miedo a que me buscara. Pero adondequiera que iba, en cualquier momento, veía su sombra.

Las personas que no están familiarizadas con el tema se imaginan las consecuencias de una violación repetida durante muchos años en términos sexuales. Piensan que quienes han pasado por ello deben de tener problemas con su sexualidad. Sí, ciertamente tenemos ese tipo de problemas, pero, en realidad, para un superviviente de abuso, los problemas sexuales son a menudo la menor de sus preocupaciones. Hay que considerar que la violación es más una cuestión de poder que de sexo. Si no tenemos en cuenta ese componente, nos perdemos todo el fenómeno. En el artículo que habla de la violencia como válvula psicológica, Nicolas Estano, psicólogo clínico experto en el tribunal de París, explica que «la violación, en lugar de ser principalmente una expresión de deseo sexual, consiste más bien en el uso de la sexualidad para expresar cuestiones de poder o de ira. Se trata, pues, de un acto pseudosexual, un conjunto de comportamientos sexuales más relacionados con el estatus, la hostilidad, el control, la dominación, que con la sensualidad o la satisfacción sexual». La depredación sexual no tiene tanto que ver con el placer físico como, sobre todo, con una relación de dominación, es decir, con el poder. Eligen esa forma de agredir porque es una manera de dominar, de sujetar al otro, que va más allá de las otras formas posibles.

Tenía una omnipotencia sobre mí que lo hacía sentirse un

superhombre durante las violaciones. Podía decidir mi vida o mi muerte. Esa identidad de monstruo que todos rechazan después en un momento dado la encarnaron con un goce demencial. Ser un monstruo, una vez que la sociedad te mira, es ser infrahumano; pero, cuando nadie te ve, eres un rey.

Este tema de la dominación es válido para entender a los agresores, explica sus motivos y el funcionamiento de la descarga psicológica en la agresión, pero también es útil para entender a las víctimas. Una persona violada es sobre todo una persona que ha estado bajo el yugo, bajo el control de alguien que ha tenido un poder absoluto sobre ella durante un tiempo. La dominación sexual es una manera de sumisión que llega hasta los fundamentos del ser.

Hubo momentos en los que deseé que dejara de controlarse, que me matara de una vez por todas y terminara con eso. Cuando me di cuenta de que en realidad había una salida, se iluminó algo dentro de mí. La revelación de que solo soportaría lo que pudiera soportar, de que podría irme si quisiera, me ha sido de gran ayuda a lo largo de mi vida. Aquel día, cuando me imaginé muerta, probablemente morí un poco, y el fantasma que me sobrevivió es el que ha podido aguantar hasta hoy. La que no pudo aguantar se fue adonde tenía que ir; la otra, la que quería quedarse, soy yo. Pero la división no es tan sencilla y nos lo recordamos constantemente la una a la otra. Porque no se ha ido lejos, mi parte maldita, a menudo oigo su respiración rápida, su voz jadeante, veo su reflejo en los espejos, se cuela en mis sueños. Siempre está ahí, esperando quién sabe qué.

Por lo tanto, las consecuencias de la violación van mucho más allá del ámbito circunscrito a la sexualidad y afectan a todo, desde la capacidad de respirar hasta la de hablar con los demás, de comer, de lavarse, de mirar imágenes, de dibujar, de hablar o permanecer en silencio, de percibir la propia existencia como una realidad, de recordar, de aprender, de pensar, de habitar el propio cuerpo y la propia vida, y de sentirse capaz simplemente de ser.

No obstante, puedo compartir algunas anécdotas de carácter más o menos sexual para no defraudar a los lectores que consideran que el sexo es un factor determinante y que han tenido la paciencia de leer estas pequeñas memorias hasta aquí.

Como muchos hombres que abusan de niños, mi padrastro me pedía a menudo que le practicara sexo oral. Es un acto que se puede realizar fácilmente, sin hacer ruido, que no deja rastro. Se podría decir que ofrece una buena relación calidad-precio. También es un acto que permite disfrutar de la dominación total. Meter el pene en la boca de un niño significa penetrar no solo su cuerpo, sino también su cabeza. Hay

otras agresiones que van a la cabeza, es cierto, y al corazón también, pero el sexo en la boca, concreta y simbólicamente, denota una fuerte sumisión y obliga a la víctima a participar. No solo no se puede ignorar lo que ocurre o disociarse completamente como en el caso de otros actos que se producen en los órganos sexuales, por ejemplo, porque hay que chupar bien, evitar que los dientes hieran la tierna piel del pene, sino que además hay que *hacer* algo, uno no es pasivo, no puede esperar a que pase. En resumen, puede que esté explicando esta recurrencia de la felación en los actos que se exigen a los niños y niñas de forma un poco simple y es probable que tenga otras razones profundas. En cualquier caso, con los años me he convertido en una experimentada practicante de la mamada a pesar de mí misma. Por supuesto, siempre tenía que tragarme el semen al final. Era parte del acto, y nunca lo cuestioné. Incluso mucho tiempo después, cuando fui libre con mi vida y mi sexualidad, seguí tragándomelo todo sin excepción.

Un día me di cuenta de que se podía escupir. Creo que tenía más de treinta años cuando se me ocurrió. Fue un descubrimiento, una pequeña iluminación. Me hizo darme cuenta de que seguía reproduciendo un poco la violación en mis prácticas, que en realidad no me gustaba hacer felaciones y que las hacía sin pensar por complacer a mi pareja, convocando mentalmente vías de escape, sin una disociación real, pero con algo de ausencia de todas formas. Escupir me permitió, sobre todo, afirmar que ya era libre de hacer lo que quisiera. Se abrió un pequeño espacio de variación en la mamada que la transformó. Empecé a sentir verdadero placer, a jugar con los gestos, las caricias, y espero con cierta impaciencia el momento del orgasmo para escupir en mi mano ese líquido pegajoso que ya nadie me obliga a tragar. Es una delicia, una alegría intensa cada vez, una alegría que no necesita mostrarse, a veces una sonrisa traviesa y ligeramente maniática debe de asomar a mi cara e intrigar de forma vaga a mi pareja.

En la misma línea, prefiero decir la verdad. Es probable que haya que explicar la relación entre lo uno y lo otro, porque no me refiero a la relación entre escupir y contar la verdad como si ambas cosas fueran a expulsar algo tóxico de uno mismo. Me gusta decir la verdad incluso cuando una mentirita sería bienvenida. Al igual que con el rechazo a tragar el semen, tengo la sensación de que ese acto me fundamenta en mi libertad para elegir lo que hago. La mentira se me impuso durante muchos años. No tenía otra opción. Ahora, aunque a veces las consecuencias sean importantes y no merezca la pena, digo la verdad con aplomo, y con gusto.

Espero que no les ofenda el uso de la palabra *mamada* en estas líneas. Una de mis amigas se sintió agredida, tuvo la impresión de que con ese lenguaje intentaba arremeter un poco contra mi lectora para que percibiera el horror del

> acto, como si no entendiera lo suficiente, como si intentara meter el dedo en la llaga con una palabra vil. No es esa mi intención en absoluto. Una vez más, el lenguaje se vuelve tortuoso cuando se trata de pasar de una esfera a otra. En la esfera del trauma, las palabras que utilizaba mi agresor se convirtieron en tabú para mí, están marcadas por la abyección. Es una coincidencia. Decía *sexo*, *lamer*, *chupar*, *acariciar*, *pito*. Decía que era *guapita* o *mona*. Me hacía *mimos*. Apenas utilizo estos términos, no los soporto y no he luchado por reintroducirlos en mi vocabulario, por darles una nueva vida asociándolos a nuevas prácticas. Simplemente los he eliminado. En cambio, no tengo ningún problema con *mamada*. En francés practicar sexo oral se dice, entre otras formulaciones, *tailler une pipe*, literalmente *tallar una pipa*, o *sacar punta a una pipa*. Me encantan esas palabras, me parecen divertidas, siempre me hacen pensar un poco. ¿Qué relación hay entre una felación y una pipa? No lo sé. La pipa me recuerda al cuadro de Magritte, con ese subtítulo que cuestiona la noción de representación («Esto no es una pipa»). Para mí no son palabras vulgares, incluso me llevan a asociaciones de un carácter bastante intelectual, porque, cuando en francés se *taille une pipe*, no se está tallando, ni sacando punta, a ninguna pipa, se está haciendo, como ocurre a menudo, algo distinto de lo que se dice que se está haciendo, y eso se vuelve aún más evidente por la falta de tecnicismos en las palabras que utilizamos para expresarlo.

Hoy en día se habla de visiones más avanzadas de la sexualidad en las que la penetración no supone el centro de la relación sexual. Muchos violadores de niños siempre lo han sabido. Sobre todo porque la violación ha estado vinculada mucho tiempo en nuestro imaginario y en nuestras leyes con el acto de penetrar. Así que lo evitan, hacen otra cosa, y eso les permite convencerse de que lo que están haciendo no es realmente una violación, el abuso sexual es menos grave, y mantienen a su víctima en un estado de incertidumbre que le impide encontrar las palabras para hablar.

Recuerdo que quería que sucediera. Lo quería por curiosidad, quería saber qué se sentía, y además sería la confirmación de que lo que me estaba haciendo era, en efecto, violarme. Hasta entonces no estaba del todo segura. Mi padrastro esperó mucho tiempo, por lo que sucedió más o menos al mismo tiempo que un cierto despertar de mi conciencia. Tenía doce o trece años. Recuerdo la alegría que sentí en la primera penetración, por fin alcanzaba un poco de claridad, por fin sabía qué diablos estaba pasando.

Porque fui violada

Me llevó mucho tiempo aprender a apreciar las relaciones normales y superficiales con la gente. Siempre buscaba una cierta intensidad en mis

amistades y mis amores, incluso si se trataba de una noche o de un viaje en autostop con un desconocido. Había aprendido a funcionar en ese espacio, el resto me parecía insípido. La tortura crea una loca burbuja de intimidad en la que empiezas a existir a ojos de la otra persona, y esa otra persona existe a tus ojos de la forma más honesta posible. Al menos eso es lo que creemos, eso es lo que nos hace creer la situación de desnudez total en la que nos encontramos. Como una droga dura, sumergirse en una circunstancia extrema da la sensación de vivir más intensamente. Es una sensación de verdad absoluta. Es una falacia, por supuesto, pero no es fácil deconstruir una percepción que todos tus sentidos, todo tu ser, han vivido como una experiencia insuperable.

Un tema central para los supervivientes de abusos sexuales es el de la imagen de sí mismos. En la adolescencia y en la edad adulta, el niño maltratado se convierte en un narciso como cualquier otro, pero un narciso enfermo que, al contemplar su imagen, ve un monstruo espantoso, un cuerpo deforme, un rostro feo. No, no es feo. Ni está deformado. Es algo distinto. Una se mira en el espejo y ve lo que ve el violador. Un cuerpo deseable. Ni bello ni feo, pero capaz por su propia naturaleza de suscitar deseo, de despertar apetitos de destrucción, de sadismo, de tortura. Es un cuerpo demasiado bello o demasiado feo, irresistible; en ese sentido es monstruoso, repugnante. Son un cuerpo y un rostro que tienen propiedades nocivas, que atraen irremediablemente, pero que no atraen la contemplación ni la admiración ni la ternura, sino la necesidad de apoderarse de ellos y, de todas las maneras posibles, mancillarlos y destruirlos.

Sin embargo, sigues mirándote. Recuerdo haber escrutado el espejo con una curiosidad morbosa. Percibía mecanismos completamente locos que funcionaban en un tiempo concentrado: amor y odio, fascinación y rechazo, mecanismos casi superpuestos, simultáneos; y podía verlos actuar y luchar unos contra otros para dominar el escenario. Es doloroso, lo sabes, pero sigues mirando, porque al mismo tiempo es cautivador.

Cuando voy a comprar ropa, en los probadores, siempre ocurre ese desajuste perturbador. He aprendido, como el maestro yogui, a dejar que esos pensamientos y sensaciones pasen ante mí como productos de la mente (en parte), y les permito hacer su efecto exprés mientras intento que no me afecten demasiado. Todavía lloro casi siempre, pero sé que se me pasará pronto. Me miro a mí misma, y la visión de mi cuerpo me hace llorar. Es una confirmación, a través de la imagen del espejo, de que tengo un cuerpo, de que existo como cuerpo y no solo como un pequeño y valiente cerebro o como un ojo que mira hacia fuera y hacia dentro con una curiosidad inocente. Esta constatación me duele, se sobrepone a la percepción de la unicidad de ese cuerpo: solo tengo uno, tiene sus límites, límites que no puedo controlar. No es ni

bonito ni feo, pero lo odio.

Así que oscilamos entre la ropa provocativa y los jerséis gruesos, la lencería sexy y las botas de campo, todo ello en un intento de comprender la lógica de la atracción-repulsión que, de todos modos, nunca entendemos, porque no hace más que cambiar, y sus cambios no están sincronizados con los de la entidad pensante que mira, analiza y construye juicios a partir de lo que percibe. Odio comprar ropa. El probador es un calvario. Sin embargo, también odio ir mal vestida.

Me gustaría tanto estar a gusto con la ropa algún día. Como dice Virginia Woolf, ¡ah, la desconocida felicidad de poder pasear, feliz, con un vestido nuevo!

> La vergüenza del espejo ha durado toda mi vida, hasta mucho después de que terminara mi etapa de joven marimacho. Ahora soy incapaz de empolvarme la nariz en público. Todo lo que guarda relación con el vestir –las pruebas, entrar en una estancia llevando un vestido nuevo– todavía me atemoriza; por lo menos me produce inhibición, timidez, incomodidad. No hace muchos años, en Garsington, pensé: «Oh, si fuera capaz, como Julian Morrell, de correr por el jardín con un vestido nuevo», recordando aquella ocasión en que Julian abrió un paquete, se puso un vestido nuevo y echó a correr, dando vueltas y vueltas, como una liebre.

Algunas palabras me hicieron sentir asco durante mucho tiempo. El término *violación* era impronunciable. Es contradictorio, porque también me liberó. Recuerdo que cuando pude ponerle esa palabra a lo que me pasaba sentí un soplo de aire fresco dentro de mí. Pero tardé un tiempo en adaptarme. Incluso ciertas palabras que no tienen nada que ver, pero que se parecen un poco o contienen las sílabas de *violación*, provocaban en mí un rechazo instintivo: *violeta*, *violín*, *viola*, *violonchelo*, *ravioli*. Solo tengo que volver a oírlas hoy para que se me tense el cuerpo automáticamente. Cada vez menos. Antes era como una pequeña descarga eléctrica. Ahora se ha convertido en un malestar temporal.

Durante años, muchas cosas me daban asco. La leche, la carne, los pelos, el sudor. Las reacciones de repulsión se atenuaron. Me queda cierta aversión por algunos olores, algunas texturas, por formas de hablar, por algunos gestos.

También tengo pesadillas, pero ya he hablado de ello y, a menudo, después de unas horas, unos días en el caso de las más duras, se me pasa.

Cuando se examina todo esto con lupa, no parece tan grave. Es cierto, no es casi nada, esta historia de asco, estas pequeñas vergüenzas y pequeñas victorias. Es una red de rarezas y manías como cualquier otra, todo el mundo las tiene. Las rarezas de quien ha sido violado están relacionadas con eso, parece muy lógico. El problema es que, durante mucho tiempo, para mí, lo quisiera o no, eligiera reprimirlo o exaltarlo,

todo estaba relacionado con eso. Sigue siendo así hoy en día, aunque haya momentos de calma en los que pienso en otra cosa, aunque no todo me lleve a eso. Sigue estando ahí. En ese sentido, él ganó y no puedo evitarlo. *Damaged for life*.

Si me piden que nombre mi mayor cualidad, o una cualidad que me defina, digo que soy valiente. Lo digo casi sin pensarlo, ni siquiera sé si estoy realmente orgullosa de ello. Lo digo porque creo que es cierto. Esa es mi cualidad. La partera que me acompañó durante el nacimiento de mi hija dijo eso de mí, que era valiente, y sin embargo no solía halagar a las parturientas y había visto una gran cantidad de partos antes del mío. Ella tenía más de setenta años, había perdido dos hijos pequeños, pero en ese momento de terror y gracia que compartimos, cuando la muerte nos rozó, a ella y a mí, a Max y a nuestra pequeña, que aún no tenía nombre, me miró a los ojos y vio lo que había: el miedo, la tristeza, la rabia, la esperanza, mil cosas, pero lo que vio sobre todo fue esa valentía inmensa, una fuerza a la vez cruel e inocente, casi obscena en su intensidad, ese deseo de enfrentarse a las tinieblas.

A eso se refería la abogada cuando mencionaba mi increíble determinación para librarme de ese hombre, la fuerza que opuse para tomar las riendas de mi vida. No me obligó a ser valiente. Fue la respuesta que elegí dar a la agresión. Pero, a pesar de todo, viene de ahí. Mi mayor cualidad, la que invoco en los momentos de angustia, cuando todo parece perder el sentido, proviene de esta experiencia, de lo que él me hizo.

Fue él quien construyó mi personalidad. Lo bueno y lo malo. La parte genial y la parte horrible.

Soy así y asá, y eso y aquello deriva directamente de la infancia que tuve.

Me resulta difícil estar segura de que existo. No sé cómo defender mi espacio corporal. Me dejo invadir con facilidad.

Tengo una vida interior. Una gran vida interior, infinita y secreta, totalmente mía. Recuerdo que cuando era pequeña pensaba que, con lo que estaba viviendo, la cárcel no sería nada, podría pasar años encerrada en una caja y, a pesar de todo, conseguiría vivir en mis pensamientos. Puedo pasar por cualquier situación y, aun así, tomarme un momento para mí y pasear por mi mundo propio.

A menudo trato de ocultar mi inteligencia por miedo a provocar la ira de personas poderosas que podrían ofenderse. En las relaciones profesionales me coloco sistemáticamente en posiciones de subordinación.

Tengo una capacidad muy alta para disociarme. Me puedo concentrar durante horas en algo y no perder el hilo, independientemente del contexto, del ruido, de la gente que me rodee. Puedo pensar con detenimiento en un problema de traducción en medio de una fiesta con

música a todo volumen.

Tengo poca memoria. Soy incapaz de aprenderme nada de cabeza, ni siquiera el poema más corto. En mi cerebro solo hay lugar para recuerdos concretos, sobre los que no tengo control, y para recuerdos muy borrosos que han llegado a adquirir realidad, una cierta precisión, a pesar de su falta de detalle original, a fuerza de ser convocados obsesivamente.

Tengo una alta tolerancia al dolor. Puedo ignorar mi cuerpo, mi mente y mis emociones si así lo decido. Puedo pasar una semana entera sin comer.

A veces caigo en un pozo, un agujero negro, profundo. No puedo ver el fondo. Me lleva tiempo salir de ahí.

Siento atracción por lo subversivo. Y también repulsión.

Soy visceralmente incapaz de creer en nada espiritual. No tengo fe. Las cosas del alma me dejan, en el mejor de los casos, indiferente; en el peor, me inspiran lástima o desprecio. La frase de Nietzsche que dice que el arte es lo único que da sentido a la vida me parece muy acertada, también revela que fuera del arte nada tiene sentido, todo es perfectamente cruel y absurdo.

Crecí en la mentira. Esa mentira me constituye. Incluso está relacionada con el descubrimiento de mi identidad. Cuando me di cuenta de que tenía que mentir, el «yo» se me apareció como si fuera mío, como si fuera yo. Creo que antes no era consciente de la soledad absoluta que constituye cada ser humano en su individualidad. Es decir, descubrí mi identidad al mismo tiempo que tenía que ocultar lo que me ocurría. Mi mundo interior se forjó en la conciencia de que era una extraña para el mundo exterior, al que no podía revelar quién era realmente. Ese secreto, y saber que lo sobrevivía, fue mi fuerza. Si lo hubiera dejado salir, habría hundido a toda mi familia con unas palabras. Lo supe muy pronto. Recuerdo haber jugado en mi mente, en momentos de enfado, a imaginar lo que pasaría. Tengo una imagen vívida de estar fregando los platos mientras mi madre toma té con una amiga. Me enfada que me pongan otra vez a fregar, que mantengan una conversación de adultos a la que no me han invitado, que no me presten atención cuando me gustaría formar parte de ese momento íntimo. Friego los platos con rabia, con una esponja de doble cara, y pienso en la frase que podría decir: «Ha estado abusando de mí desde que era pequeña. Por eso lo odio. No ha parado de violarme». Lo repito mentalmente cada vez más fuerte. ME VIOLA TODOS LOS DÍAS. Camino sobre ese hilo tendido entre dos acantilados, entre el mundo de antes y el de después de esa frase. ME VIOLA. VIOLA. VIOLA. Por un lado, la existencia tal y como la conocíamos; por el otro, un mundo nuevo que comenzaría con esa frase, seguida de la reacción de las dos mujeres y lo que vendría después. Sería una secuela horrible, lo sé. Esta vez sí que estaríamos en la miseria. Él tendría que irse, ir a la cárcel. Mi madre, sola con cuatro

hijos. Nos colocarían en hogares, en casas de acogida. Mi hermano y mis hermanas no tendrían una infancia feliz. Pero yo tendría mi pequeño momento de gloria. Una palabra sería suficiente. VIOLA. Si mi lengua tropieza con la frase, como en los sueños en los que la boca se te convierte en una vil pasta cuanto intentas levantar la voz, siempre puedo gritar eso o escribirlo en la pared con mi esponja. V.I.O.L.A. Cinco letras. Y todo cambiaría. Pero no digo nada. Termino con los platos. No digo nada, pero sé que tengo ese poder. Me asusta. Sé que la familia depende de mí. Sé que mi palabra puede hacer que las cosas sucedan. Mi silencio también. En mi secreto, ante mí misma, soy orgullosa. Vigilo celosamente mis poderes.

Idealizo la infancia, a mi padre, a la gente feliz.

Pienso a menudo en la persona en la que me habría podido convertir si no me hubiera pasado eso.

Tengo un temperamento adictivo, pero no tengo ninguna adicción, las mantengo bajo estricto y constante control. Las contemplo, magnánima, y ellas me miran con una sonrisa desafiante.

No me gusta que me cuenten ningún secreto. Sin embargo, si lo hacen, soy una tumba, nunca he dado información que se me haya pedido guardar. Mi silencio es oro.

Él me ha mostrado su lado oscuro, y el mío propio, y el de toda la humanidad, para que, cuando me encuentre con los malditos, los condenados, los desgraciados, pueda mirarlos a los ojos como mis semejantes. No se equivocan, saben que no tengo capacidad moral para juzgarlos.

Sé que la verdad no está en el lenguaje. Sé que la verdad no está en ninguna parte. Sé que la narrativa puede provocar una experiencia que no es necesariamente de la misma naturaleza que lo que se dice. La ficción es lo que más me interesa del mundo, siempre lo ha sido. Me fascina ese orden de cosas en el que se dice algo distinto a lo que se dice. Donde es natural que lo dicho remita a otro lugar, a una sombra del lenguaje donde la verdad espera sin decirse. Fue mi padre quien me enseñó a leer, no mi padrastro. Fue mi padre quien me dio mis armas propias, el refugio en el mundo imaginario, el gusto por la soledad. Con ese descubrimiento nació el amor por la literatura. Pero mi padrastro me introdujo en la duplicidad del lenguaje y del silencio. Es desde ese conocimiento íntimo, desde ese odio, que escribo.

En realidad no es él como tal. Todo se debe a lo que me hizo. O, como dice April Ayers Lawson, «a la violación. Porque [fui] *violada*». Porque fui violada. Porque fui violada.

Me parece interesante el uso de la forma pasiva, ya que su significado resuena profundamente en mí. Más allá de una construcción gramatical que vuelve a la víctima objeto de una acción cometida por un sujeto (el violador), como en la frase «Mi padrastro me violó», esta forma, «fui

violada», enfatiza la acción sufrida más que a la persona responsable de esa acción. Además, en esa frase, el sujeto soy yo. El violador incluso desaparece de la oración. La forma pasiva representa una situación en la que actúan fuerzas externas, una situación de impedimento, de imposibilidad de acción, en la que el libre albedrío se pone entre paréntesis.

Mi padrastro también se percibía a sí mismo manejado por fuerzas que lo superaban. Se sentía abrumado por esas fuerzas, como una Fedra atormentada que cede al deseo que siente por su hijastro Hipólito. Esto se llama a veces «compulsión». Hasta hace poco, esta incapacidad de controlarse en materia emocional y sexual se consideraba una «pasión» (se hablaba de «crimen pasional»).

El carácter incontrolable de las pasiones humanas es uno de los grandes temas de la literatura. Son fuerzas subversivas. Nos fascinan porque amenazan el orden social. Son una afirmación de la potencia del individuo, que, al abrazarlas, se rebela contra un mundo que intenta reprimirlas, domarlas. Las pasiones en la obra de Faulkner son así, pulsiones incontrolables y fuerzas del destino que vemos desatarse, sin que nadie pueda hacer nada para controlarlas, como tormentas o inundaciones. El deseo en Sade es una fuerza de la naturaleza, algo indomable que funciona como un mecanismo desatado, más allá del bien y del mal, porque no pertenece a un sistema moral, sino a un sistema de vida pura. ¿Acaso somos responsables de los deseos que sentimos si los experimentamos a nuestro pesar, si son ellos los que actúan sobre nosotros y no al revés?

Así era como mi padrastro se refería a la situación: algo que le había sucedido a él, que nos había sucedido a los dos, no algo que quisiera hacer o que hubiera decidido establecer. Él era la víctima, e incluso una víctima cuyo verdugo era yo, la niña que había activado el mecanismo en él con mi mera existencia.

No estoy planteando dudas sobre la responsabilidad de la víctima en la violación, no se preocupen. Por lo que a mí respecta, no hay dudas sobre el lugar del culpable. Como ya dije, un buen suicidio me parecía más adecuado que pasar años en prisión. Pero me obligó a entender su punto de vista cuando era niña y lo sigo entendiendo hoy. Lo entiendo de otra manera, con cierta distancia. ¿Podría comprender ese razonamiento si no hubiera estado en algún momento en su corazón? No lo sé. De todos modos, lo que él quería decir es que no había nada que pudiera haber hecho para resistir la necesidad de violarme. Yo tampoco pude hacer nada para resistirme. Podrías habérselo contado a alguien, creen algunos. Según ellos, yo también podría haber buscado ayuda. Pero en realidad no se puede. Esa es la naturaleza peculiar del fenómeno del abuso sexual infantil: no se puede hablar de él; aunque se quiera, no se puede. Supongamos, pues, que a él se le impuso el mismo extraño silencio que a mí, por fuerzas externas contra las que no pudo

luchar. Supongamos que casi todo lo que pasó, las violaciones, la imposibilidad de contárselo a nadie, la imposibilidad de resistir la necesidad de hacerlo una y otra vez, durante semanas, meses, años, fue algo que le ocurrió. Asumámoslo de verdad, no retóricamente, hagamos el esfuerzo, porque hay una probabilidad nada despreciable de que esto sea cierto en algunos casos, aunque quizá no sean muchos; y aunque, incluso en esos pocos casos, sea improbable que no exista en algún momento la posibilidad de elegir las propias acciones. Démosle el beneficio de la duda.

Si así fuera, lo que le ocurrió, violar a una niña a la que debía proteger, cambió su existencia de tal manera, tuvo un impacto tan fuerte en su ser que todo lo que ha hecho desde entonces, e incluso todo lo que había vivido antes, todo lo que hará o dirá o pensará a partir de ese momento, está relacionado con ese suceso, con esa situación, con ese infierno. El incesto lo hizo. Y, si llevamos este razonamiento a su conclusión lógica, yo también lo hice a él.

Cada violación es única. Toda historia de amor u odio se basa en un acervo común, pero, cuando la vives, se convierte en única. Si hubiera cometido una violación diferente, se habría convertido en un hombre diferente. De todos modos, siempre juró que nunca podría haber reincidido con otra niña u otro niño. Le ofendía mucho que alguien pudiera imaginar, como mi madre y yo, que quisiera violar a mis hermanas y a mi hermano. Le indignó que se le condenara para proteger a otras posibles víctimas. Le parecía inconcebible que hubiera otras víctimas potenciales. Nunca habría violado a un niño nacido de su sangre. Mi hermana menor, que tiene solo dos años menos que yo, que se parece a mí y que también vivía en la misma casa, recuerda tocamientos. Pero con ella no llegó más lejos. Eso es algo que nos pasó a él y a mí, y que define todo lo que somos hoy.

Siguiéndole el rastro al tigre

Una niña muerta dice: soy la que se sofoca de terror en los pulmones de la viva. Que me saquen de ahí ahora mismo.

ANTONIN ARTAUD

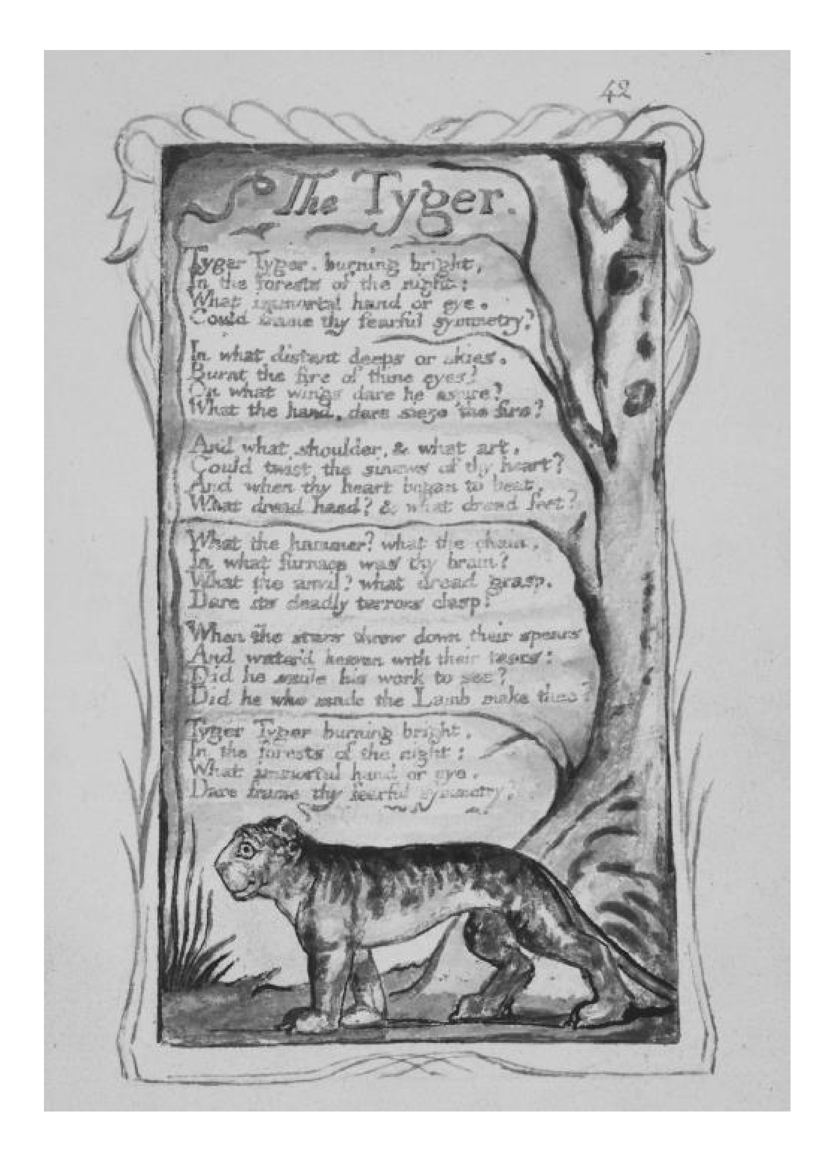
Llevas eso contigo, de diversas formas, toda tu vida.

En 2013, tras varios meses de negar la realidad y de tratamientos de medicina alternativa, decidí operarme de un quiste en el ovario que había alcanzado unas proporciones dignas de meterlo en formol y pasearlo por los congresos médicos para asombrar a los colegas. No me dolía, pensé que era una buena señal y, además, me habían dicho que, a veces, los quistes ováricos desaparecen por sí solos. Entre sesiones de

terapia neural, acupuntura, tratamiento psicocorporal y visitas al ginecólogo, en lugar de desaparecer mágicamente o incluso reducirse un poco como me hubiera gustado, el tumor crecía y crecía.

Al final, durante una estancia en Francia, fui a consultar a un especialista. Los médicos de Briançon me trasladaron de urgencia a Marsella y allí me operaron en las semanas siguientes. Efectivamente, se trataba de un cáncer de ovario, bastante invasivo, y había que apurarse si quería salvarme. Tenía treinta y cinco años.

Aún no había leído *Tigre, tigre*, el libro que Margaux Fragoso publicó en 2011, en el que relata cómo, de niña, conoció a un vecino amable y un poco excéntrico, que tenía animales exóticos y le ofrecía toda la atención que no le procuraba su familia; todo ello, al tiempo que abusó de ella durante diez años. Había leído algunas reseñas que alababan la calidad literaria del libro, pero me preguntaba si merecía la pena sumergirse en un mundo tan cruel, con descripciones precisas de las violaciones, del control psicológico y de la repulsiva relación tóxica entre la víctima y su torturador, cuyos respectivos sufrimientos se unían para formar una jaula en la que ambos estaban atrapados como animales atormentados.



El título proviene de un poema de William Blake, uno de los más conocidos en lengua inglesa, extraído de *Canciones de inocencia y de experiencia*, que escribió en Londres durante el convulso período de la Revolución francesa. En él, Blake despliega visiones místicas, parábolas inspiradas en la Biblia, entre la iluminación y el terror, en versos e imágenes poderosos y sugestivos. Como todos los poemas de las *Canciones*, construidos según el modelo de los ritornelos infantiles, «The Tyger» describe el complejo entrelazamiento de la oscuridad y la luz en la creación. El tigre es un depredador, un animal feroz, espantosamente bello, ardiente y destructor. Es una figura inspirada en

Prometeo, y representa el fuego y la muerte. Su insondable violencia plantea un enigma al universo.

¡Tigre! ¡Tigre!
Llama ardiente en las selvas de la noche,
¿qué ojo, qué mano inmortal
pudo forjar tu terrible simetría?
[...]
Cuando los astros arrojaron sus lanzas
y cubrieron los cielos de sus lágrimas,
al contemplar su obra, ¿sonrió?
¿Aquel que creó al cordero también a ti te creó?

A diferencia del poema del cordero, que es su doble inocente y contiene respuestas cristalinas, este está construido como una cascada de preguntas sin respuesta. Me gusta esa ilustración donde sale un extraño tigre, muy distinto del que uno se imagina al leer los versos, que no se parece al animal real, ni amenazador ni furioso, solo una extraña bestia con cabeza humanoide, un poco torpe, que es, sin embargo, la encarnación del mal en la tierra.

¿Aquel que creó al cordero también a ti te creó? Esta es la incógnita de mi obsesión. Está muy cerca del cuestionamiento fundamental que pone fin al proceso racional de análisis, que delimita el momento en que solo se puede renunciar. Y, tal vez, reanudar el pensamiento, pero de otra forma, una forma espiritual hacia la que no todo el mundo está dispuesto a ir. ¿Acaso mi violador y yo fuimos creados de la misma arcilla? ¿Hasta qué punto nos parecemos? ¿Hay realmente alguna posibilidad de que yo lo entienda? Estas preguntas están mezcladas, no todas tienen el mismo significado, no todas apuntan a los mismos procesos, pero todas arden con el mismo fuego.

Si todos somos iguales, creados por la misma energía, el tigre y el cordero acabarán uniéndose, según la lógica que hace decir al marqués de Sade que el bien y el mal provienen de una única e indiferente fuente de vida. Por supuesto, para mí, el tigre del poema siempre representó al violador. Así que, cuando vi el título *Tigre, tigre* elegido para una novela sobre la violencia sexual, felicité por dentro a Margaux. Bien hecho, compañera, pensé.

Siempre nos encontramos estas preguntas en los testimonios de las víctimas: ¿por qué?, ¿por qué esto?, ¿por qué yo? A veces, esas preguntas hacen que las víctimas necesiten enfrentarse a sus agresores, sobre todo cuando han desaparecido de su vida después de las agresiones. No pueden escapar al deseo imperioso de comprender qué fue lo que les pasó. Sin embargo, y esto es una terrible frustración, tanto

si el violador es tonto como si es un tipo sádicamente inteligente, sigue siendo incapaz de dar una respuesta que nos ilumine de verdad. Solo puede hablar de sí mismo, de su punto de vista, de sus motivaciones conscientes o inconscientes. E incluso cuando nos han elegido como víctimas, entre otros niños, la explicación de por qué nos han elegido nunca nos da las claves para avanzar en la vida. Porque nunca nos eligen en función de nosotros mismos, sino siempre en función del victimario. Los depredadores suelen ser narcisistas y hablarán de sí mismos: a veces consiguen arrastrarnos a un delirio compasivo, en especial si ellos mismos fueron víctimas antes de ser culpables.

Esta imposibilidad de captar lo que hay de culpable en ellos, de comprender el origen del mal, de localizar una disfunción que pueda remediarse, nos impide también cumplir con la necesidad de dar sentido y, por tanto, de hacer justicia.

En su investigación sobre el genocidio de Ruanda, Jean Hatzfeld registró primero la experiencia de las víctimas, a las que no se les puede pedir que resuelvan el enigma del odio al que se las sometió. En un segundo libro, tres años después, entrevistó a asesinos en prisión y se dio cuenta de que los asesinos tampoco nos ayudan a entender. «Los que lo hicieron tienen algo más que recuerdos elementales, más que detalles acerca de cómo se hicieron las cosas, tienen secretos en el alma», dice uno de los presos, pero no hay nada en sus historias que nos permita penetrar en esos secretos. Como demostró Hannah Arendt, los verdugos se prohíben pensar en sus actos, y esa ausencia de pensamiento profundo les permite sobrevivir. El periodista se sorprende de la ausencia de pesadillas entre los entrevistados. «¿Cómo es posible? De todos los criminales de guerra, el asesino de un genocidio es el menos atormentado.» Si hay algún remordimiento, solo se dirige a ellos mismos, a su vida desperdiciada, a su desafortunado destino. Todos se presentan como buenos chicos, a los que el perdón de las víctimas y de la sociedad les permitiría volver a llevar una vida honesta, como antes del genocidio.

A la pregunta de por qué los soldados cometen los peores abusos en los escenarios de conflicto, una vez escuché a un gran historiador de las dos guerras mundiales responder: «Porque pueden». Es una respuesta que puede sonar a nada, pero la dijo con una profunda melancolía, fruto de toda una vida de investigación sobre la guerra, el mal y la violencia. Violan porque pueden, porque la sociedad se lo permite, porque les han dado permiso; y cuando un hombre tiene permiso para violar, viola. Como si el mal fuera una posibilidad siempre presente en nosotros, que, en las condiciones de potencial barbarie, se manifestara automáticamente. Ese es el verdadero teatro de la crueldad.

En 2017, seis años después de la publicación de su libro, el nombre de Margaux Fragoso volvió a aparecer en los periódicos. Había muerto, a los treinta y ocho años, de un cáncer de ovario. Nunca quise creer en la hipótesis esotérica de que mi cáncer pudiera estar relacionado con lo que me había ocurrido de niña, como afirmaban mis amigas hippies, pero esta coincidencia me hizo dudar.

Mientras estaba en el hospital de la Concepción de Marsella, un amigo con el que había perdido el contacto cuando me fui a vivir al extranjero también estaba hospitalizado, en el hospital de la Timone, por un cáncer de pulmón. Estuvimos muy unidos durante el tiempo que viví en Marsella. Era cuatro o cinco años mayor que yo. También él tenía su historia, y la enfermedad lo había alcanzado en la flor de la vida. Lo había maltratado de niño la mujer de su padre, una madrastra loca de celos y odio. Encerrado en armarios, humillado, tratado como un esclavo. Se había escapado de adolescente y había vivido toda una vida al margen, a veces esplendorosa, a veces tóxica cuando caía en profundas depresiones, descargando su ira contra alguien más débil que él. Abandonó a sus hijas, golpeó a sus novias y cometió toda una serie de actos reprobables, sin caer nunca en la abyección total, al borde del abismo, buscando una salida. Vivía en una cochera sin ventanas, al lado de una casa okupa en el barrio de La Plaine, trabajaba en un taller de ebanistería durante el día y pasaba las noches en vela caminando por la ciudad con sus pasos de gigante, jugando a videojuegos o a partidas de rol a escala real con otras almas perdidas que se creían magos y caballeros de la Edad Media. Soñaba con irse a vivir al extranjero, a algún lugar lejos de las ciudades, lejos de las sustancias, lejos de las tentaciones. Finalmente consiguió embarcarse hacia la Guayana Francesa, donde me dijeron que vivía como Robinson Crusoe en una casa de madera que había construido con sus propias manos. El año de mi cáncer lo trasladaron a Francia. Tenía el estómago hinchado como un globo y los pulmones llenos de agua. Un amigo común me hizo notar que, de nuestra pandilla, justo éramos los dos que habíamos tenido infancias de mierda.

Antes de optar por la cirugía, en mi desesperación fui a ver a una terapeuta mística que me recomendaron unas amigas en México. Era una mujer hermosa, de pelo castaño, largo y brillante. Su voz, su presencia y sus manos eran suaves. Me miró a los ojos y me escuchó contar mi historia del quiste. Antes de colocarme piedras de obsidiana en distintas partes del cuerpo y pedirme que imaginara formas geométricas de colores que unieran mis órganos, puso las manos sobre mi vientre hinchado, donde el tumor había formado un bulto como un embarazo de tres meses. Un quiste, me dijo, es una envoltura que

contiene principalmente líquido: es una bolsa llena de lágrimas.

No es la única que opina así. Algunos científicos también han estudiado la relación entre los abusos y el posterior desarrollo de ciertas enfermedades. Sus conclusiones, aunque expresadas en ideas y un lenguaje de orden distinto, no difieren tanto de las de mis amigas esotéricas.

Ya en los años noventa, estudios piloto demostraron que había una relación causa-efecto no solo entre los comportamientos tóxicos y algunos problemas de salud, sino también entre esa clase de conductas y otros síntomas sin relación aparente. La explicación lógica era que los malos tratos conducían a la depresión y a la incapacidad para cuidar de uno mismo, lo que justificaba alimentarse mal, incurrir en comportamientos de riesgo, adicciones y, en definitiva, patologías ligadas a ese mal estilo de vida. Sin embargo, muchos pacientes no estaban en esa situación, no fumaban ni bebían y no procedían de clases sociales desfavorecidas. El eslabón perdido llegó más tarde, con el desarrollo de la neurociencia, que muestra cómo el trauma afecta a la producción de hormonas, a los circuitos neuronales y, finalmente, al sistema inmunitario e incluso al ADN.

Una investigación científica sobre las experiencias infantiles adversas (*Adverse Childhood Experiences*, ACE por sus siglas en inglés) ha sido el desencadenante de una nueva percepción de las consecuencias del maltrato. A partir de un cuestionario que identifica diferentes fuentes de adversidad en la infancia (abuso, abandono, pérdida de un progenitor, etcétera) podemos relacionar estas experiencias con la salud física y mental de las personas en la edad adulta posterior.

> Cuanto más alta es la puntuación ACE, más graves son las consecuencias, en casi todos los nive- les, desde los comportamientos adictivos hasta las enfermedades crónicas. Comparados con una población sin antecedentes de ACE, aquellos con una puntuación de 4 o superior tienen el doble de probabilidades de fumar, siete veces más de convertirse en alcohólicos y seis veces más de tener relaciones sexuales antes de los quince años. Tienen el doble de probabilidades de padecer cáncer, el doble de probabilidades de padecer enfermedades cardíacas y cuatro veces más probabilidades de padecer enfisema o bronquitis crónica. Los adultos con una puntuación ACE de 4 o más tienen doce veces más probabilidades de haber intentado suicidarse que los que tienen una puntuación de 0. Y los hombres con una puntuación de 6 o más tienen cuarenta y seis veces más probabilidades de consumir drogas duras que los que tienen una puntuación de 0 (Paul Tough, «The Poverty Clinic», *The New Yorker*, 2011).

También se han llevado a cabo estudios sobre los abusos sexuales en la infancia, con resultados similares: las antiguas víctimas se convierten en adultos que corren riesgos en todos los sentidos, desde la salud mental (en especial los trastornos bipolares) hasta un cuerpo acosado por todo tipo de disfunciones.

Es un poco raro pensar en el asunto de la puntuación como si pudiéramos cuantificar la infelicidad. ¿Qué puntuación tienes? Un 4. Está bastante bien. Yo un 10 porque tengo un hermano con síndrome de Down. Mi madre se suicidó, ¿cuántos puntos suma eso? Sin embargo, los números permiten que las ideas se abran camino a través de nosotros con más firmeza que las intuiciones. Así suele funcionar la conciencia occidental de principios del siglo XXI. Las cifras hablan por sí solas. Doce veces más probabilidades de haber intentado suicidarse, cuarenta y seis veces más probabilidades de consumir drogas duras. Eso es mucho.

El mismo año en que me operaron de cáncer de ovario, Christian murió de cáncer de pulmón en el otro hospital, a unas calles de distancia. Quería ir a verlo una vez que estuviera mejor. Me dije que nos mantendríamos unidos y nos burlaríamos de las coincidencias. Tardé mucho en recuperarme de la operación, que no fue poca cosa. No fui a verlo. Tenía unos cuarenta años.

Él está muerto y yo estoy viva. ¿Qué se hace con un pensamiento así? Cuando contaba mi historia de abusos a mis amigas de la adolescencia, debieron de pensar algo parecido. A ella la violaron durante años mientras yo trepaba a los árboles. Podría haberme tocado, pero no me tocó.

Salir adelante

A menudo leemos en los libros de los supervivientes la idea de que «no quieren ser víctimas», o que no quieren ser vistos como tales. ¿Qué significa eso exactamente? Por lo general, negarse a ser objeto de compasión o lástima. Pero ¿por qué una víctima debe ser percibida sistemáticamente a través de ese extraño sentimiento que es la lástima, mezcla a la vez de condescendencia y empatía?

Todo eso es un poco absurdo. No hay manera de ser violado y, al mismo tiempo, no ser víctima. Una persona violada es víctima de una violación, ha sido víctima de una agresión cometida contra su voluntad.

En un reportaje sobre las chicas a las que secuestró el psicópata pedófilo Dutroux, un periodista decía: «¡Mira a esa joven, está rehaciendo su vida, se niega a ser una víctima, tiene novio, hace el amor!». Como si al hacer el amor dejara de ser la víctima del monstruo. Como si, al seguir adelante, una dejara de ser víctima. Como si ese fuera también el objetivo, el único posible, salir de allí.

Odio la idea de que algunas personas consiguen salir adelante y otras no, y que superar el trauma es un objetivo moralmente loable. Esa

jerarquía que hace que el resiliente sea sobrehumano en comparación con el que no puede afrontarlo me repugna.

Al principio me lo creí un poco. Me sentí orgullosa de mi capacidad de recuperación, de mi resiliencia. Conocí ese concepto gracias a mi amigo Edmond, el que le contó mi caso a un psiquiatra, que nos aconsejó presentar una denuncia. ¿Qué está haciendo para salir de eso?, preguntó el psiquiatra. Estudia, lee mucho, lee todo el tiempo, tal vez sea un síntoma, para escapar de su vida. «No, está bien, está muy bien», analizó el lector de Boris Cyrulnik, «saldrá adelante gracias a los libros.»

«La salvará la literatura»: eso es probablemente lo que quería decir desde su sillón al lado de su biblioteca mientras el tocadiscos reproducía una sinfonía de Mozart a bajo volumen. Quise creerlo, quise soñar que el reino de la literatura me acogería como a cualquiera de los huérfanos que allí se refugian, pero ni siquiera a través del arte se puede salir victorioso de la abyección. La literatura no me salvó. No estoy a salvo.

Durante mucho tiempo metí en el mismo saco todo lo que constituía mis orígenes: la montaña donde nací; mis padres de clase trabajadora; la escuela de la igualdad de oportunidades, que me permitió ir a la universidad. La violación va incluida en ese peso que voy cargando. Podría haber retomado la hermosa frase de Sartre en su libro sobre Genet, que Didier Eribon ha elegido como guía en la vida: «Lo que importa no es lo que han hecho de nosotros, sino lo que hacemos con lo que han hecho de nosotros».

Se trataba de elegir dentro de ese saco lo que quería conservar y lo que podía dejar ir para ser más libre. Quería creer que todo ser humano, independientemente de su clase social, raza, género o cultura, se lanza a la vida con el mismo reto existencial: deshacerse de lo que no quiere para reafirmar lo que lo hace crecer. Durante mucho tiempo quise creer que podía considerar la violación de mi infancia un elemento más. Sin embargo, tuve que aceptar el hecho de que hay una diferencia abismal en las posibles categorías de «lo que han hecho de nosotros».

Tener el valor y la osadía de superarlo, no aceptar que me destruyan. Me gusta el planteamiento de Virginie Despentes sobre la violación que sufrió: considerar que es un riesgo que hay que correr para ser libre. Desde el momento en que quieres vivir un poco, tienes que aceptar la posibilidad de que haya contratiempos. Y, si te toca, levántate y anda. Aunque más tarde tuvo que reconocer lo persistente que es la experiencia traumática –«es al mismo tiempo lo que me desfigura y me constituye»– su reacción inicial ante la violación siempre me atrajo.

> Yo creía que lo había asumido bien, que tenía la piel gruesa, y cosas mejores que hacer en lugar de dejar que tres paletos me traumatizaran.

Me gustaría poder decir esa frase y creérmela. Durante mucho tiempo pensé que mi victoria sobre el violador tenía que ser la de superarlo, no dejar que me venciera, no darle esa alegría. Pero, como hemos visto, el hecho de que lo supere es también un elemento a su favor, que lo exime de lo que ha hecho. No hay victoria sobre él, no le importa lo que yo haga. Hace tiempo que no está en mi vida. Y la cuestión de superarlo o no, cuando has crecido con la violación constante, es una cuestión equivocada.

«Levántate y anda» no es una postura aplicable en el caso de la violencia reiterada contra los menores. Para los niños y las niñas, el propio sujeto de esta frase, el *tú* de levántate, así como el sujeto de la narración, el que pronuncia las palabras para ordenar al otro, la que escucha el requerimiento, todo ese pequeño mundo ya ha sido violado, está siempre, ya y todavía en la violación. No puedes levantarte y deshacerte de algo que te constituye en esa medida. Cuando creces en una cotidianidad en la que te violan, el mundo se ve a través de esa perspectiva. Una siempre está bajo la dominación. No hay un yo libre y no oprimido al que puedas volver una vez que la violencia ha terminado.

Shalámov dijo que la prisión fortalece el carácter, mientras que la tortura produce un colapso total. El abuso sexual infantil no es una prueba, un accidente de la vida, sino una humillación profunda y sistemática que destruye los cimientos del propio ser. Una vez víctima, no dejas de serlo por más esfuerzo que hagas, sean cuantos sean tus logros. Incluso cuando se sale adelante, no se sale adelante de verdad.

Estas últimas frases son muy pomposas. No debería hacer generalizaciones, hay demasiadas posibilidades de que me equivoque. Debería hablar solo desde mi propia experiencia. Hay personas que incluso imaginan el acto con felicidad. *El arte de la alegría*, de Goliarda Sapienza, comienza con una niña de cinco años que experimenta deseo por un adolescente, lo provoca y vive con él un despertar erótico. El joven acepta hacerle un *cunnilingus*, pero se niega a ir más lejos. Algunos años después, cuando tiene nueve, desea con ardor a un hombre que dice ser su padre y goza hasta que la violación se vuelve un desastre. Las lectoras interpretan esos pasajes como pruebas de la precocidad de Modesta, la heroína, y como señales de su libertad sin límites. Hay escritoras a las que admiro que cuentan historias de incesto o prostitución de menores en las que las jóvenes no solo disfrutan, sino que han dado el primer paso.

Incluso hay quienes piensan que establecer un límite de edad para el consentimiento equivale a tomar a los niños y adolescentes por idiotas, sin inteligencia ni sexualidad ni libre albedrío. Este era ya el argumento

de Guy Hocquenghem, Michel Foucault o Tony Duvert, que encontraban problemático que los adultos, en especial las madres, quisieran tener siempre un ojo puesto en todo lo que concierne a sus hijos, encerrándolos en un sistema de vigilancia, limitando su personalidad, cegándose a su verdadera naturaleza y al ámbito de sus deseos. «En cualquier caso», dice Foucault en una entrevista en la radio France Culture, «un límite de edad fijado por ley no tiene mucho sentido. Una vez más, se puede confiar en que el niño diga si ha sufrido abusos o no.»

Es fácil descartar esas ideas cuando provienen del campo de los depredadores. Pero, cuando es la propia niña la que habla, es más complicado. Diana J. Torres cuenta que tuvo unos sesenta amantes antes de llegar a los dieciséis años; algunos le pagaban, como ese hombre que la paseaba en su velero y le hablaba de Pasolini y de sus problemas con su mujer.

> En aquella relación, yo tenía el poder total y absoluto, él no era más que una marioneta y yo manejaba los hilos, estaba completamente sometido a mi voluntad de niña perversa, pero por esa deplorable costumbre de pensar que lxs menores son idiotas, ningún juez hubiera visto las cosas en el modo en que yo las veía. Es una cuestión de infravalorar la inteligencia de las personas en función de un dato tan irrelevante como la fecha de su nacimiento. [...] Pero, si yo hubiese querido, podría haberle arruinado la vida con tan solo una llamada denunciando el hipotético abuso, tenía pruebas de ello a patadas, y también podría haberle sobornado y sacarme un auténtico pastón con ello.

Que una niña pueda desear a un adulto a nivel imaginario, en relación con el despertar de su sensualidad, es algo que puedo concebir; pero que experimente una satisfacción real en el acto y lo reivindique después como una etapa feliz de su desarrollo me parece improbable. Sin embargo, lo que es cierto para mí no lo es para otros. Esa representación del niño violado como dueño de su destino atrae porque es transgresora, nos permite concebir una víctima que no se corresponde con el mandato social de estar destrozada por lo que le hicieron. Quisiera ser capaz de entender eso, no solo porque me gustaría ser *cool* y la transgresión es más *cool* que seguir las normas, sino porque se trata de restituir percepciones contradictorias. Amo la fuerza salvaje de Diana J. Torres, su libertad, su furor revolucionario. No he podido liberarme a través de la creación prometeica de las sexualidades disidentes, pero siempre me atraen sus rabiosas reivindicaciones. ¿Por qué no aceptar escuchar también esas voces que van a contracorriente en relación con lo que creemos saber de los niños víctimas?

La manera en que se alaba la resiliencia en todas sus formas, en que se valora a los superhombres y las supermujeres que se recuperan, me parece una idealización perjudicial porque condena a una desesperación aún mayor a quienes saben que no se recuperan. Sin embargo, por mi parte, al describir consecuencias que me parecen graves e irreparables,

temo ir en la dirección conformista de ese mandato social puritano y confirmar el prejuicio: un niño violado está condenado sin remedio, su vida está arruinada.

¿Acaso no hubo también momentos de alegría? Por supuesto que sí. Para mí nunca los hubo en los actos sexuales. No, ni rastro. Pero eso no significa que toda la niñez se transforme en oscuridad. Un niño, un adolescente, siempre encuentra huecos en el espacio para ser feliz. También sabes en el fondo que solo tienes una infancia, una juventud, y que, si no le encuentras el gusto a vivir el día a día, no tiene sentido quedarse. Tuve campos de hierba alta donde esconderme mientras los otros niños me llamaban con risas, ríos de montaña cuya agua viva corría por las piedras grises, tormentas con gotas grandes y suaves en las mejillas, cerezos a los que trepábamos para recoger la fruta. Tuve una hermana rubia que tenía casi mi edad, y nos confiaron dos pequeños, un niño de pelo rizado y una niña menuda y siempre risueña, nuestros tesoros, a los que cuidamos con ternura. Nos dejaban libres durante días, en las largas vacaciones de verano, cuando nuestros padres se iban a trabajar, bajo la vaga supervisión de una tía o una abuela. Olvidados. Libres. Puedo decir que fui feliz, que fuimos felices. Nadie puede quitarnos la lluvia de verano.

Espejismos

Tengo que abordar de nuevo la cuestión de la tortura, ese paralelismo que no puedo evitar hacer y del que me arrepiento al instante. Mi mente proyecta mi historia en todas partes, casi inconscientemente. De repente, cuando estoy leyendo, una palabra, una frase, me produce una descarga eléctrica y me devuelve a la mecánica de la violación. Para un ensayo sobre literatura chilena, hojeo una tesis sobre los abusos cometidos por el régimen de Pinochet. La autora analiza las consecuencias psicoanalíticas de la tortura: explica que supone una experiencia límite de la ruptura con la realidad. «En la tortura, todo lo que es racional es lo absurdo.» Cuando leo una frase así, es difícil no adoptarla. Se aplica perfectamente a los abusos sexuales repetidos en la infancia, que imponen una adaptación lógica, de supervivencia, a un sistema que carece de sentido. Me recuerda a los discursos y consignas de mi padrastro («No me quieres, así que te violo», «Me gustas, así que te violo», «Te portas mal, así que me enfadas, así que te violo para castigarte», «Te violo porque te quiero», etcétera). ¿Significa esto que el incesto puede compararse con la tortura? Me parece que eso es extrapolar, que hay que tener cuidado de no hacer estas comparaciones.

Y, sin embargo, no puedo evitarlo.

Soy consciente de que las comparaciones con los autores de crímenes contra la humanidad pueden resultar chocantes e injustas. No debería hacerlas. Tiendo a encadenar analogías demasiado rápido. En ese sentido, mi pensamiento no es riguroso. Se deja llevar, se embriaga y enloquece con los elementos a su alcance. Pero ¿no es algo natural? Sobre todo si se tiene en cuenta la ausencia de material filosófico sobre el tema. El pensamiento utiliza todos los medios necesarios, se echa mano de todo lo que se tiene al alcance. El pensamiento, como diría Deleuze, hace delirar al mundo.

No he leído teoría feminista, aunque probablemente habría encontrado algunas respuestas allí. No sé por qué no fui a buscar por ese lado. Esos textos no me llegaron. ¿Me negué a enfrentarme a obras que ponían palabras a mi experiencia? No lo sé. El hecho es que las ideas que me ayudaron a encontrar respuestas no vinieron del análisis del fenómeno de la violencia sexual, sino siempre de fuera, incluso de fuera del campo del pensamiento crítico en general. Es en la ficción donde me he construido. Y la ficción solo lleva a respuestas laterales, que no enfocan el tema de manera rigurosa, basadas en ejemplos que no existen.

Aprendí a pensar la violencia en las novelas sobre la esclavitud, la Shoá, la guerra de Argelia. A veces hago paralelismos que deberían corregirse o matizarse, porque los abusos sexuales, por muy traumáticos que sean, no pueden compararse con los crímenes contra la humanidad. Esos momentos de extravío del pensamiento se explican por las circunstancias particulares de mi construcción intelectual.

No podía hablar con nadie de lo que me estaba pasando. Poco a poco, a medida que crecía, fui comprendiendo que me violaban, me torturaban, me reducían a una posición de servidumbre, de sometimiento absoluto, y empecé a preguntarme por el sentido de todo ello. Había historias de violencia sexual en los libros que leía (en la biblioteca del colegio, en la biblioteca del pueblo), pero no había libros sobre violencia sexual. El tema se evocaba de forma burda, siempre como una tragedia terrible y banal contra la que el personaje no podía hacer nada y que condenaba a las mujeres a vivir vidas cortas, suicidas y melancólicas. En la obra de Zola, por ejemplo, una de las lecturas favoritas de los profesores de secundaria de mi adolescencia y, me temo, de muchos de los de hoy, la violación es una tragedia común que sufren las mujeres y los niños, y que lógicamente deriva en existencias condenadas al maltrato, la prostitución, la depresión y una muerte prematura y violenta.

Por otra parte, en la época de la que hablo, la educación secundaria de finales de los años ochenta, estábamos constantemente inmersos en el análisis histórico de la Segunda Guerra Mundial, y nos bombardeaban

con escritos, a cuál más interesante, sobre los campos de concentración, la memoria de los oprimidos, el impensable crimen de los genocidios. La cuestión del lenguaje y el arte era fundamental. ¿Se puede seguir escribiendo después de los campos de exterminio? Y, si escribimos, ¿qué podemos seguir escribiendo? ¿Será la venganza la única solución frente a la opresión? Esas tierras devastadas fueron el terreno imaginario sobre el que proyectaba mi necesidad de entender lo que estaba viviendo. Pensar lo impensable. Contar lo impensable. Enfrentarse a los límites de lo humano.

Solzhenitsyn. Primo Levi. Imre Kertész. André Brink. Toni Morrison. Los escritos sobre el universo de los campos de concentración, el *apartheid*, la esclavitud, me permitieron abordar de frente el problema del mal absoluto, hacerme una idea de lo que era la culpa del superviviente, tocar los límites de la resiliencia.

Del mismo modo, mi experiencia de esa dominación extrema, de esa sumisión radical que es el abuso sexual sistemático, es lo que me permite calibrar la importancia de otros traumas.

Marianne, mi amiga de la adolescencia a quien le conté por primera vez los abusos que viví de niña, ha vuelto cerca de Briançon después de estudiar Antropología. Es directora de documentales. En la región donde crecimos, hace unos diez años empezaron a llegar los primeros refugiados, y ahora lo hacen en mayor número cada día desde que se endurecieron las restricciones en la frontera italiana, más al sur. Marianne hizo un documental sobre varias experiencias de migrantes. Me habla de una lectura que le ha marcado sobre las heridas interiores de las personas que han pasado por las celdas de Siria. El hecho de que lleguen al final de su viaje traumatizadas y destruidas no se debe únicamente a la dificultad del periplo que deben emprender para arribar a Europa. Han visto la maldad en los ojos de sus torturadores, se han enfrentado a la imposibilidad de negar la crueldad humana. Ya no pueden liberarse de ello. Aunque les den papeles, aunque consigan alcanzar el objetivo que se propusieron al salir de su país, siguen siendo para siempre prisioneros de lo que han visto.

Reconozco en esas descripciones lo que intento nombrar con dificultad en mi propia experiencia: el haber sido forzada a pasar al lado oscuro me impide poder volver a la inocencia para siempre.

Por lo tanto, ¿identifico mi calvario con el de los migrantes torturados en Siria? Por supuesto que no, como tampoco puedo comparar el sótano de mi infancia con un calabozo de Auschwitz. Pero los conceptos para pensar la violencia pueden trasladarse de un terreno a otro.

Del mismo modo, con este libro, que no puede ir mucho más allá de mi cuestionamiento personal, de mi biografía, me arriesgo a que quienes lo lean extraigan de él partículas que utilizarán fuera del

contexto inicial. Mis palabras serán sujetas a interpretación, a distorsión, a delirio. Se combinarán con otras ideas. Esa es la única forma en que el pensamiento puede reproducirse de verdad, no por rizoma o raíz, sino por polinización aleatoria.

Durante mucho tiempo tuve la sensación de ser la única presa en ese sótano, pero con la intuición intelectual de que ese era un sentimiento ilusorio debido al trauma y al silencio de la sociedad. Tenía la sensación de que otros niños pasaban y habían pasado por lo mismo o por una experiencia similar. Nunca me atreví a preguntar a los adolescentes rebeldes que me rodeaban, pero me pareció que, entre los que no tenían nada que perder, las que estaban destruyendo sus posibilidades de salvación, los que huían, las que se acostaban con cualquiera, había niños y niñas que habían pasado por eso, no necesariamente por un sótano como el mío, pero sí por algo parecido.

Ellos y yo habríamos estado menos solos si hubiera hablado. ¿Por qué no lo hice? De nuevo, como antes, en mi familia, si no se habla de ello, no existe, y preferí no hacerlo existir, dejarlo en la sombra.

Cuando empecé a contar mi historia, después de irme de casa a los diecisiete años, las primeras veces me sorprendí: cada vez que la contaba, me contestaban con otro relato de violación que había vivido la propia persona o alguien muy cercano a ella. No falla nunca. Así que tuve que asumir que esa violencia sistemática se producía en todas partes. Fue esa intuición la que me llevó a pedir un juicio público en lugar del juicio a puerta cerrada que eligen la mayoría de las víctimas. Me pareció que era un gesto suficiente, que me liberaba de la tarea de tener que escribir sobre ello algún día.

¿Qué ha cambiado para que mi opinión sea diferente? Tal vez el simple hecho de haber cruzado al otro lado: ya no soy la niña vulnerable que era antes, ahora me toca proteger.

Cómo hablé con mi hija

Los lugares me permiten ponerles fecha también a los acontecimientos de su infancia. Recuerdo una conversación que tuvimos en Cancún, en una playa. Así que puedo determinar su edad exacta porque sé cuándo fuimos, está en nuestra historia familiar. Max participaba en un congreso y nosotras hacíamos turismo, esperando que él terminara para ir a Mérida a visitar a unos amigos. Esa conversación en la playa continuaba otra que habíamos mantenido antes, en casa.

Durante algún tiempo me había preparado para hablar con ella. Las palabras pueden formar parte de una estrategia de prevención, siempre

que se profundice en lo que se dice, y se permita un diálogo con el niño o la niña. No se puede simplemente enseñarle a decir que no a un agresor, que su cuerpo es suyo y que nadie tiene derecho a tocarlo. Eso es lo que suelen hacer los programas de prevención de abusos sexuales, pero es como enseñar el consentimiento a alguien que no puede permitirse consentir o no consentir. Un niño, una niña, no puede decir que no a su hermano mayor o a su profesor, que le pondrá en una situación en la que el «no» es impensable. Tampoco podemos esperar que un niño hable por sí mismo si le ocurre algo sin que nosotros hayamos incitado, preparado y acogido ese relato. Se necesitan ideas para concebir cosas, se necesitan palabras para decirlas, se necesita un contexto de acogida.

Yo tenía la preocupación de cumplir con mi papel de madre, y la necesidad de contarle lo que me había pasado. Se acercaba el momento, lo sabía. Sabía que tendría que hacerlo. Sucedió de una manera más natural de lo que me esperaba. Le había comentado varias veces que mi infancia no había sido fácil. Había utilizado la palabra *abuso*. Un día, en casa, me preguntó de la nada (pero nunca es de la nada, es que una gran parte del iceberg no es visible a nuestros ojos) qué me hacía exactamente.

–¿Tu papá te pegaba mucho?

–No, no me hacía eso, no me pegaba.

–Ah, bueno. ¿Qué te hacía entonces?

–¿Sabes lo que es el abuso sexual?

–No, no lo sé.

–Es cuando un adulto te obliga a hacer cosas sexuales con él.

–¿Qué es eso?

–Bueno..., me tocaba las partes íntimas. Quería que tocara las suyas. Me obligaba a meterme su sexo en la boca.

–Guácala. –A pesar de que el diálogo ocurrió en francés, esta expresión mexicana le salió de manera natural para expresar su asco; es la palabra que usa cuando quiere expresar una profunda repulsión.

Aproveché para preguntarle si alguien había intentado alguna vez hacerle algo así a ella o a alguna de sus amigas. Le dije que siempre estaría a su lado en caso de que ocurriera, y que, si era víctima o testigo de algo así, no podría defenderse sola, que tendría que llamar a un adulto de confianza, que podía ser yo u otra persona. Dijo que sí, que sí, distraída, como hace cuando en realidad no está escuchando.

Eso fue todo, no preguntó nada más ese día, nada sobre ese asunto al menos, cambió de tema; me dije que deberíamos retomar la conversación, que había sido demasiado rápida, que probablemente no lo había entendido bien.

Por supuesto que lo había entendido bien. Unas semanas más tarde, tal vez incluso unos meses más tarde, hicimos un viaje a la península de Yucatán. Nos alojamos en casa de unos amigos, una pareja de

estudiantes que vivía en un barrio en construcción en las afueras de Puerto Morelos. Su casa era un cubo de cemento rodeado de un terrenito que algún día sería un jardín. Hacía un calor insoportable. La chica salía por la mañana con Max para asistir a mesas redondas sobre turismo rural, y su compañero se encerraba en la única habitación con aire acondicionado para intentar escribir su tesis. Yo iba con mi hija a explorar un poco y a pasar el día donde pudiéramos encontrar algo de aire fresco. Íbamos a la plaza del pueblo, tomábamos un autobús hacia alguna playa y pasábamos la tarde allí.

Ese día fuimos a Cancún. Recuerdo haber buscado en internet una playa pública entre los hoteles. Era una playa preciosa. El cielo estaba nublado. Estábamos a gusto, hicimos castillos en la suave arena blanca. Mientras jugaba a excavar túneles, me planteó las preguntas que faltaron (en mi opinión) la primera vez.

–Eso que te hizo tu papá...

–No era exactamente mi papá.

–Sí, lo que te hizo, ¿por qué no se lo dijiste a tu madre?

Me tomé un momento para pensar. Ella esperaba, paciente, echando arena en una pirámide.

–No pude. No puedes, cuando te pasa algo así, decírselo a tu madre si no te lo pregunta. Es extraño, las palabras están como atascadas en la garganta, no pueden salir. Creo que tenía miedo.

–¿Tenías miedo de que te matara?

–Sí.

Seguimos haciendo figuras de arena. Yo hacía cualquier cosa, pero no importaba, teníamos toda la tarde. Esa vez no se limitó a plantear una pregunta. Hizo todas las demás.

Y Rose, ¿también le hizo eso a ella? ¿Y a tu otra hermana? ¿Se puede hacer eso a los hermanos también? ¿Por qué no se lo dijiste a tu abuela? ¿A tu maestra? ¿Llorabas? ¿También en la escuela o solo en casa? ¿Nadie te preguntó por qué llorabas? ¿Por qué mentiste?

Hoy sé que hay muchas experiencias peores que la mía. Sin tener que buscar muy lejos, lo que le pasó a mi madre puede que sea peor que lo que me pasó a mí. Lo que le pasó a mi madre es quizá lo peor que te puede ocurrir. La violación, la tortura repetida, durante años, de la niña que trajiste al mundo.

Hay gente que dice que al tener un hijo uno vuelve a vivir su infancia, se da una nueva oportunidad de entrar en ese país. También se nos aconseja no proyectarnos demasiado en nuestros hijos. Los haría sufrir. Les quitaría la libertad de ser ellos mismos. «Vuestros hijos no son vuestros hijos. No vienen de vosotros sino a través de vosotros», etcétera. El hecho es que, si te han violado de niña, es imposible no proyectarte cuando tienes hijos tú misma o incluso tus familiares. Hasta diría que es prácticamente imposible no proyectarse continuamente en

todos los niños que conoces o con quienes te cruzas. Solo con un intenso esfuerzo psíquico se funciona de forma más o menos normal en compañía de niños rodeados de adultos que se supone que los cuidan.

Estás con una amiga, sentada en una banca de un jardín público. Tras un breve paseo, se han sentado a fumar y a charlar un poco más. Los niños juegan en los espacios reservados para ello. Areneros, toboganes, columpios, zonas de sombra no muy lejos de las bancas donde sus madres pueden vigilarlos. En realidad no los miras. Pero los ves. Todos ellos están acompañados y vigilados más o menos de cerca por madres y cuidadoras. Hay un padre o dos. Sin interrumpir ni cambiar el curso de la conversación, te preguntas si esos padres que vuelven del parque van a violar a sus crías al llegar. Si lo hacen en el viaje en coche a casa, donde la madre está preparando el almuerzo, si se detienen al lado de la carretera el tiempo suficiente para una pequeña felación, o esa noche en el baño, o de nuevo a la hora de acostarse, antes de darles un beso de buenas noches. Piensas en eso. No se lo dices a tu amiga, has perdido un poco el hilo de la conversación, pero lo recuperas rápidamente y sigues charlando. Apenas te has dado cuenta de lo que pensabas.

Estás en una fiesta de cumpleaños. Un niño tiene que orinar y busca a alguien que lo lleve al baño. Un primo adolescente se ofrece a hacerlo, tomándole suavemente de la mano. Los sigues con la mirada y te arrepientes de no haber sido más rápida.

Pasas frente a las canchas de un club de tenis. El entrenador está masajeando los tobillos de una tenista adolescente.

Una amiga te dice que sus hijas de siete y doce años se van de camping con su grupo de catequesis.

Estás en un autobús. Una niña duerme con la cabeza en el regazo de un hombre.

No puedo dejar de espiar. Lo hacía de pequeña, para asegurarme de que no les pasaba nada a los demás niños. Espío todo el tiempo, a veces vagamente, a veces con más insistencia. Espío a los padres en los vestuarios de las piscinas públicas, a los profesores de secundaria que reciben a los alumnos en sus despachos. Espío a la gente que me encuentro por la calle, a mis amigos, a mis vecinos. Espío a mi pareja. Sabe que lo quiero, que confío en él. Creo que sabe que lo espío y que no tengo otra. Creo que me perdona.

Mientras escribo estas páginas, se estrena la película *Petite maman*, de Céline Sciamma. En un momento de adversidad en el que tiene que entender que va a perder a su abuela, una niña se inventa una amiga imaginaria, que es su madre de pequeña. La idea me parece hermosa. Mi hija me pide a menudo que le hable de la época en la que yo era pequeña. No sé si está tratando de imaginarse cómo era yo, de ponerse

en mi lugar. A mí me encantaría conocerla desde el punto de vista de una niña en vez de ser siempre la adulta que organiza su vida. Hacerme amiga suya. Sería maravilloso.

Mis pensamientos van a la deriva. Intento imaginarme a mí misma, de pequeña, en su vida, la vida protegida que yo no tuve. ¿Seguiría siendo yo cuando me hiciera mayor? Y, si no, ¿en quién me convertiría? ¿Seguiría siendo yo si hubiera nacido en la vida de Max, al que mimaron y amaron dos padres normales, en la vida de mis amigas que crecieron con madres solteras o en un orfanato? ¿He ganado algo al pasar por lo que pasé? ¿He perdido algo? Si he ganado o aprendido algo, ¿cómo puedo dárselo a mi hija, cómo puedo transmitírselo sin que tenga que pasar por ello? Si he perdido algo, ¿cómo puedo asegurarme de que ella no pierda a su vez, por lo que yo le transmito de mis traumas?

Mi hija tiene diez años. Le gustan las caricias y los masajes. A menudo, antes de irse a dormir, me pide que le pase las manos por el pelo y le acaricie la espalda. Así se duerme tranquila.

Mi mano se desliza por su suave espalda. La piel está todavía dorada por el sol del verano. Ella es menuda y grácil, como lo era yo también. Puedo sentir sus vértebras, que sobresalen como pequeñas y duras colinas bajo la piel. Muevo la mano de arriba abajo por su espalda como a ella le gusta. Estoy a solas con ella en su habitación y me imagino lo que podría hacerle. Podría cambiar de dirección, ir más abajo con la mano. Debajo del pantalón de su pijama. Podría acariciar su rajita si quisiera. Se sorprendería tanto que no se atrevería a decir nada. Podría meterle el dedo en el culo, está a escasos centímetros, y nuestras vidas cambiarían para siempre.

Mi mano se detiene. Quiero encender la luz, quiero irme de aquí.

Mamá, sigue.

Empiezo a acariciarle la espalda de nuevo. Calmo mi respiración. Solo por curiosidad, para ver qué pasa, hacer algo así. ¿Hay gente que lo hace solo por el desafío, para romper el espejo, para ver qué pasa si no se cumplen las reglas? Estoy bastante segura de que no diría nada. O, si dijera algo, podría manipularla fácilmente para que no se resistiera. Podría engatusarla, hacerle creer que es solo un gesto de cariño, chantajearla un poco como suelo hacer para que limpie su habitación. Chantajearla con los dibujos animados de los sábados. Si no haces lo que digo, no hay peli. O amenazarla. Decirle que, si me delata, seré muy infeliz. Nuestra vida familiar se arruinará. Incluso podría ir a la cárcel. ¿Es eso lo que quieres?

Mamá, paraste otra vez. Si no lo haces bien, no me voy a dormir.

Me concentro, intento hacerlo bien para que se duerma, para salir de esa burbuja de suavidad y oscuridad. Juego con esos pensamientos, me torturo vagamente. Tengo la absoluta certeza de que no voy a hacerle

daño. Pero puedo percibir la frontera que divide el bien y el mal. Puedo adivinar lo que se siente, esa corriente de energía que te recorre, esa adrenalina. Menos la excitación sexual. Pero tal vez podría llegar.

Mamá, ahora ya se me quitó el sueño. ¿Me cuentas una historia?

Érase una vez un rey muy bondadoso que tenía ocho hijos, siete príncipes y una princesa. El rey era viudo. Adoraba a sus hijos y los criaba con mucho amor, pero, un día, víctima de un embrujo maléfico, se enamoró y se volvió a casar con una mujer embustera y cruel, que odiaba a los hijos del rey. Esta mujer, que tenía poderes, lanzó un hechizo maligno sobre los príncipes y los convirtió en cisnes, y tan solo mantuvo con ella a la niña, a la que obligó a hacer de sirvienta. Los príncipes convertidos en cisnes se fueron volando a vivir a un reino muy lejano, y la princesa no supo qué fue de ellos.

El padre estaba muy enamorado de la madrastra, y la niña no se atrevía a denunciar los malos tratos de los que era víctima. A menudo lloraba por la ausencia de sus queridos hermanos. Pasó un año entero antes de que volviera a verlos.

Un día, iba caminando sola por el bosque que rodeaba el castillo cuando oyó el sonido de unas alas al agitarse en la orilla de un pequeño lago que conocía. Corrió en esa dirección y vio siete hermosos cisnes posados en el agua. Al ponerse el sol, los cisnes volvieron a convertirse en príncipes y ella corrió hacia ellos. La felicidad del reencuentro no fue muy larga, solo volvían a su forma humana una hora. Los príncipes contaron a su hermana su desgracia y le explicaron el motivo de su exilio. Únicamente podían volver a la tierra de su infancia una vez al año. Para llegar allí, tenían que cruzar un océano en el que emergía una pequeña isla cuando la marea estaba en su punto más bajo, lo que ocurría solo una vez al año. Se detenían en esa isla al atardecer, durante su metamorfosis, y esperaban el tiempo hasta volver a su forma animal para poder volar hasta tierra firme.

–Llevadme con vosotros –suplicó la chica–. ¡Me esforzaré por resultaros útil! Os quiero tanto, no quiero dejaros.

Los hermanos se reunieron para hablar entre ellos del asunto. Fue una decisión difícil, porque sabían que el viaje era peligroso y llevar a la princesa podría costarles la vida a todos. Decidieron intentarlo, y cargar a su hermana a cuestas por turnos. Se marcharon al día siguiente.

El viaje fue más largo que en otras ocasiones, ya que el peso de la princesa retrasaba el vuelo de los cisnes. La tan esperada isla no aparecía en el horizonte y el sol estaba bajando. La niña, indefensa, se aferraba al cuello de su hermano mayor, que la llevaba en hombros, preguntándose si sería ella la causa de que todos se perdieran. Por fortuna, en el último momento apareció una pequeña roca en medio del océano. Era la isla. Pasaron allí una hora acurrucados y, en cuanto los hermanos recuperaron su forma de cisne, volvieron a ponerse en

marcha. Al día siguiente llegaron a un hermoso país, donde los príncipes vivían una vida pacífica en un bosque donde nadie podía presenciar su transformación.

La niña comenzó una extraña pero feliz vida con ellos. Dormía por la noche en una cueva sobre un lecho de ramas y pasaba sus días en una gran soledad, esperando con impaciencia el regreso de sus hermanos al atardecer. Un día se le apareció un hada en la cueva y le dijo que había una forma de revertir el hechizo.

–Tienes que recoger ortigas y tejer camisas a la medida de tus hermanos. Cuando hayas terminado, tendrás que lanzarlas todas a la vez, justo en el momento en el que se estén transformando. Si decides arriesgarte, debes saber que no puedes decir ni una sola palabra a partir de ahora, pues se rompería la magia.

La chica aceptó. Durante los días siguientes recogió ortigas y se dedicó a su tarea. Al principio, sus hermanos se preguntaban qué le ocurría, pero al final adivinaron de qué se trataba. Agradecidos por su esfuerzo, la ayudaron lo mejor que pudieron trayendo en sus picos grandes cantidades de ortigas para su trabajo.

Un día, un príncipe de un reino vecino atravesó el bosque en su caballo y se enamoró de la muchacha muda que tejía camisas junto a un lago. La subió a su caballo y se la llevó a su reino. La princesa consiguió esconder las camisas terminadas bajo el vestido y llevarse un montón de ortigas. El príncipe la instaló en una hermosa habitación con grandes ventanales que daban a un parque. Él no entendía por qué la muchacha seguía tejiendo, pero estaba tan enamorado de ella que, cuando vio que lloraba si la apartaban de su trabajo, le dejó continuar con su labor. La gente empezó a hablar a sus espaldas. Se decía que al príncipe lo había encantado una bruja. Los consejeros del reino se reunieron y condenaron a la muchacha a morir en la hoguera si no explicaba su comportamiento al pueblo.

La princesa no tuvo más remedio que seguir adelante. Pronto se le acabarían las ortigas y el día del juicio se iba acercando. Tejió y tejió día y noche en silencio hasta el último momento. Llegó el día de su condena. Subió a la tribuna, pero no pudo decir una palabra en su defensa. Siguió tejiendo la última camisa, apretando las que había terminado contra su corazón bajo la ropa. Fue condenada.

La hoguera estaba lista. El príncipe, loco de dolor, lloró todas las lágrimas de su cuerpo y pidió clemencia. Solo se le concedieron unas horas, hasta la puesta de sol. Se quedó con la princesa en el calabozo, rogándole que hablara, pero ella cumplió su palabra. Los guardias vinieron, la agarraron y la llevaron a la plaza donde la quemarían. Al llegar, unos majestuosos cisnes se posaron a sus pies. Rehuyó a sus carceleros para acariciarlos y, cuando apareció la luz del atardecer, les echó las camisas por encima. De inmediato, los hermanos recuperaron su forma humana. Por fin la princesa pudo hablar, los hermanos lo

explicaron todo y se salvó.

Todos se quedaron en el reino y pasaron el resto de su vida juntos, los siete hermanos finalmente libres del hechizo y la princesa habiendo recuperado el habla y la alegría. De su extraña aventura solo quedaba un recuerdo: el hermano menor solo tenía un brazo, el otro había conservado la forma de un ala de cisne porque la joven no había tenido tiempo de terminar su camisa, y esa parte de su cuerpo no se había transformado.

Lo cuento en francés, con las formas gramaticales anticuadas que se suelen usar a la hora de contar cuentos. Esos imperfectos y pretéritos pluscuamperfectos narrativos nos divierten, nos adentran en un universo paralelo, un mundo que existe y que no existe, donde personajes apenas salidos de la infancia sobrevuelan océanos a lomos de criaturas mágicas, escalan montañas de sal, se esconden de los ogros. Los peligros son múltiples; los maltratos, constantes. Para escapar del deseo de su padre, Piel de Asno se cubre con una piel asquerosa, ocultando su belleza bajo una apariencia repugnante. El hedor y la fealdad la protegen. Cenicienta es el chivo expiatorio de sus hermanastras. Barba Azul asesina a mujeres. Pinocho es víctima de secuestro y trata de niños. A Hansel y Gretel los esclaviza una bruja que los engorda para comérselos. Harry Potter, maltratado por su tío, su tía y su primo, se ve obligado a dormir en un armario bajo la escalera. Numerosos pequeños héroes y heroínas, que superan con valentía todas las adversidades que les depara la vida (o ACE, si queremos usar el término más serio, *Adverse Childhood Experiences*), trasladados a mundos imaginarios, nos dan consejos de resiliencia y nos aseguran que la buena suerte siempre termina por llegar. Un día, un príncipe se da cuenta de que hay una reina bajo la capa apestosa, se descubre que tienes poderes mágicos, tu alma noble se revela a través de las pruebas. Un día, cuando seas mayor, nos dice la voz del cuento, cuando hayas conseguido aguantar los golpes, la fortuna te sonreirá.

Ya que estamos, también voy a contar la leyenda del conejo en la luna.

Quetzalcóatl, el mayor y mejor de los dioses, emprendió un día un viaje alrededor del mundo con forma humana. Como había caminado todo el día, al caer la tarde, estaba cansado y tenía hambre. Sin embargo, siguió caminando hasta que las estrellas comenzaron a brillar y la luna apareció en el cielo. Luego se sentó a un lado del camino para descansar. Allí vio un conejito que había salido de su madriguera.

–¿Qué estás comiendo? –le preguntó.

–Hierba –respondió el conejo–. ¿Quieres un poco?

–No, gracias, no como hierba.

–¿Qué vas a hacer entonces?

–Moriré de hambre y de sed.

El conejo se acercó a Quetzalcóatl y le dijo:

–Escucha, solo soy un conejito, pero, si tienes hambre, cómeme, aquí estoy.

Entonces el dios acarició al conejo y le dijo:

–Tus palabras me conmueven. –Siguió acariciando con cariño la suave y sumisa cabecita del conejo–. A partir de ahora, el mundo entero te recordará siempre. Quiero honrar así tu bondad.

Y tomó el conejo en las manos y lo elevó por encima de él, alto, alto, alto, hasta la luna, donde la silueta del conejo quedó impresa para siempre.

Entonces, el dios bajó a la tierra y le dijo al conejo:

–Ahí tienes tu retrato en la luna, ahora y para siempre. Seguirás siendo un conejito, pero el mundo entero te recordará.

¿Qué tiene que ver? Tal vez no mucho, pero vuelvo a ver aquí a un personaje débil y vulnerable que se sublima con el sacrificio. Porque, aunque el cuento no lo diga, el conejo se deja comer, una y otra vez. No es por su propuesta altruista por lo que el dios lo honra, sino por el regalo de su carne. Ofrecerse como sacrificio al más poderoso, esconderse de los monstruos, del padre, del ogro, o guardar silencio son las lecciones de sabiduría que recibimos en los cuentos. Pero el pequeño acabará siendo recompensado, si no en este mundo, sí en el siguiente; y, si no lo fuera en ningún mundo, al menos sí sería recompensado en el recuerdo de los que ven brillar la luz de la luna en medio de la noche.

Ante el desequilibrio de poder, uno no tiene elección. Hay un momento en el que toca esconderse, esperar en las sombras, correr si se puede. Un día llega un momento en que puedes escapar. Escapas, te pones a salvo. Pero es una sensación extraña estar a salvo cuando sabes que la oscuridad no deja de existir cuando la abandonas tú. Como dijo Reinaldo Arenas hablando del exilio: has salido de una casa en llamas, huyes, te encuentras en una tierra de refugio, sano y salvo. Pero, mientras tanto, la casa sigue ardiendo.

La vergüenza

Has mirado el mal a los ojos y ahora nadie puede mirarte a ti. Es la leyenda de Medusa. Después de la violación, nadie puede mirarla a los ojos. Los que la ven se convierten en piedra. Su odio es tan grande que le crecen serpientes en lugar de pelo.

Dejaron de saludarme en mi pueblo. En el campo, para repudiar a alguien, se le retira la palabra. Dejan de hablarte. Dejan de saludarte. Hay una frase que se oye a menudo en los pueblos: «A Fulano no sé qué le pasa, ya ni siquiera me saluda».

Mi madre se sorprendió al ver a los ancianos saludar a mi padrastro cuando salió de la cárcel. Le preguntó a Mimi, una vecina muy mayor, por qué seguía hablando con él. Mimi es una de las ancianas que más quise de niña. Creció muy pobre en la parte alta del pueblo. Solíamos ir a tomar jarabe de granadina en su cocina con olor a paja y estiércol. Las moscas pegaban sus patitas al mantel de plástico y las espantábamos con la mano mientras escuchábamos historias del pasado. Ella también me quería. Esa vieja campesina, que nunca tuvo hijos, me contaba que, de joven, soñaba con estudiar en lugar de tener que cuidar ovejas. Lloró cuando me fui a la universidad.

Mi madre: He oído que tú y tu hermano lo siguen saludando.

Mimi: Pero es que a nosotros no nos hizo nada.

Y eso que, a pesar de todo, sabemos que lo que hizo se lo hizo a todos. Se lo hizo a todo el pueblo. Además, la gente que durante años fingió no reconocerme cuando regresaba los veranos no se equivoca. He manchado la reputación del pueblo. El estigma lo llevamos nosotros, pero también todos ellos.

Como la casa, el pueblo se volvió, durante algunos años, el lugar del violador. No es que sea el único pueblo donde había un violador, claro. Pero es la palabra la que crea la fama. Es la denuncia la que lleva al oprobio.

Hay que prepararse para perder muchas cosas cuando tomas la decisión de hablar. Pierdes a tu familia, obviamente; pierdes a tu pueblo también, tu infancia, tus recuerdos e ilusiones de infancia. ¿Qué ganas a cambio? No lo sé. Ganas la verdad, pero qué es la verdad, exactamente, es algo que no sabría decir.

Irse o quedarse

Entonces ¿hay que irse para reinventarse? Yo me fui. De entrada, a unas horas de distancia; luego lejos, cada vez más lejos. Pero una nunca está lo suficientemente lejos. Vivo en México. Una de mis hermanas vive en Chile. Países lejanos que amamos de forma ambivalente y en los que nunca estaremos en casa.

Mi otra hermana y mi hermano se quedaron. ¿Qué ven cuando miran la casa donde su padre me violó? Se vendió, y heredaron una cochera junto a la casa, que convirtieron en un pequeño departamento. Mi hermana vivió allí mucho tiempo. En su trocito de jardín puso una mesa y unas sillas diminutas. Detrás de la barda, la casa de su infancia, de

nuestra infancia. ¿Qué veía? ¿Pudo añadir vida a esos lugares, pintar con colores sobre la negrura de la muerte que para mí sigue desfigurando todo el paisaje? ¿O aceptó vivir con esa muerte, mirándola desde el otro lado de la barda todas las mañanas?

Cuando llegas a un lugar desconocido solo ves lo que es visible. En un lugar que conoces, ves ambas cosas: lo visible y lo invisible. Lo que ya no está, lo que nos han contado del lugar, las leyendas, las vivencias ligadas a cada rincón.

Bernardo Atxaga narra la historia de un extranjero que se instala en un pueblo y se hace amigo de unos campesinos locales. Un día, mientras los tres están sentados en un muro bajo en una colina que domina una meseta, el forastero habla con los dos aldeanos sobre la peculiar naturaleza de lo que ven debajo, en la llanura que se extiende ante sus ojos. Uno de los dos viejos campesinos le cuenta al narrador que, por muy inteligente que sea, «más listo que un conejo», no puede ver tantas cosas en ese paisaje como las que ve él. El forastero entiende vagamente que tiene razón, sin comprenderlo en realidad. Le pide al campesino que le explique por qué lo dice.

> Porque usted solo ve lo que hay. En cambio, yo veo lo que hay y lo que no hay.

El aldeano pone entonces el ejemplo de un camino que cruza la llanura y desaparece en la distancia. Él sabe adónde lleva ese camino y, al verlo, piensa en el pueblo al que conduce y, cuando piensa en él, ve ese pueblo, su fuente y sus casas antiguas. Y va más allá en su razonamiento para explicar la diferencia entre lo que percibe alguien que ha pasado su vida en un mismo lugar y alguien que llega de fuera. Un aldeano como él percibe el pasado a través de cada lugar, cada ruina, cada árbol con el que se cruza.

> Cuando yo veo aquellos árboles, veo a su vez las fiestas que hacíamos en nuestra juventud. Veo a las chicas, a los chicos, a Benito y a mí mismo. Pero no con este aspecto alicaído que ahora tenemos, sino con el garbo de nuestros veinte años y luciendo camisas blancas. ¿No le parece maravilloso?

Y a ustedes, ¿les parece maravilloso? Depende. Depende del tipo de cosas invisibles que se vean a través de lo visible.

Cuando tomo el té en la mesa del jardincito de mi hermana y veo detrás del seto la casa donde crecí, veo las mejoras que han hecho los nuevos propietarios, veo cuánto han crecido los árboles que plantamos cuando era pequeña. Veo el resto también. Veo el sótano donde vivimos durante un año mientras se renovaba el resto de la casa. Todos dormíamos en la misma habitación. Mi madre salía a las seis de la mañana para hacer la limpieza en las instalaciones del Parque Nacional

de los Écrins. En cuanto se iba, él me llamaba a su cama. Intentaba hacerme la dormida. Pero después de un rato tenía que orinar. Yo aguantaba todo lo que podía. Sabía que estaba despierto, podía oír su respiración detrás de la estantería que separaba nuestras camas de la de los padres. Entonces tenía que levantarme. Hacía pipí en un orinal que teníamos para ello. Me oía, me llamaba, y yo me iba a su cama. Me pregunto qué hacía mi hermana (no la menor, que no había nacido, sino mi otra hermana, dos años más pequeña que yo). ¿Se aguantaba más tiempo que yo? ¿También iba a la cama? Incluso después de que nos mudáramos al piso de arriba, volvíamos a menudo al sótano, donde se guardaban las herramientas. Me llevaba con él a hacer algo de jardinería e íbamos a pasar un rato en el sótano entre dos viajes con carretillas de tierra. Hoy veo las viejas bóvedas de piedra, bien restauradas, cuyas juntas de cemento raspé para quitar el musgo que crecía allí hace tantos años, y veo el sótano. Veo la fachada de la casa y, detrás, todas las habitaciones, como eran antes de la obra y después de la obra, veo cada una de ellas y en cada una me veo a mí y lo veo a él.

¿Qué ve mi hermana? ¿Es su invisible tan diferente al mío que puede tolerar mirarlo todos los días? ¿Ella ve recuerdos felices allí? ¿La inocencia? O quizá simplemente vea una casa, una buena casa de piedra de los Alpes que hace veinte años estaba en ruinas y han restaurado muy bien.

No me parece posible que no vea la casa encantada. ¿Y la gente que la compró? Consiguieron una ganga, ya que se vendió a un precio muy bajo después del juicio. No podían no saberlo, tenían familiares en el pueblo. Todo el mundo lo sabía. Compraron una casa en la que habían violado a una niña. En todas las habitaciones. ¿Cómo puede esa casa no estar encantada? Aunque no creas en los fantasmas, ¿cómo puedes, si lo sabes, no pensar en ello? Frente a la casa, en una casita, vive la hermana de esa niña. La ven a diario. ¿Se preguntan todos los días cómo se siente ella cuando pasa frente a la casa en la que creció y que dejó cuando su padre fue a la cárcel? ¿Aún están felices de haber comprado esa bonita casa de piedra de los Alpes a tan buen precio?

Cuando supe que para protegerlos tenía que guardar silencio, guardé silencio. Fui a los cementerios por la noche. Tejí camisas de ortigas. Cuando pensé que para protegerlos tenía que hablar, hablé. Me dijeron que lo perdería todo, que me llamarían bruja, traidora, que no tendría aliados. Hablé de todos modos. Creo que hice todo lo posible por salvarlos. ¿Salvarlos de qué, exactamente? Durante mucho tiempo creí que lo que hice, lo que hicimos, los salvó de algo peor.

Hoy no lo sé.

Ahora son adultos y cada uno lucha a su manera contra sus propias maldiciones: a menudo, el brazo que no ha regresado a su forma humana se les vuelve muy pesado. Hacen lo que pueden para

disimularlo, pero un ala de cisne pegada al hombro no desaparece con tanta facilidad.

Mientras tomaba el té en su jardincito, mi hermana me contó que lo que más lamentaba su padre era no haber estado cerca de ella durante su adolescencia, que tuviera que crecer sin padre; y lo que es peor, con un padre en la cárcel. Pero no hubo otra solución, dije, podría haberte violado. Está segura de que no lo hubiera hecho. No los habría violado. Él nunca habría hecho eso. Eso es lo que él dice y ella lo cree. ¿Por qué? Porque eran sus hijos, eran su sangre, nunca los habría tocado.

Después de esa conversación, vuelvo a casa, a mi país, a mi nuevo país, y sigo pensando en lo que me contó mi hermana, en su jardín, en lo visible y lo invisible. Sigo pensando en esas palabras con una compulsión mental incesante. Les hablo a mis amigas de mi desamparo. Me dicen que no culpe a mi hermana, que no es culpable de nada, que sigue adelante como puede, como todos. Pero, bueno, me veo obligada a contestar, si le hubiera pasado a ella, no podría perdonarlo. Si lo perdona es porque la víctima no fue ella, sino yo. Para seguir viviendo hace como él, como tantas otras personas, niega lo que me pasó, no los hechos en sí, que son innegables, sino su gravedad. Y yo, para poder seguir queriendo a mi hermana, tengo que aceptar que ella lo haya perdonado, que considere que lo que hizo es perdonable, tengo que olvidar un poco, o al menos fingirlo, tengo que actuar como si no fuera yo, como si no fuera grave, como si no hubiera pasado. De hecho, es lo que debería haber hecho desde el principio y nos habríamos evitado mucho sufrimiento inútil.

Rehacer su vida

Cuando sale de la cárcel, hace una peregrinación a pie a Santiago de Compostela. Como muchos reclusos, había llevado una intensa vida espiritual durante su tiempo entre rejas. En el transcurso de esa hermosa caminata conoce a una joven veinte años menor que él, la edad aproximada de su antigua víctima, pero esta vez, ella es adulta, ya que él tiene unos cuarenta y cinco años. Se enamoran. Ella también es profundamente religiosa. Quizá sea ese lado irracional, ese fervor místico, lo que le permita perdonarlo cuando se entere de lo que ha hecho. Lo acepta con todo su ser, como Dios se lo envía, con su alma pecadora y su búsqueda de redención.

Me estoy inventando esos razonamientos. Tengo que hacerlo. Francamente, no veo cómo se puede perdonar, o incluso simplemente querer perdonar, o elegir como compañero de vida a un hombre que

violó a una niña, aunque fuera diez o quince o veinte años atrás, pero vamos a pasar por encima de eso, ya que no estamos hablando ni de mí ni de ustedes, sino de esta joven que también fue violada un día y que, a través de la caridad que demuestra hacia ese hombre del que se enamoró, consigue perdonar a los que la ofendieron y superar los obstáculos que el Señor le ha puesto en el camino para que pueda demostrar su fe en Él y en la vida.

Ah. No solo lo perdona, sino que se casa con ese hombre, monta una granja ecológica y tiene cuatro hijos con él. ¡Cuatro! Con mis hermanos y yo, suman ocho, el número mágico de su familia soñada. Han comprado una vieja casa de piedra en un terreno rodeado de bosque, y elaboran aceite de oliva ecológico, mermeladas y conservas.

Y, para añadir un poco de pimienta a la historia, reciben a gente en la granja, estudiantes, escolares. Deciden educar a sus hijos en casa. La ley no puede impedírselo (antes de la cárcel se le considera inocente; después de la cárcel cumplió su condena y, por tanto, como por mediación del Espíritu Santo, se le vuelve a considerar inocente). Lo único que podría impedirlo es que alguien demostrara que hay una reincidencia, no un riesgo de reincidencia, sino una reincidencia clara, es decir, que alguien consiguiera entrar en la casa en la que viven, esconderse en una habitación en la que podría estar a solas con uno de sus hijos y agarrarlo con las manos en la masa. Si tenemos pruebas filmadas, aún mejor. Un dron disfrazado de mosca quizá. Pero, hasta entonces, tenemos que suponer que no reincide. Tenemos que suponerlo o simplemente dejar de dormir por las noches.

En mi caso navego entre una opción y otra, entre la suposición de que todo está bien en el mejor de los mundos, o en un mundo que se le aproxima, que no incluye la repetición del crimen de mi violador sobre otro de sus hijos; y la segunda posibilidad, que es la de la repetición de la pesadilla, un día tras otro, una noche tras otra, con ligeras variaciones, lo cual es la naturaleza de las pesadillas, el hecho de que se repiten, pero no de forma idéntica, porque el terror, como el deseo, tiene imaginación, incluso se alimenta de ella.

Puede que no vuelva a hacerlo. Tiene derecho al beneficio de la duda. Tiene derecho al perdón. A rehace su vida. Encontró a una chica bastante parecida a mi madre, solo que más joven (veinte años más joven, es decir, de mi edad, pero, bueno, todo el mundo lo hace, y no hay que tomarlo como una señal de dominación masculina, el amor no tiene edad), una chica sencilla que se dedica a la vida familiar, a la crianza de los hijos, a la granja biodinámica. Han comprado una casa en ruinas en una hermosa parcela arbolada. Los imagino viviendo en la casa, que están reformando, y durmiendo todos en la misma habitación. No podían permitirse alquilar otro lugar y pagar la hipoteca de la casa al mismo tiempo, así que se mudaron antes de que terminara la remodelación, y algún día los niños tendrán su propio dormitorio. De

momento es una gran aventura, al menos están en su propia casa y hacen las obras de renovación por su cuenta; la historia se repite, casi idéntica, aunque hace un poco menos de frío porque está en el sur de Francia, no en los Alpes, hay olivos y casi nunca nieva. Han plantado membrillos, que es un árbol que le encanta. Él adora el olor de sus frutos, inimitable, que lo transporta a su infancia. Hay que hacer el dulce de membrillo, que nunca sale bien, como lo hacía su madre. Así que hay que empezar una y otra vez, volver a cocer los membrillos, añadir el azúcar, mezclar, filtrar y ensuciarlo todo, porque el dulce de membrillo es muy pegajoso. Hay que volver a limpiar todas las superficies de la cocina después de cada mermelada, ahuyentar las moscas, volver a empezar una y otra vez. Pero tal vez él no vuelve a hacer lo mismo. Empieza desde el principio. Érase una vez una familia aislada en el bosque.

Imaginemos una foto de esta pequeña familia. Él tiene treinta años más, pero, aparte de eso, es el mismo tipo de foto familiar que nos solíamos hacer, su mujer incluso se parece un poco a mi madre, está posando con la mano en el hombro de él. Es una experiencia extraña mirar esa foto, puedes pasar un rato escrutándola, como la otra foto que mencioné al principio del libro, la de nosotros cuatro con nuestros padres. Miras las caras, intentas adivinar si es posible que esté abusando de alguno de esos cuatro rubitos de ojos almendrados. Te quedas sin respuesta ante lo absurdo de tu ingenua insistencia. Obviamente, no puedes adivinar nada. No hay nada que ver, ya que lo que intentas ver no es del orden de lo visible.

Algunas consideraciones estéticas

La escritura, porque se vale a la vez de lo visible y lo invisible, ilumina la oscuridad.

BERNARD NOËL

¿Un escritor que fue deportado a Auschwitz está obligado a escribir sobre Auschwitz? No, claro que no. Primo Levi es autor de fábulas de animales muy interesantes. Un escritor no está obligado a hacer nada. Pero, cuando se tiene a mano, como dice Mary Karr hablando de su propia familia disfuncional, sería una pena privarse de un tema como ese.

Siempre quiero leer libros sobre abusos sexuales y, al mismo tiempo, algo me aleja de ellos, no me permite ahondar demasiado. He oído a

otras víctimas hablar de esa fascinación, y de esa repulsión. La madre de Charlotte Pudlowski, a la que violó su padre y que solo habló de ello después de la muerte de su violador, dice que, durante toda su vida, en cuanto veía un caso de incesto mencionado en los periódicos, leía inmediatamente el artículo, atraída por esas historias, pero al mismo tiempo incapaz de saber qué hacer con ellas. Se sentía menos sola. Se decía a sí misma que lo que le había pasado a ella también ocurría en otros lugares y que entonces existía. Aquello tenía un nombre, era un crimen que los periódicos calificaban de monstruoso. Ocurre un reconocimiento y de repente todo tiene sentido, se libera algo dentro: unos gestos que parecen desconectados de lo real, que parecen pertenecer solo al silencio y a la oscuridad, que parecen una alianza singular de mecánica del cuerpo, de discurso, de rituales teatralizados que se incrustan de forma extraña en el resto de la existencia, esos gestos pertenecen en realidad al dominio de lo real (les suceden a otros, nos han sucedido a nosotras), de lo ilegal y de lo horrible. Incluso para alguien que no dice nada, saber que, en otro lugar, hay otra persona que fue sometida a los mismos gestos, al mismo silencio, y que esa afrenta ha sido reconocida, denunciada, puede ser un alivio.

Sin embargo, una siempre duda un poco antes de lanzarse a esas lecturas. Rara vez compro libros que tratan sobre abusos sexuales. No me gusta tenerlos a mano. Los hojeo en la biblioteca, en las estanterías de los supermercados o en las librerías. Hay muchos, se publican continuamente, decenas de títulos todos los años. Siempre los veo. Incluso cuando era muy joven, recuerdo que, en las estanterías y colecciones donde estaba *Hijos de la droga*, de Christiane F., también se podían encontrar libros de bolsillo con muñecas rotas en la portada y títulos tipo *Daddy's Girl*, *Inocencia rota*, *Secretos de familia*. Hacía como la madre de Charlotte Pudlowski, hojeaba el libro buscando las descripciones de las escenas de violación. En general hay que esperar un poco. No aparecen desde el inicio. Al principio hay situaciones que sugieren que algo va mal, los actos propiamente dichos suceden más o menos en el primer tercio del libro.

Además de los testimonios, la violencia sexual está muy presente en la literatura. Hay libros híbridos, ficción inspirada en hechos autobiográficos, novelas. Heather Lewis. Dorothy Allison. Kathy Acker. Christine Angot. Hay niños abusados sexualmente en Zola, Maupassant, Lautréamont, Maya Angelou, Alice Walker, Toni Morrison, Faulkner, Vargas Llosa, García Márquez. En Céline, Le Clézio, Foster Wallace.

Leía con calma, pero con sentimientos encontrados. La lectura despertaba mi dolor, pero aun así tenía que seguir leyendo. Una vez cerrado el libro, había hecho un pequeño gesto útil que me dejaba satisfecha. ¿Útil para qué? No sabría decirlo.

> Así pues, una tarde de sábado, en la fluida luminosidad de la primavera, Cholly llegó a su casa haciendo eses, borracho, y vio a su hija en la cocina. Ella estaba fregando platos.

Es una escena cotidiana. Él la mira. Ella tiene once años. Verla le provoca emociones contradictorias. Ternura. Es su hija. Le recuerda a su mujer cuando la conoció. Tiene su cuerpo, sus gestos, su fragilidad. Esa fragilidad le provoca repulsión. Le recuerda la culpa que siente por haberla criado en la pobreza, por no haber podido darle una vida mejor. Le molesta que ella sea la prueba viviente de su fracaso. Le molesta que ella lo quiera cuando él se odia a sí mismo. Ella empieza a rascarse la parte posterior de la rodilla con un pie mientras sigue lavando los platos, sin darse cuenta de la presencia del padre a sus espaldas. Ese gesto despierta en él una intensa emoción, le recuerda una escena de su juventud, cuando observó a su mujer mientras ella se rascaba así la pantorrilla. Cae de rodillas y agarra el pie de la niña. Ella pierde el equilibrio. Él también. Pierde el equilibrio en todos los sentidos de la palabra, se pierde completamente.

> En torno a su apetito carnal parecía existir una frontera como de cortesía: quería joder, pero tier- namente. La ternura, sin embargo, no duraría. La estrechez de aquella vagina era mayor de lo que él podía soportar. Su alma pareció escurrirse vientre abajo y colarse en la angosta envoltura, y la gigantesca embestida con que él consumó su entrada provocó el único sonido que emitiría: una sorda succión de aire en el fondo de su garganta. Como la rápida pérdida de aire de un globo circense.
>
> Después de la desintegración, del cese del deseo sexual, él descubrió que tenía aferradas a sus muñecas las manos mojadas y jabonosas de ella, crispados los dedos, pero era incapaz de discernir si aquello era consecuencia de un desesperado pero tenaz esfuerzo de la niña por liberarse, o fruto de otra emoción.
>
> TONI MORRISON,
>
> *Ojos azules*

Cuando comprendo que va a pasar, mi ritmo cardíaco se acelera, sé que va a pasar, no hay escapatoria. Entonces pasa, en una bruma, como en un mundo aparte. Después, la emoción baja. Ya pasó. Eso es todo. Sigues leyendo y el libro avanza con otro episodio narrativo (o no tiene mucho más que decir, en cuyo caso lo vuelves a dejar en la estantería y te vas de compras). Siento una especie de júbilo por haber pasado por un momento del libro que creo entender mejor que nadie, quizá incluso mejor que el propio autor; tengo la sensación de tener una clave para entender el libro, para entender el mundo.

Como se puede ver, las fases del trauma se repiten a pequeña escala en la lectura, pero de forma distanciada e inofensiva. Vuelves a poner el libro en la estantería y sigues a salvo. Es una alegría pequeña, pero

alegría al fin y al cabo. Una pequeña alegría de superviviente, una alegría audaz pero un poco vergonzosa, como muchas de las que provienen del ambivalente privilegio de saber de verdad de qué va eso.

Algunos de esos libros, los más artísticos, están construidos como agresiones, tal vez para que el lector se imagine lo que está viviendo la víctima, no solo en la narración de la historia, sino también en la forma de contarla. Entramos en una escena de violación muy detallada, que es insoportable y dura páginas y páginas. Estamos pegados a la piel, atrapados, el lenguaje es feo, las frases intentan ensuciarnos. Salimos agotados y, en efecto, sucios.

Es difícil crear belleza a partir de algo así, o convertirlo en una fortaleza, o en un puente hacia algo más. Es difícil hacer algo con ello, sea lo que sea.

He aquí un extracto de la crítica que leí de *Tigre, tigre* y que me desanimó a leer el texto de Margaux Fragoso: «Está lejos de ser *Lolita*. Con todo su sexo explícito, sus conversaciones melodramáticas y su insistencia en los detalles cronológicos, *Tigre, tigre* es una lectura tan vacía como el porno *soft*» (Jenny Diski, *The Guardian*, 2011).

Es cierto que se trata de una lectura desgarradora, terrible incluso, porque el lector está en la posición de un testigo que asiste impotente al sometimiento de una niña necesitada de amor que cede a las exigencias de su agresor y se apiada de él. Sin embargo, lo que hace que la lectura sea insoportable según la crítica literaria del *Guardian* no es la inaguantable realidad. «El sexo explícito», ese es el problema, eso es lo que hace que el libro sea difícil de leer. La autora habría hecho mejor en protegerse, como el Humbert de Nabokov, mediante la elipsis, el recurso a la fórmula evasiva, a la metáfora, al gran estilo. Él evita los detalles concretos: «con franqueza, estas son cuestiones que no vienen al caso», nos dice el letrado pervertido, «no me interesa en absoluto el llamado “sexo”. Cualquiera puede imaginar esos elementos de animalidad. Una tarea más importante me atrae: establecer de una vez por todas la peligrosa magia de las nínfulas».

Esa es también la razón que aducen quienes quieren prohibir la novela de Toni Morrison en las bibliotecas de los colegios: el sexo explícito, es decir, la escena que he citado antes.

¿No es más bien una estrategia de evitación el negarse a evocar la cruda y cruel realidad? Pues, mientras no describamos los actos con exactitud, permanecemos en una especie de vaguedad que permite al lector mantenerse en la negación (al lector, al autor, al depredador, a todos). Mientras no veamos el pene del hombre de cuarenta años en la boca de la niña, sus ojos húmedos de lágrimas por la sensación de estrangulamiento inminente, mientras no lo veamos, todavía es posible decir que eso es amor, una historia de amor loco, una historia de tacto, de estilo.

En el juicio, mi padrastro consideraba que era un poco obsceno seguir repasando los detalles concretos de lo que me había hecho. Se empezaba a impacientar. «¿Cuántas veces? Pero yo qué sé, a veces todos los días, otras podía pasar un mes sin tocarla.» Le parecía irrelevante describir los actos, recordar la edad que tenía yo cuando me penetró por primera vez. Tenía cosas más interesantes que decir, porque su personalidad era compleja, profunda, y había experimentado un amor extraordinario, cuyos matices estaba dispuesto a exponer para que intentáramos comprenderlo.

Me enseñaron que las grandes obras literarias son capaces de ir más allá de la experiencia simple y vulgar, de la pequeña historia personal, son capaces de trascenderla convirtiéndose en creaciones lingüísticas y estéticas. Hablan una lengua extranjera dentro de la propia lengua y, gracias a la magia de ese proceso, el origen de lo que dicen deja de importar. Deberíamos permanecer siempre en el ámbito del lenguaje, porque el lenguaje nos protege de las lágrimas, de la infamia, de la vergüenza de imponer a los demás la imagen de la abyección autobiográfica. Eso es lo que siempre ha dicho Christine Angot con su negativa absoluta a haber escrito «una mierda de testimonio». Lo que hace no es eso: es mejor, es literatura. Y en ese caso, puede haber sexo explícito, es sexo literario.

De nuevo, estoy de acuerdo. Quiero estar en la lengua. Es lo que siempre he querido. Estoy de acuerdo con los críticos literarios exigentes que se niegan a ceder al sensacionalismo, a la emoción, al relato compasivo. No he estudiado literatura todos estos años para escribir encartes para el *Reader's Digest*.

Pero, por otro lado, hacer arte de mi historia me da asco. Esa distancia que me protegería a mí y a mis potenciales lectores de las salpicaduras, de los fluidos que gotean de la vida real, me parece un poco hipócrita, un poco rígida, un poco mentirosa también. ¿Qué es realmente esa famosa Lengua? ¿Qué tiene de superior a la otra? Porque de eso se trata, de una jerarquía de modos de expresión por lo que respecta al trauma, desde lo más bajo (lo popular, lo sangriento, lo gráfico y lacrimógeno) hasta lo más alto (lo bien escrito, lo que da un vuelco al registro del lenguaje para alcanzar una nueva expresión), pasando por lo medio (ni bien ni mal escrito, el que vuelve a tocar un tema trillado, otro libro más sobre el incesto). ¿Por qué el testimonio debe ser necesariamente inferior? ¿Es la víctima la que es inferior? ¿Es la vida? ¿Es la honestidad de la narradora la que hace que la historia sea menospreciable? ¿Todo lo anterior?

Ponerme en una posición de superioridad, intentar alcanzarla fabricando máquinas de lenguaje, dar un vuelco a las estructuras, hacer algo inédito que complazca a los críticos inteligentes y me ponga fuera del alcance del lector medio, no estar en el terreno del relato de vida, sino en el de la literatura, ¿cómo puedo explicar que me incomoda? Sin

embargo, debería elegir ese ángulo. Considerar que el testimonio es un subgénero es una postura de elitismo cultural, pero por qué no practicar un poco de elitismo cultural si eso te permite protegerte. Al mismo tiempo, me parece que hay algo moralmente feo en utilizar la desgracia, la tortura y lo abyecto para producir un objeto estéticamente válido. Sobre todo si no se inventa, si se utiliza para ello el sufrimiento que experimentan de verdad seres reales. Solo con la condición de que el propio Nabokov no fuera pedófilo, el libro conserva su valor. ¿Están de acuerdo en que si Nabokov contara su historia personal transformada en una novela mediante el uso de seudónimos, gran estilo y algunos adornos, sería algo problemático? ¿Acaso seguiría teniendo mérito literario el libro si reflejara la experiencia del autor con una niña a la que conoció de verdad y de la que abusó?

¿Hacer belleza del horror no es simplemente fabricar horror? En ese caso, la una no puede ir sin el otro. Componer una obra estética a partir de la violencia, mantener al lector como rehén del terror, me parece una falta artística. No es realmente un crimen, sino una facilidad indigna de un verdadero samurái. Sigue siendo menos grave que fracasar (hacer un libro cursi, victimista, que te avergüence para siempre), pero tampoco es muy deseable.

Al salir del terreno protegido de la ficción, me temo que lo único que voy a ganar con este libro es que me inviten a programas de radio sobre violencia sexual, donde me pedirán que resuma lo que dice mi libro en un lenguaje aún más sencillo para que los dispersos y aburridos oyentes no tengan que hacer el esfuerzo de leerlo.

¿Qué sería lo deseable entonces? Nada, ese es el problema. No he encontrado la manera de hablar de ello. Sería mejor no hablarlo, no aquí, ni de esta manera ni de ninguna otra; y, que si alguien hablara no fuera yo.

De hecho, mi ideal es Claude Ponti. Un tipo cuyo abuelo lo violó de niño. Se convierte en un gran artista, un dibujante de libros que se volverán clásicos de la literatura infantil con un mundo propio, que no tiene nada que ver con aquello. Bueno, no exactamente nada que ver cuando uno sabe lo que le pasó; su mundo es un universo paralelo en el que puedes sumergirte y enfrentarte a monstruos sin miedo, vivir aventuras de las que sales victorioso y fortalecido. Ese mundo es un remedio contra la crueldad exterior. En él aprendes a no tener miedo de tu miedo. Sin embargo, no hace referencias directas al abuso o a la violencia sexual. Más tarde, cuando adquiere cierta notoriedad, cuando su nombre se asocia a su universo artístico, a las historias y personajes que ha creado, habla y denuncia lo que ha vivido con rabia, pero también con cierto apaciguamiento. No hay nada más que hacer. No quiere atacar a su madre, que no hizo nada por defenderlo, que lo abandonó, lo confió a unos familiares y ni siquiera fue a verlo durante

meses, que lo dejó a cargo del abuelo violador. Denuncia y explica lo que se siente al ser «una presa permanente» que vive bajo el mismo techo que el depredador, en entrevistas que saltan de un tema a otro y pasan del relato de la infancia marcada por los abusos a las clases en Bellas Artes y la elección gráfica del color en lugar del blanco y negro.

Lo oí responder a un periodista en un programa de radio que le preguntó si la violencia que había sufrido de niño había dejado alguna huella en su vida. Por supuesto, dijo, con voz suave pero un poco sorprendido de que se le pudiera hacer semejante pregunta, como si no fuera obvio, y contó que, por ejemplo, durante años no pudo correr. El sonido de su respiración cuando corría o se esforzaba le recordaba al ruido que hacía su abuelo cuando estaba encima de él, y se desmayaba. El recuerdo era tan insoportable que se le desconectaba el cerebro. Noté que, en mis oídos, los latidos de mi corazón se sobreponían a la profunda y hermosa voz del dibujante mientras escuchaba eso. Hubo un silencio tras la respuesta, el periodista también debía de estar afectado, y luego consiguió recuperarse con otra pregunta.

Claude Ponti no es una antigua víctima que hizo libros. Es un gran artista que tuvo una infancia difícil. Como Blaise Cendrars, que no es un manco poeta, sino un poeta manco. Y la diferencia es enorme. Esa diferencia lo es todo.

No me gusta escribir en esta forma autobiográfica. A menudo quisiera escapar de esta primera persona del singular para refugiarme en un plural, sea cual sea. No quiero tener la desagradable impresión de que estoy *contando mi vida*.

Aquí vienen de nuevo algunas analogías engañosas con sus pasitos imperceptibles, como astutos lobos del pensamiento. ¿Será que la autobiografía se refiere necesariamente a lo íntimo, a la esfera privada? Es una cuestión importante, sobre todo cuando se trata de un tema como el que nos ocupa, un tema cuya clasificación en la esfera privada forma parte de las estrategias opresivas que impiden que salga a la luz.

No nos atrevemos a dejar hablar a las víctimas de abuso ni a interrogarlas; no abordamos el tema, concierne a aquellos a quienes les ocurrió, es un asunto familiar, personal, privado. Siempre ha sido así. Hay expresiones que han pasado al lenguaje popular que lo demuestran. *Lavar los trapos sucios en casa* a menudo significa guardar silencio sobre las historias turbias, las historias de abuso, dominación, incesto.

Un juicio público por un caso de violación a una menor parece indecente, es como lavar tu ropa interior delante de todo el mundo. Me sentí un poco así cuando decidí hacerlo público, cuando vi a todos esos desconocidos en la sala del tribunal. Sin embargo, cuando se considera la magnitud de las cifras de la violencia de género, uno se pregunta qué significa esa idea de privacidad cuando de hecho se trata de un crimen

sistémico cometido en secreto en cientos de miles de familias. Esos trapos sucios, esa infamia no son míos, sino nuestros, nos pertenecen a todos.

¿Conocen el poema de Jacques Prévert «La colada», en el que una familia lava sus trapos sucios y ahoga bajo el agua jabonosa a la joven que ha manchado el honor?

> Y el padre grita también:
> que todo esto no salga de aquí.
> Que todo esto quede entre nosotros,
> dice la madre.

Se cree que pedirle a la víctima que cuente su historia es hacerla sufrir, pero también hay una forma de revictimización en la insistencia en que las historias de abuso sexual se consideren asuntos privados. Aislar a la víctima, hacerla sentir absolutamente sola con lo que está viviendo, es lo que hacen los torturadores en los regímenes de terror político. Hacerles creer que a partir de ahora están solas, solas con su torturador, que ya no hay grupo, ni solidaridad, ni sentido ni realidad. Solo tú y yo en el sótano.

> Y la hija es pisoteada,
> la familia descalza
> pisotea y pisotea.

Tal vez, es cierto, estoy contando mi vida personal en estas líneas. Un editor al que le envié el manuscrito al pensar que le interesaría su forma novedosa lo rechaza porque no es ficción. Dice que no podría acompañarlo, defenderlo ante los lectores y libreros. Sin querer desanimarme ni menospreciar el texto, con la cortesía vacía de las cartas de rechazo, me explica que su editorial solo publica literatura.

Sin embargo, me parece que la autobiografía es un arma más para enfrentarse a lo impensable, un cuchillo para diseccionar el mundo, una opción política y estética que afirma la unión de contenido y forma. Es un medio y no un fin, una puerta de entrada a un universo de complejas galerías del que nunca se saldrá. La narración está al servicio del pensamiento, aunque su camino conduzca al final a un fracaso del pensamiento. Esta enunciación que tropieza con la imposibilidad del lenguaje para enunciar lo que existe, ¿no es una manera de trabajar el lenguaje hasta la medula? ¿Por qué pensar que solo la ficción puede aventurarse en el territorio de lo indecible? El testimonio es una herramienta de análisis. Pero una herramienta bien afilada llega al hueso. Y, cuando se llega al hueso, el arte nunca está lejos. El testimonio me limita; me obliga a acotar mi experiencia, a confinarla en

su singularidad, a asegurarme de que no es más de lo que es. Pero también se trata de que no sea menos de lo que es, de que no sea reducida a la nada, devuelta al silencio del que procede, para que se retome en otros relatos, por otras voces, que circule, y que el tigre, el otro tigre, salga finalmente de su jaula.

¿No es también el propósito de la literatura que por fin todo eso salga de aquí?

Lo que hacemos con lo que nos han hecho

Los niños y las niñas víctimas no están ausentes de las representaciones culturales. Hay muchos personajes que tuvieron una infancia similar a la mía en las películas. Hay un número impresionante de ellos. De hecho, en los relatos policíacos más lúgubres, puedes estar casi seguro de que en un momento u otro te encontrarás con una historia de violación de menores. A los guionistas les debe de parecer fácil meter una en la trama cuando buscan un suceso de gran impacto que justifique la locura asesina de un personaje, y siempre surte efecto en el espectador. Incluso a mí me deja atónita cuando veo una escena en la que una niña está sentada en el borde de una cama y el maltratador cierra la puerta de la habitación tras de sí.

Los adultos que crecen después de haber vivido una experiencia así no son retratados con claroscuros. Hay básicamente dos categorías: los que nunca consiguen superarlo y se convierten en drogadictos/prostitutas/suicidas (a lo Zola) y los que nunca consiguen superarlo y se convierten en psicópatas que a su vez violan y abusan o se vengan cruelmente. La venganza es tanto más espectacular y bestial cuanto que el crimen sufrido por el niño es inconcebible y horroroso. La víctima de violación es un monstruo de sufrimiento, soledad y odio. El adulto resultante de una afrenta monstruosa rara vez se muestra como una persona compleja, insertada en el tejido social, que carga con su peso indecible adonde quiera que vaya. Sin embargo, volviendo a las estadísticas, una persona de cada diez supondría un montón de psicópatas, drogadictos y prostitutas. Y, si bien es cierto que las antiguas víctimas tienden a perder el equilibrio en la vida con más frecuencia que los demás, hay una gran mayoría que pasamos desapercibidas en la abigarrada multitud de seres humanos, y nuestra herida es una entre tantas.

Lo que resulta insoportable en la resiliencia es la idea de que todo ese sufrimiento solo conduce a ser normal, a aceptar que lo que otros logran sin esfuerzo, sin percibir su valor siquiera, solo se nos da al precio de un

doble castigo: el martirio y luego el viacrucis hacia la recuperación. Sería más deseable que, ya que se trata de superación, la resiliencia nos permitiera volvernos seres extraordinarios. Volvernos locos, convertirnos en videntes o en santas. Pero no, la mayoría vamos al supermercado de incógnito como todo el mundo, sin que nada deje adivinar lo que nos pasó.

Llegar a convertirse en una persona común cuando se ha vivido lo impensable no es un final muy sexy. Incluso puede parecer un poco fallido, como si te aferraras al papel de muerto viviente que te ha tocado y te atuvieras a él sin rebelarte. En ciertos sectores de la sociedad, en la contracultura donde me refugié a menudo, circula un discurso que considera que ser normal es ser un borrego, un ser obediente, un imbécil. Que poner obstáculos al deseo es una forma de represión. Una persona que asume sus deseos es alguien que enaltece la vida. Puede ir más allá de los límites impuestos por el mundo vigilado para satisfacer una sed insaciable, salvaje y animal. Y esa animalidad demuestra una fuerza vital capaz de desafiar lo prohibido, de quemarse en el fuego de la maldición. Suena casi glamuroso cuando no se tienen en mente las escenas concretas que ya he mencionado.

Si pudiéramos elegir, ¿quién no elegiría al tigre antes que al cordero, al lobo antes que al perro? A veces pienso que preferiría ser ese personaje dueño de su destino, impuro pero victorioso, que asume su lado oscuro, sus contradicciones, su rabia, su deseo, en lugar de ser yo.

Sin embargo, si avanzara hacia eso, hacia volverme un dominado que se ha vuelto dominante, una guerrera que se levanta y se cobra su venganza, una resiliente nietzscheana, ¿no correría el riesgo de aplastar a la vez a una persona más pequeña que yo? ¿Cómo puedo alcanzar un mayor poder sin que se convierta en la opresión de otro? ¿Cómo podemos trascender el mal hacia la bondad y no hacia un nuevo mal? ¿Y cómo hacemos para que esa bondad nos importe y nos fascine tanto como el lado oscuro?

Quiero recordar una escena que me conmueve del libro de Julián Herbert *Canción de tumba*. El texto se basa en la infancia del autor como hijo de una prostituta y cuenta su despedida de su madre, y de un pasado de opresión y marginalidad. La escena en cuestión aparece al final del libro, cuando por fin podemos descansar del extenuante y accidentado viaje del narrador. Se podría considerar una digresión. Para mí es un pasaje esencial.

Al principio del libro, el hijo adulto está junto a la cama de su madre gravemente enferma en el hospital. Vela por esa mujer que lo arrastró de una habitación de burdel a otra, que compartió con él una vida apasionada, pobre y excéntrica, y que está a punto de morir como ha vivido, en el drama adulterado de las canciones sentimentales, con sordidez y belleza a partes iguales. El libro establece un paralelismo

entre la experiencia del narrador y la convulsa historia del país desde los años setenta hasta la actualidad. Es un doble viaje de la culpa al olvido, frente al cuerpo sufriente de la madre y el cuerpo social de la patria. Las dos historias de resiliencia se superponen, siendo el presente más bien luminoso, o al menos en camino hacia la luz, el resultado de una lucha contra el pasado oscuro e infernal.

Al final, en el breve fragmento que me gusta, el narrador está con su hijo de tres años. Habla de sus paseos diarios por un parque que lleva el mismo nombre que uno de los burdeles donde trabajaba su madre. Caminan despreocupadamente, por uno u otro sendero, viendo pasar los trenes. El narrador acompaña a este niño cuya infancia es tan diferente de la suya: es hijo de un escritor que ha ascendido de clase social, que lo cuida bien, que se toma el tiempo de mirar las hormigas con él. Estar ahí ese día es como estar al otro lado del espejo. Hay un sorprendente contraste entre los mundos que el narrador ha conocido. Podríamos pensar que la escena está fuera de lugar. Y, de hecho, hay un salto narrativo tanto en el tiempo como en la naturaleza del relato, que se aparta de la agonía de la madre en el hospital para llegar a esa especie de epílogo. Pero, por otra parte, me parece que el texto no estaría completo sin este momento que resalta la ambigüedad de todo eso. El pasaje es la expresión de una dificultad para conciliar ciertos mundos. Uno nunca sale del todo de la pesadilla, siempre está ahí. Y, sin embargo, vivir una vida pequeñoburguesa con una familia funcional es una opción posible, una posible tierra de asilo. Y es una opción incluso deseable, si consigues dominar todo lo que te atrapa y te tira al fondo del pozo. Eso es lo que quieres para tus hijos.

Yo también construí un hogar. Observo con ternura a mi hija y a su padre, que caminan de la mano por un sendero delante de mí. Ahora ustedes ya saben lo que pienso mientras los observo, lo que estoy dispuesta a pensar y lo que no puedo dejar de imaginar.

¿Qué nos salva? ¿Puede salvarnos la literatura? Escribir como terapia es una visión que siempre he encontrado dudosa. Como si contar, contarse, compartir el propio sufrimiento fuera el camino hacia la sanación. Siempre me he rebelado contra esa idea. Aliviarse a través de la escritura, del arte, como si nos deshiciéramos de una sustancia tóxica, yendo a vomitar nuestros males en los demás. No, la verdad es que no me convence nada. Aun así, me parece que la literatura ha permitido a Julián Herbert y a otros autores con vidas dañadas entrar en un territorio en el que se han vuelto, en cierto modo, más libres. Pero ¿cómo? Porque, como ya he dicho, hacer arte del sufrimiento, estetizar la violencia, se convierte rápidamente en un callejón sin salida.

Así contestaría David Foster Wallace: «Y si hay algo que no ha

cambiado es la razón por la que escriben los escritores que no lo hacen por dinero: lo hacen porque es arte, y el arte es sentido, y el sentido es poder».

Lo que los libera es acceder a algo más grande que ellos mismos. Mayor que el dolor, que la experiencia personal, que la intensidad que mencioné al principio. El descubrimiento de la literatura puede ser el acceso a un universo de riesgo extremo, donde se enfrentan los poderes de la vida y la muerte, pero en otro plano. Es un consuelo. Una forma de consuelo, si bien no suficiente para que al final alguien se salve.

Aquella frase que pronunció el historiador de las guerras mundiales y que me persiguió durante años –«Violan porque pueden»– hoy me apetece hacerla mía, como si siguiera siendo la respuesta válida a la pregunta de «por qué». ¿Por qué escribo este libro? Porque puedo. Y, como en el caso de los soldados, la respuesta se extiende en una serie infinita de fractales que conducen a la tristeza, pero también a la furia y a la alegría.

Como habrán comprendido si han llegado hasta aquí en la lectura, el héroe de este libro no es el violador. ¿Cómo puedo escribir en su lugar? No puedo. Soy consciente de que un libro de testimonio sobre la violación escrito por el violador sería más interesante que el que están terminando (u hojeando). Yo misma, si viera mi propio libro en una estantería, creo que no estaría interesada. Pero, si mi padrastro escribiera un ensayo, yo sería la primera en leerlo. Nuestro mundo visto a través de los ojos de un violador de niños: sí, he ahí un texto en el que me gustaría sumergirme.

Pero aquí el verdadero héroe, la heroína, sigo siendo yo, yo y mi gente: héroes sin mucha clase, quizá incluso antihéroes, que defienden su pequeño espacio vital, lo que queda de su dignidad. Mi tribu no suele ser aguerrida. Se nos ve echarnos a llorar después de tres palabras en las conferencias a las que nos invitan a contar nuestras historias imposibles de contar. A veces nos ven en la televisión, ojerosas, abotargadas, con las manos que nos tiemblan, intentando balbucear cuatro frases torpes ante un presentador comprensivo pero sediento del morbo que desearíamos no darle y, sin embargo, le damos.

Somos muchas y muchos. Cada año, cientos de miles de personas se despiertan o se acuestan convertidas en uno de nosotros. Un ejército de sombras. Un ejército silencioso, pero cuyo silencio no consiente. Y lo que nos hace fuertes no son los grandes debates de denuncia en los que al final nos imponemos a nuestros verdugos. Sé que la superioridad moral no es una verdadera victoria en este campo. Nunca llevaré la delantera. No hay victoria en esto, o quizá pequeñas cosas, brechas en el camino. Como miles de personas, me violaron, me humillaron y traicionaron a una edad en la que no tenemos más remedio que confiar; y, sin embargo, cuando me ha tocado ser adulta no he violado ni humillado ni traicionado a nadie. Protegemos a los niños que nos

rodean lo mejor que podemos, superamos los obstáculos que se interponen en su camino. Afrontamos, con valentía, las preguntas que surgen, una tras otra. Desenredamos la red del silencio con nuestras pequeñas manos, deshacemos los nudos más difíciles con paciencia. Siempre habrá nudos. Y cuando esta camisa de ortigas esté terminada, habrá otra que desenredar y retomaremos el trabajo, con las manos hinchadas, llenas de ampollas. Lloraremos, una vez más, un río de lágrimas.

El mundo normal y el otro lugar

Permítanme, por último, un pequeño análisis literario que ilustra lo que acabo de comentar. Si presento tantas referencias del mundo anglosajón no es porque esa literatura se haya interesado más en la violencia que otras. Simplemente son textos que me vienen a la mente, estudié letras inglesas. Estos relatos se pueden encontrar en otros lugares, en otras literaturas, están en todas partes.

Ahí va uno, de la pluma de Mary Gaitskill. Un hombre de unos cuarenta años nos cuenta que está un poco preocupado por su hijo de trece, que se pasa el tiempo viendo películas gore y jugando a videojuegos de asesinatos. Ha notado como una sensación eléctrica recorre a su hijo cuando llegan las escenas de violencia. No es solo que se haya dado cuenta, sino que reconoce la sensación, sabe lo que es, pues la sintió él mismo durante mucho tiempo. Todavía la siente, pero ha aprendido a controlarla.

Nos cuenta cuándo empezó, en su temprana adolescencia, *in crescendo* desde la fascinación morbosa por la ultraviolencia hasta el día en que casi llega a cometer un acto irreparable. Viene de una familia disfuncional, pero que no lo es más que muchas otras: padres divorciados, una madre egoísta y superficial. Amigos que beben, fuman, se drogan un poco, con el telón de fondo de imágenes de tipos que cortan a la gente con motosierras. Era un mundo violento, pero el narrador observa que sus amigos no le prestaban tanta atención como él, que para ellos no pasaba nada especial cuando a una joven la perseguía un depredador en una calle oscura, mientras que para él sí que pasaba. Esa emoción, esa electricidad que sentía, la encuentra ahora en su hijo adolescente.

El hombre es hoy un agente inmobiliario de cierto éxito y está casado con una mujer a la que ama y con la que mantiene una relación de confianza y diálogo. Incluso le ha contado su pasado, sus fantasías de asesinato, y ella ha aceptado todo eso como parte de un momento de juventud salvaje, tormentosa y herida como la suya, que encontró

refugio en el abuso de sustancias y el sexo (pero el narrador sabe que no se trata exactamente del mismo tipo de tormenta). El narrador describe la infancia de su hijo, sus dibujos de cuerpos torturados, sus pesadillas, así como las actividades que intentó poner en marcha para combatir las fantasías violentas. Esta historia se entrelaza con la historia más antigua de su propio pasado problemático. Es una mezcla extraña, pasamos de un sentimiento a otro, del incipiente horror ante lo que está surgiendo en el relato del pasado (un joven que fantasea con el asesinato y describe cómo se acerca poco a poco al acto) y, a la vez, la ternura ante los esfuerzos de ese padre bondadoso que intenta enseñar a su hijo a lanzar una pelota o a pescar con sedal.

Recuerda que siempre le gustaron las situaciones de ambigüedad secreta. Cuando era adolescente, paseaba por los jardines de su barrio, de noche, miraba por las ventanas e incluso se inclinaba cerca de una vecinita a la que veía dormir, tan cerca que podía ver como respiraba. Intentaba encontrarse en el punto de inflexión que lo llevaría a ese extraño lugar, a esa dimensión loca e intensa que él llama «el otro lugar».

Entonces, un día se descubre en posesión de una pistola. Comienza a hacer autostop. Lo recoge una mujer a la que obliga, amenazándola con la pistola, a tomar la dirección de una casa abandonada donde piensa matarla.

> El mundo normal y el otro lugar se estaban convirtiendo en el mismo mundo, rápido y lento a la vez, como un accidente de coche es rápido y lento a la vez.

Ella comienza a seguir sus indicaciones hacia el lugar que él ha elegido para llevar a cabo su plan, y de repente se detiene a un lado de la carretera. Se niega a cooperar y le dice que, si quiere matarla, lo haga de inmediato.

> Se volvió hacia mí de nuevo. Me miró a los ojos.
>
> «¿Y bien?», dijo ella, «¿lo vas a hacer o no?»
>
> Las palabras aparecieron en mi cabeza, como en un cartel: NO QUIERO.
>
> Se inclinó hacia delante y puso los intermitentes. «Sal de mi coche», dijo con calma, «me haces perder el tiempo.»

La compostura de la mujer, o simplemente el hecho de que esté interactuando con él, le saca de su dimensión interior y, de vuelta a la realidad, pierde todo deseo de actuar. También para el lector, en ese momento en el coche, los universos se superponen, estamos tanto en la dimensión de la sombra como en la de la luz, en la repulsión y la empatía.

Durante el episodio, el protagonista comprende que ha llegado a un límite que, de cruzarlo, cambiaría toda su vida. Ese es realmente el

sentido del pasaje al acto, la mínima transición que lo cambia todo y nos lleva de la fantasía a la realidad. «El mundo normal y el otro lugar se estaban convirtiendo en el mismo mundo.» Por un momento parece posible, incluso inevitable, ya que todo ha conducido a ese momento. Y, de repente, parece un paso insuperable. El protagonista no puede ir más allá. También comprende, de una forma oscura, que no es el único que conoce el «otro lado»:

> Me di cuenta, después de que se fuera, de que podría haber llamado a la policía, pero sentí en mis entrañas que no iba a hacerlo: en el otro lugar no hay policía, y ella venía de allí.

El rostro de esa mujer de las sombras ha continuado persiguiendo a nuestro narrador. Y ahora, años después, vuelve a encontrárselo, no solo en sus propias visiones, sino también en las de su hijo. Tiene que volver sobre sus pasos para entender cómo surgió ese mundo en él. Por eso ha puesto en marcha todo el sistema de análisis que nos está contando, para tratar de encontrar un acceso que le permita controlar la psique del chico. Busca formas de reducir la influencia de los factores agravantes. Hacer alguna actividad física que lo ancle en la realidad, en lugar de ver vídeos que son como la proyección en una pantalla de la fábrica mental de fantasías. Busca situaciones que le den confianza. Rodea al niño de amor sin asfixiarlo. No se trata de cerrar el capítulo o cambiarlo todo, porque no se puede ignorar esa dimensión, que existirá siempre, ya que es constitutiva de él. Busca la manera de ayudar a su hijo a domar el monstruo que lleva dentro. Y no lo defraudará.

> En algún lugar dentro de él está el otro lugar. Por ahora está tranquilo, pero sé que está ahí. También sé que no estará solo con eso. No sabrá que estoy allí con él, porque nunca hablaremos de ello. Pero yo estaré allí. No se quedará solo con eso.

«No se quedará solo con eso.» Cada vez que releo ese final lloro.

No le dirá a su hijo que estará a su lado para luchar contra ese algo indescriptible que llevan dentro. Pero estará allí. Se lo promete a sí mismo. Nos lo promete a nosotros, los desconocidos custodios de esta extraña confesión. Lo que me hace llorar, creo, es la posibilidad de esa otra dimensión invisible, que esta vez ya no es de amenaza y horror, sino de amor. Yo también creo que existe esa benevolencia secreta. Yo misma la practico cuando puedo, como revancha contra el daño que me han hecho en silencio. Y sé que otras personas del pueblo de las sombras hacen lo mismo, cada una en el rincón que le ha tocado vivir.

El país de las tinieblas

Ese otro lugar, para mí, es un país vecino. Es como en la literatura fantástica, un mundo que está al lado del nuestro, superpuesto al nuestro, una especie de cuarta dimensión. Te metes en ella una vez y luego no puedes salir; en cuanto aparece una sombra, vuelves a entrar, a pesar de ti mismo.

A veces me encuentro con personas que han estado en ese país de tinieblas o siguen en él. Las reconozco, hay algo en sus ojos. Creo que ellas también lo ven en mí. Es un reconocimiento silencioso, del que no podemos hablar. No sabríamos qué decirnos. Y tampoco hace falta. ¿Qué diríamos si pudiéramos decir algo?

Hay un tipo que vive cerca de mí. Es un antiguo pandillero que ha vuelto a su pueblo. Trabaja la tierra, cuida los terrenos de su padre, donde pastan las vacas. A veces pasa en una vieja y maltrecha camioneta verde, otras va a pie. Nos cruzamos de vez en cuando. A veces nos sentamos el uno frente al otro en el minibús que nos lleva a la ciudad más cercana. Tiene tatuajes por todo el cuerpo, en el cuello, debajo de los ojos. Tiene más o menos mi edad. No somos del mismo mundo. No sé dónde ha estado. Tampoco él sabe dónde he estado yo. Sin embargo, cuando intercambiamos unas palabras amables sobre el tiempo, le leo los ojos como si estuviera observando a los peces que nadan bajo la superficie de un lago. Y él también me lee como un libro abierto, un libro escrito en un idioma que no está seguro de entender, pero que, sin embargo, le habla con claridad. No puedo adivinar qué le hicieron exactamente, ni qué tuvo que hacer para olvidar un poco lo que le hicieron, pero sé que es el espectro de un ser vivo que no tuvo su oportunidad. No puedo estar segura. Siento que él también sabe eso de mí. No es algo triste. Es solo una extraña constatación con la que vivimos. Tenemos eso en común, algo indecible, que no nos convierte en personas que puedan ser amigas ni nada por el estilo.

Aprendes a vivir sabiendo que ese mundo siempre estará ahí, a la vuelta de la esquina.

Es un mundo donde la víctima y el verdugo están unidos. Creo que ambos conocen las mismas tinieblas, o casi las mismas. Es un mundo en el que no se puede ignorar el mal. Está ahí, en todas partes, cambia el color y el sabor de todo. Ignorarlo u olvidarlo no es una opción, porque, cuanto más quieres huir de él, más rápido te alcanza. Pero puedes quedarte en el borde sin entrar. Aprender a estar en el umbral de ese mundo es el desafío, caminar como equilibristas sobre el filo de nuestro destino. Tropezar, pero, una vez más, no caer. No caer. No caer.

OBRAS CITADAS

Las citas de libros se han tomado de las traducciones existentes, cuando las hay, con alguna pequeña modificación puntual para ajustar el texto al de la autora. En los casos en que no existe traducción, o se da primero la referencia bibliográfica de la edición original, la traducción es de la autora.

LIBROS

Allison, Dorothy, *Bastarda,* trad. Regina López Muñoz, Madrid, Errata naturae*,* 2022.

Angot, Christine, *El viaje al este,* trad. de Encarna Castejón, Barcelona, Anagrama, 2021.

Atxaga, Bernardo, *Obabakoak*, traducido del euskera por el autor, Madrid, Santillana Ediciones Generales, 1988.

Blake, William, *The Complete Poems*, Penguin Classics, 1978. [Hay varias ediciones en español, entre ellas la de la editorial Visor: *Matrimonio del cielo y del infierno. Cantos de inocencia. Cantos de experiencia*, trad. de Soledad Capurro, Madrid, Visor, 1983.]

Carrère, Emmanuel, *El adversario*, trad. de Jaime Zulaika, Barcelona, Anagrama, 2000.

Degroote, Ludovic, *Un petit viol*, Seyssel, Champ Vallon, 2009.

Deleuze, Gilles, *Crítica y clínica*, trad. de Thomas Kauf, Barcelona, Anagrama, 1996.

Despentes, Virginie, *Teoría King Kong*, trad. de Paul B. Preciado, Barcelona, Melusina, 2007.

Eribon, Didier, *Retour à Reims*, Fayard, 2009. [Ed. en esp.: *Regreso a Reims*, trad. de Georgina Fraser, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2017.]

Ernaux, Annie, *Memoria de chica*, trad. de Lydia Vázquez Jiménez, Madrid, Cabaret Voltaire, 2016.

Foster Wallace, David, *En cuerpo y en lo otro*, trad. de Javier Calvo, Barcelona, Mondadori, 2013.

Gaitskill, Mary, «The Other Place», *The New Yorker*, febrero de 2011.

Hatzfeld, Jean, *Una temporada de machetes*, trad. de María Teresa Gallego Urrutia, Barcelona, Anagrama, 2003.

Kerangal, Maylis de, *Lampedusa*, trad. de Javier Albiñana, Barcelona, Anagrama, 2016.

Morrison, Toni, *Ojos azules*, trad. de Jordi Gubern, Barcelona, Debolsillo, 2012.

Nabokov, Vladimir, *Lolita*, trad. de Francesc Roca, Barcelona, Anagrama, 2003.

Noël, Bernard, *Le Livre de l'oubli*, París, P.O.L, 2012.

Ortuño, Antonio, *La vaga ambición*, Madrid, Páginas de Espuma, 2017.

Pizarnik, Alejandra, *Poesía completa*, Barcelona, Lumen, 2011.

Prévert, Jacques, «La colada», fragmento del poemario *Palabras*, trad. de Federico Gorbea, Barcelona, Lumen, 1995.

Shalámov, Varlam, *Relatos de Kolimá* (3 volúmenes), trad. de Ricardo San Vicente, Barcelona, Minúscula, 2007-2017.

Torres, Diana J., *Pornoterrorismo*, Tafalla, Txalaparta, 2012.

Woolf, Virginia, *Momentos de vida*, trad. de Andrés Bosch, Lumen, 2013.

ARTÍCULOS

«À propos d'un procès»: en 1977, en *Le Monde* y *Libération*, se publicó una petición que protestaba contra una sentencia de prisión desproporcionada y defendía el derecho de los adultos a mantener relaciones con niños, alegando que no había habido violencia y que los niños habían dado su consentimiento. La firmaban Aragon, Barthes, Beauvoir, Sartre, Guattari, Deleuze, Chéreau, Michel Leiris, Dionys Mascolo, Sollers, Gluksmann, Jack Lang. En mayo de 1977, *Le Monde* publicó una segunda tribuna exigiendo la derogación de las leyes contra las relaciones sexuales entre adultos y menores, firmada por las mismas personas, además de por Michel Foucault y Françoise Dolto.

Beveraggi, Jean, «7 ans de calvaire pour une fillette», *Le Dauphiné libéré*, junio de 2000.

Dautriat, Lucien, «Neige, c'est l'adorable prénom du premier bébé né

au Forest de Vars depuis 47 ans», *Le Dauphiné libéré*, junio de 1977.

Diski, Jenny, «Tiger, Tiger, by Margaux Fragoso – review», *The Guardian*, 11 de abril de 2011.

Foucher, Lorraine de, «À l'hôpital psychiatrique de Ville-Évrard, les violeurs en thérapie», *Le Monde*, 17 de abril de 2021.

Juillard, Marianne, y Odile Timbart, «Les condamnations pour violences sexuelles», *Infostat justice*, septiembre de 2018.

Lawson, April Ayers, «The trouble with rape», *Granta*, 5 de diciembre de 2018.

Leyris, Raphaëlle, Entrevista con la antropóloga Dorothée Dussy, *Le Monde*, 12 de septiembre de 2021.

«Plus de peur que de mal», *La Tribune républicaine du Pays de Gex*, 11 de marzo 1993

Tough, Paul, «The poverty clinic», *The New Yorker*, 14 de marzo de 2011.

RADIO

Diálogo entre Guy Hocquenghem, Michel Foucault y Jean Danet en un programa de radio de France Culture de 1978, publicado posteriormente en las obras completas de Foucault.

Pudlowski, Charlotte, *Ou peut-être une nuit*, Louie Media, serie de siete pódcast, de septiembre a octubre de 2020.

FILMES

Massart, Guillaume, *La Liberté*, Triptyque Films, Films de Force Majeure, 2017.

Roth, Tim, *The War Zone*, Film4, Portobello Pictures, Fandango et Mikado, 1999.

Sciamma, Céline, *Petite maman*, Lilies Films, 2020.

*Título de la edición original:*Triste tigre

Edición en formato digital: septiembre de 2024

Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2868-9

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es